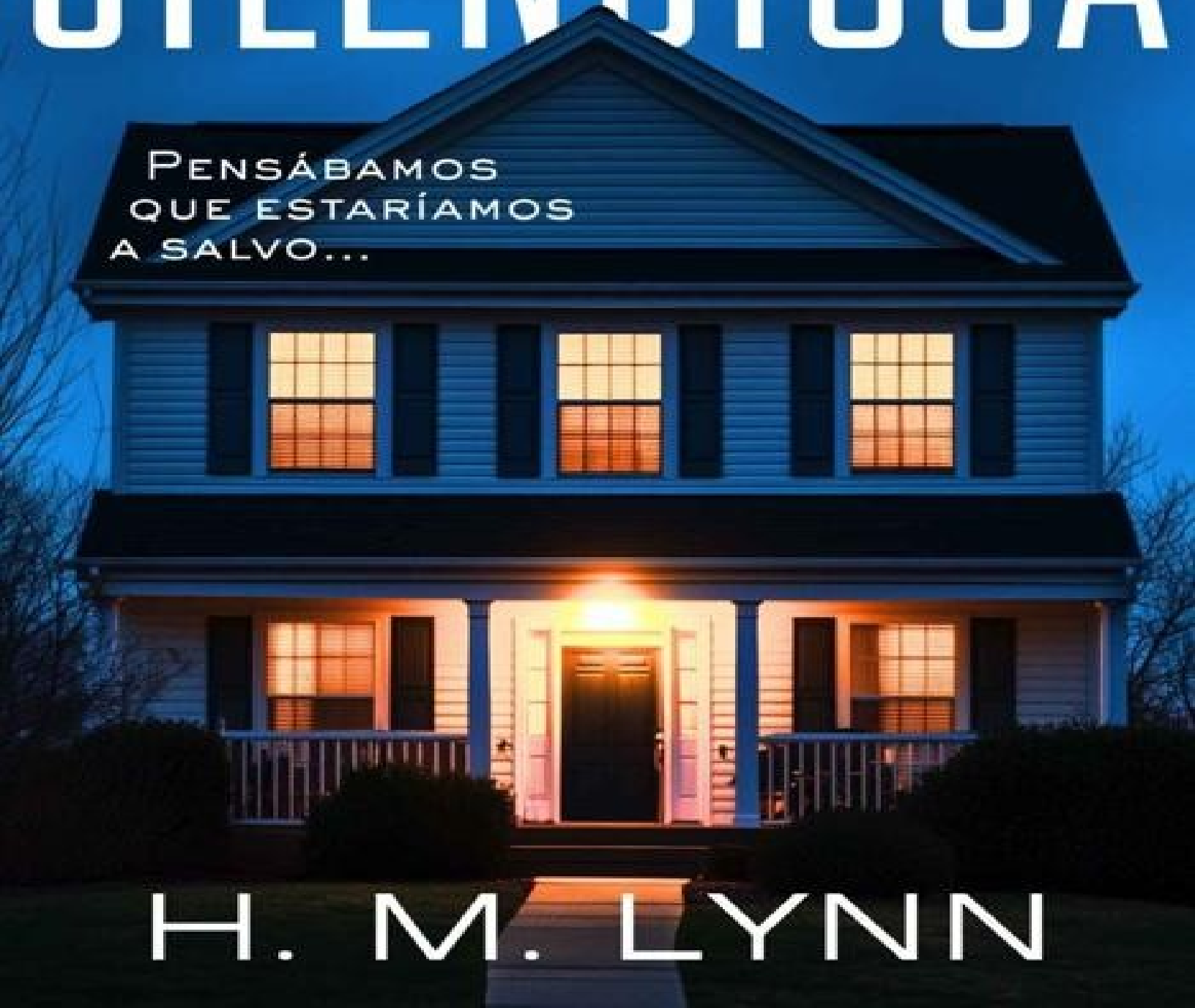
UN APASIONANTE THRILLER PSICOLÓGICO

LA CASA SILENCIOSA



H. M. LYNN

LA CASA SILENCIOSA

H. M. LYNN

PAPER CAT PUBLISHING

ÍNDICE

Avant-propos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

Epílogo

La Directora
La Estudiante
Nota de la autora

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Texto © 2025 Hannah Lynn

Primera publicación: 2025

Traducción: 2025

Impresión: Paper Cat Publishing

Editora: Emily Yau

Diseño de la portada: JWL Covers

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, en ninguna forma y por ningún medio, sin la autorización expresa de la autora.

La traducción es un arte imperfecto y, por mucho que lo intentemos, siempre habrá algún error o un elemento subjetivo.
Esperamos que puedas ver más allá de estos detalles y que no afecten tu disfrute del libro.
Sin embargo, si encuentras errores que realmente consideres necesarios corregir, no dudes en registrarlos en nuestro formulario de reporte de errores de traducción.

Formulario de reporte de errores de traducción

Para Matilda

1

—Imogen, sé que ya le he quitado mucho tiempo con preguntas hoy, pero me preguntaba si podría disponer de un par de minutos más.

No, quiero decir. *No, no puedo*. *Todo esto es tedioso y aburrido y lo odio. La única razón por la que has tenido algo de mi tiempo es porque mi agente, Orla, insistió y ella es una buena amiga y la razón por la que gano tanto dinero. Si fuera por mí, nunca hablaría con ninguno de vosotros. Jamás. Hablar con vosotros me distrae de mi pintura, mi arte, mi vida. Así que no, no tengo tiempo para un par de preguntas más*. Eso es lo que quiero decir, y no es solo porque odio hablar con periodistas o críticos o lo que sea que afirme ser esta. Hoy es un día frenético. Hoy, Patrick y yo estamos empaquetando nuestras pertenencias y mudándonos a un lugar perdido en medio de la nada, y no uso esa expresión a la ligera.

La casa se llama Cedar Wood Cottage, pero el pequeño grupo de casas del que forma parte es tan insignificante que ni siquiera se considera un pueblo. Sin parada de autobús. Sin pintoresca placita. Sin antigua cabina telefónica convertida en un intercambio de libros como tantas otras recientemente. Nuestra dirección menciona el nombre de la carretera y el pueblo más cercano, que está a seis kilómetros de distancia. Así de en medio de la nada estamos.

Si eso no me da la inspiración para crear algunas pinturas increíbles, no sé qué lo hará.

—¿Imogen? ¿Estaría bien? ¿Tiene un par de minutos para seguir hablando?

La voz al otro lado del teléfono me devuelve al momento.

—Sí —digo por reflejo, aunque no era en absoluto la respuesta que quería dar.

—Fantástico —continúa—. Ahora bien, Imogen, estoy segura de que no le importará que lo diga, pero usted es conocida por ser una persona increíblemente reservada.

—Estoy segura de que no soy *tan* reservada —digo con brusquedad—. No estaría haciendo esta entrevista si lo fuera.

Ella deja escapar una risa forzada. —Bueno, seamos honestas, hasta ahora solo hemos hablado de su exposición anterior, su próximo trabajo y su emocionante cambio de estilo.

—Disculpe, pero asumí que eso era lo que sus lectores querrían saber. Siendo que ustedes son una publicación de *arte*.

No pretendo ser tan cortante. No es como soy en la vida real en absoluto, pero estas cosas me ponen nerviosa. Ya puedo notar que va a empezar a hurgar, y quiero parar. Quiero colgar el teléfono, pero entonces parecería malhumorada y poco colaboradora. Y no lo soy.

Solo es una periodista. Entrometida.

—Oh, por supuesto. A los lectores les encanta escuchar sobre sus exposiciones y su proceso, pero también les encantaría saber más sobre la inspiración detrás de su obra. ¿Qué le impulsa a seguir produciendo a un nivel tan prolífico? ¿Qué ha causado este cambio desde la oscuridad introspectiva de todo su trabajo anterior hacia algo mucho más edificante y convencional? Por lo que he visto, el famoso Azul Cromford apenas aparece ya. ¿Hay alguna razón personal por la que se alejó de esos tonos? Soy consciente de que la pobreza en la que creció impactó significativamente en su trabajo, y la prematura muerte de su madre, que según nuestras fuentes...

—He terminado —digo, cortándola antes de que pueda continuar.

—¿Perdón?

—Sé que quiere convertir esto en algún artículo sensacionalista con un titular llamativo para que la gente lo lea, pero eso no es lo que acordé. Usted quería una entrevista sobre mi arte, y ya la tiene.

—No era eso lo que buscaba en absoluto, solo estaba...

—Esto ya se ha prolongado bastante. Si tiene alguna otra pregunta sobre mi arte, póngase en contacto con mi agente. Ah, y recuerde, necesita aprobación antes de ir a imprenta.

Cuelgo antes de dejar escapar un suspiro que se transforma en un gruñido antes de terminar. Orla va a estar cabreada conmigo. Lo sé. Me dará una larga charla sobre cómo el marketing es tan importante como el arte y cómo existe una buena posibilidad de que esa revista no quiera volver a trabajar conmigo, pero ambas sabemos que eso no es cierto. Una cosa sobre ser *notoriamente reservada* —palabras de la periodista, no mías— es que se aferrarán a cada pedazo de mí que puedan conseguir. Y no se lo doy.

—¿Todo bien? —dice Patrick desde el asiento del conductor—. Parecía que las cosas se estaban poniendo un poco tensas ahí.

Mientras me giro para mirarlo, siento tensión en la línea de mi mandíbula. —Solo porque esté cabreada con alguna periodista aleatoria —digo—, no significa que no siga cabreada contigo también.

Él baja ligeramente la barbilla y muerde su labio inferior. Es una expresión que le hace parecer mucho más joven. Patrick está al final de sus cuarenta y me lleva dieciséis años, aunque rara vez lo aparenta. Normalmente, son momentos como este, cuando su lado juvenil se asoma —incluso si es un puchero culpable— cuando me ablando hacia él.

Pero hoy me cuesta. Estoy demasiado enfadada con él.

Mientras me vuelvo y miro por la ventana, intento hacerme entrar en razón. Quizás debería haberlo esperado. Si te casas con un hombre dieciséis años mayor que tú y con un hijo ya adulto, es inevitable que haya baches en el camino, especialmente si dicho hijo es tan difícil como Prim. Ella ya me había etiquetado como la malvada madrastra-cazafortunas antes incluso de conocerme, y aunque he intentado con todas mis fuerzas demostrarle que no soy así, el progreso ha sido lento. Mudarnos fuera de Londres iba a ser un nuevo comienzo para nosotros. Una oportunidad para salir de las sombras de su ex esposa y del control que su hija tiene sobre él,

pero puedo ver que nunca va a suceder. No ahora que ha ido y hecho esto.

2

Patrick quita la mano de la palanca de cambios y la apoya sobre mi rodilla. Sé que quiere que me gire y le mire, pero no puedo. Estoy haciendo todo lo posible por mantener la calma sobre la situación. Por actuar como si no fuera gran cosa, pero lo es. No para él, lo entiendo, pero para mí ha cambiado las cosas. No entre Patrick y yo, sino respecto a nuestro nuevo hogar.

—Imogen, nunca habría hecho esto si hubiera sabido cuánto iba a disgustarte —dice. Sus ojos no dejan de alternar entre la carretera y yo, esperando que establezca contacto visual con él—. Sabes que no lo habría hecho. Nunca haría nada que te disgustara. Nunca. Y especialmente ahora, no con todo lo que está pasando. Pensé que estaba haciendo algo amable. Tendiendo puentes. Lo entiendes, ¿verdad?

No quiero responder. Quiero seguir enfadada con él, pero hoy no es día para estar enfadada con mi marido, y no solo porque nos mudamos a nuestro hogar definitivo. Hace diez días, me implantaron dos embriones viables en el útero. Dos bolas de células con el potencial de convertirse en mucho más. El potencial de convertirse en los hijos de Patrick y míos. En menos de una semana, podré hacer una prueba de embarazo para ver si se han implantado, pero hasta entonces, lo único que puedo hacer es tener esperanza. Esperanza y mantenerme positiva. Desafortunadamente, la noticia de que Patrick ha dado a Prim una llave de repuesto de mi nueva casa hace que sea difícil conseguirlo.

Mi talón rebota arriba y abajo justo por encima del hueco de los pies. ¿Una señal de frustración o simplemente energía contenida? Probablemente ambas. Debería haberlo previsto antes de que vinieran los de la mudanza a recoger nuestras cajas. Mi bicicleta está en la parte trasera de su camión, así que no podría haberla usado, pero debería haber salido a correr. Me pongo inquieta si no me muevo lo suficiente, y puedo sentir cómo se apodera de mí ese nerviosismo. No es que no tenga motivos para sentirme así. Saber que Prim tiene una forma de entrar en nuestra casa, independientemente de si quiero que esté allí o no, es más que suficiente para ponerme nerviosa.

Finalmente, dejo escapar un suspiro exasperado. —No entiendo por qué no me consultaste primero —digo—. ¿Por qué no comprobaste al menos si me parecía bien?

—Tienes razón. No pensé... —Patrick aparta los ojos de la carretera para mirarme—. Es que estaba tan disgustada porque nos mudáramos aquí. Por estar tan lejos.

—Estamos a dos horas de Londres, Patrick. Hay una estación de tren a veinte minutos en coche que va directa.

—Lo sé, lo sé, pero tiene veintiún años. Es prácticamente una niña. Y sabes que todavía tiene problemas con... bueno, con lo de la aventura.

Mi mandíbula se tensa de nuevo. ¿Veintiún años y todavía una niña? ¿En serio? Yo tenía la mitad de su edad cuando tuve que lidiar con asuntos bastante jodidos, y no estoy diciendo que se lo desee a nadie, pero ¿en qué momento espera que ella asuma alguna responsabilidad?

De alguna manera, Patrick tiene razón. La aventura que tuvimos mientras él todavía estaba con Arabella, la madre de Prim, es la razón por la que Prim me odia tanto. Yo destrocé su ilusión de tener una familia perfecta. Y *era* una ilusión. Patrick me ha contado más que suficiente para saberlo.

Aun así, la aventura fue la razón por la que Prim derramó vino tinto sobre mi vestido de novia cuando apareció dos horas después de comenzar la recepción, ya completamente borracha. También es la razón por la que tuve que contratar seguridad en la última

inauguración de mi exposición, porque la vez anterior, apareció borracha con una lata de pintura roja de emulsión que intentó arrojar sobre una de mis obras de arte. Prim es la razón por la que he querido salir de Londres. Porque incluso una de las ciudades más concurridas del mundo se siente claustrofóbica cuando tienes a la hija de Patrick, por no mencionar a su ex, viviendo allí. Eso es lo que Prim no parece entender. Sí, Patrick y yo tuvimos una aventura, pero no lo hicimos para causar dolor a la gente y no fui yo quien lo persiguió. Patrick había estado atrapado con Arabella en una relación mentalmente abusiva durante años, y yo le ofrecí la libertad que anhelaba. No, eso no es correcto. Le ofrecí la libertad que *merecía*.

La atracción fue inmediata para ambos, pero no actuamos de inmediato. Incluso cuando sus visitas a la galería se volvieron tan regulares que Orla empezó a comentar que quizás buscaba algo más que arte, pasaron un par de meses antes de que alguno de los dos tuviera el valor de dar el primer paso. Patrick no era alguien que jugara o engañara, a pesar de las cosas viles que Arabella le hacía. Y sí, eso incluía tener aventuras. Luego estaba el problema de la diferencia de edad. Dieciséis años no es enorme, pero yo estaba, y siempre estaré, más cerca de la edad de Prim que de la suya. Creo que temía que un día yo diera media vuelta y decidiera que solo había sido una diversión, dejándole recoger los pedazos de su vida que yo había destrozado.

Además, liberarse del control de Arabella no fue fácil. Ella controlaba muchos aspectos de su vida. Le decía qué ropa ponerse, con quién salir a cenar. Cuando él comenzó su bufete de abogados, ella incluso eligió el mobiliario de oficina que podía tener. Arabella no le dejaba respirar; eso es lo que él dijo que yo hice por él. Le permití respirar de nuevo.

Un día, cuando apareció en la galería de arte, me armé de valor y le pregunté si quizás le gustaría venir a mi estudio para ver algunas obras en las que estaba trabajando. Aceptó la oferta y el resto, como dicen, es historia.

—¿Por qué demonios no has encontrado a alguien ya? —me dijo un lunes por la mañana mientras yacíamos en mi apartamento. La lluvia golpeaba el tejado mientras nuestros cuerpos estaban

envueltos en las sábanas blancas y el uno en el otro—. Eres la mujer más increíble que he conocido jamás.

—Es complicado —dije—. Supongo que esperar que alguien esté conmigo en las buenas y en las malas siempre me ha parecido algo poco realista.

—No estoy aquí porque piense que va a ser fácil —respondió—. No estaría planeando dejar a mi mujer si todo lo que quisiera fuera algo fácil. Puedes contarme; puedes contármelo todo. Quiero que lo hagas.

Y así lo hice. Ese día fue la primera vez que hablé con una pareja sobre lo que pasó con mi madre. La primera vez que hablaba con alguien sobre ello adecuadamente. Excepto con los psicólogos, claro.

En esos veinte minutos, debí mostrarle mil señales de alarma, y esperaba a medias que se marchara y no volviera a contactarme, pero no lo hizo. En cambio, escuchó lo que dije y se le llenaron los ojos de lágrimas. Lágrimas por mí. Por la niña que había sido y por lo que había pasado. Cuando terminé, me atrajo hacia él y me besó suavemente en la frente.

—Mi amor, lo siento mucho que tuvieras que pasar por eso. Ningún niño debería sufrir lo que tú sufriste. —Me quedé en silencio, limpiándome las lágrimas de las mejillas. Lágrimas que no quería mostrarle, pero él colocó sus dedos bajo mi barbilla y la levantó para que mirara directamente a sus ojos—. Lo que quieras, haré que suceda. Te lo prometo. Imogen, tú eres mi futuro. Quiero envejecer contigo. Tener hijos contigo, si eso es lo que quieres. Quiero que lo tengamos todo. Quiero que tú lo tengas todo.

Antes de ese momento nunca había entendido cuando la gente decía que su corazón podía estallar por estar tan lleno, pero entonces lo comprendí. Ese día, mi corazón se hinchó tanto que pensé que podría liberarse de mi pecho. —Yo también quiero eso —dije—. Es todo lo que quiero. Tú eres todo lo que quiero.

Al día siguiente, visitó a un abogado de divorcios.

Pensé que Arabella armaría más escándalo y le dificultaría marcharse. Como mínimo, supuse que volvería a Prim contra él. Pero todo lo que ella quería era su dinero. Y el dinero es algo que tanto Patrick como yo sabíamos que podíamos ganar más.

Y ahora, aquí estamos, dos años después, conduciendo por los sinuosos caminos que nos llevarán a nuestro hogar definitivo. Y cuando pienso en ese recuerdo, y en cómo nunca me sentí verdaderamente vista antes de Patrick, es difícil seguir enfadada con él. Quizás solo tenga que cambiar las cerraduras en algún momento, eso es todo.

3

Crecí en Londres. No en una amplia, luminosa y ventilada casa adosada como la que tenía Patrick antes de entregársela a Arabella como parte del acuerdo de divorcio, ni siquiera en un piso compacto pero limpio en una buena zona de la ciudad, como el que yo alquilaba antes de que empezáramos a salir. Los pisos en los que me crié eran del tipo que muestran en los documentales de crímenes a altas horas de la noche, con bloques de torres grises, ventanas rotas y pandillas de jóvenes sentados fuera, fumando cigarrillos mientras desmontan un coche calcinado. Me crié en el tipo de lugar donde me iba a la cama por la noche escuchando al hombre del piso de arriba golpeando a su mujer tan fuerte que le dislocaba la mandíbula. Donde tenía drogadictos confundidos sobre dónde vivían aporreando mi puerta a las dos de la madrugada, mientras mi madre solo me decía que me tapara los oídos con los dedos y esperara a que todo pasara. No quiero que mi hija crezca en el tipo de lugar donde tenga que llamar a la policía a las once de la noche porque hay un bebé llorando en el piso de al lado, y sabes que la madre se ha ido y los ha dejado solos. Para ser justos, si mi madre no hubiera estado inconsciente de borrachera en el sofá, no habría recaído en una niña de diez años llamar a los servicios de emergencia, pero esa no es ni de lejos la peor situación en la que me puso. Aun así, tengo recuerdos contradictorios de la ciudad.

A menudo había pensado en mudarme a algún lugar con campos abiertos y espacio para un gran estudio en el exterior, pero no creía

que Patrick se mudara tan lejos de su familia o de su consulta, pero después de un mes de búsqueda infructuosa, hice la sugerencia.

—¿Y si ampliamos nuestra búsqueda más lejos? —dije, intentando sonar indiferente sobre todo el asunto.

—¿Hasta dónde estabas pensando? —dijo—. ¿Surrey? ¿Kent?

—Quizás algo más lejos. Siempre me ha encantado Cotswolds.

Inclinó la cabeza hacia un lado, y su labio inferior desapareció mientras visiblemente masticaba la idea.

—Podría ser factible.

Una oleada de emoción me recorrió e incluso ahora recuerdo cómo me sentí, como si hubiera salido flotando de mi cuerpo y aterrizado en el de otra persona. Alguien que tenía todas las cosas con las que la niña que fui solo podía soñar. No es que no me dé crédito cuando lo merezco. He trabajado duro para llegar a donde estoy.

Naturalmente, había cuestiones logísticas con semejante mudanza. La consulta de Patrick está en Londres y eso no iba a cambiar, lo que significa que necesitábamos estar en algún lugar con buena comunicación. Por suerte, soy aficionada a la logística y la lógica, y no me llevó mucho tiempo delimitar la búsqueda basándome en las distancias a las estaciones más cercanas. Entonces solo fue cuestión de esperar a ver qué encontraba el agente inmobiliario.

La espera fue la parte más difícil. Cada día, nuestras bandejas de entrada se inundaban de propiedades inadecuadas, hasta que un martes por la mañana hace seis meses, Patrick me llamó desde la oficina.

—Acaban de enviarme una —dijo—. Todavía no está en el mercado, así que las fotos no son las mejores, pero solía ser un edificio agrícola. Una casita para los trabajadores o algo así. Y viene con una dependencia que ya tiene electricidad. El agente inmobiliario dice que será perfecta para un estudio. Te enviaré las fotos ahora.

Treinta segundos después de colgar la llamada, mi teléfono comenzó a vibrar. Las imágenes llegaron una tras otra. Como dijo Patrick, no eran geniales, pero eran suficientes.

—Vaya —dije mientras se las mostraba directamente a Orla. Nos habíamos reunido para tomar un café y ponernos al día, aunque se había convertido en una reunión de marketing a gran escala y agradecí la distracción que Patrick me había proporcionado. Orla no tiene la capacidad de desconectar del trabajo, y cada encuentro acaba siendo una reunión de negocios. Es algo que a la vez amo y odio de ella.

—Esas vistas —dijo con un suspiro—. Sería increíble. Y tampoco hay vecinos. Una delicia.

—Creo que hay un par de casas cercanas —dije, leyendo el escaso texto que Patrick había proporcionado—. Pero tienes razón. Ese tipo de vistas son a las que podría acostumbrarme.

—Sin mencionar que sería el lugar perfecto para criar una familia —añadió.

Orla era la única otra persona que sabía que Patrick y yo estábamos intentando quedarme embarazada, aunque había planeado usar nuestra cita para el café para contarle nuestra decisión de comenzar la FIV de forma privada. Ninguno de los dos ignora que Patrick va a ser un padre mayor esta vez. Y claro, la FIV quizás solo habría cambiado las cosas en seis meses o un año, pero cuanto más mayor te haces, más cuentan esos meses. Y no es como si nos faltara el dinero.

—Entonces, ¿vais a ir a verla? —preguntó Orla, todavía mirando la foto.

Un momento después, mi teléfono vibró de nuevo con otro mensaje de Patrick.

Visita a las 11 a.m. mañana. Tendremos que salir temprano.

4

La casa estaba hecha un desastre. El jardín estaba descuidado y ni siquiera podíamos entrar en el anexo, y aun así hicimos una oferta esa misma tarde.

—Sé que llevará tiempo —dijo Patrick—, pero merecerá la pena. Realmente puedo vernos aquí.

—Yo también. Va a ser perfecta.

Durante todo el viaje de regreso, me dolían las mejillas de tanto sonreír, y no perdí tiempo en contarle a Orla que este era el sitio. Habíamos encontrado la casa de nuestros sueños. O al menos la casa que se convertiría en el hogar de nuestros sueños, después de algunas reformas serias.

Aunque tomamos la decisión de comprar el lugar después de solo quince minutos de visita, el proceso para conseguir la casa fue agónicamente lento. Aunque no conozco los detalles de la situación del propietario anterior, sentía como si lo estuvieran obligando a vender, en lugar de que fuera su elección, y más de una vez estuve segura de que todo se iba a ir al traste.

—Quizás deberíamos rendirnos —le dije a Patrick varias veces durante los meses siguientes—. Podríamos simplemente retirarnos de la venta y buscar otro sitio.

—Podríamos, pero piensa en cuánto tardamos en encontrar este lugar. Podríamos tener que esperar otros seis meses hasta que aparezca algo adecuado y luego quizás tengamos que pasar por

todo esto de nuevo. ¿Es un riesgo que quieres correr? Especialmente cuando podría completarse cualquier día.

Era una respuesta lógica, y casi siempre me dejo llevar por la lógica. Además, la casa tenía muchas de las cosas que buscábamos. Está en medio de la nada, pero no completamente aislada. Tiene vistas al campo que se extienden a lo lejos, pero está a solo veinte minutos de la estación con un tren directo a Londres. Y tiene el potencial para mejorar y ampliar de la forma en que siempre he soñado. No, no era perfecta en muchos aspectos. Y sin embargo, era perfecta en todos los sentidos. Por eso esperamos.

—¿No vas a estar enfadada conmigo todo el día, verdad? —dice Patrick, devolviéndome al presente—. Odiaría pensar que en nuestro primer día en nuestra nueva casa, estás molesta conmigo.

Una vez más, aparta los ojos de la carretera para mirarme y hay una preocupación genuina arrugando su frente. No importa si quiero estar enfadada con él o no. Nada es peor para mí que ver a Patrick pensando que la ha fastidiado. Arabella le hacía sentir así con casi cada decisión que tomó durante las últimas dos décadas. Cuando acepté su propuesta, me prometí a mí misma que nunca me convertiría en ese tipo de cónyuge. El tipo que castiga emocionalmente a su pareja cuando las cosas no salen como quieren. Por supuesto, esta situación es un poco más complicada que eso, pero puedo ver que ahora mismo, Patrick necesita mi seguridad. Necesita saber que no voy a estallar contra él como Arabella solía hacer.

—Sabes que nunca puedo estar enfadada contigo por mucho tiempo —digo—. Y sé que no lo hiciste con la intención de herirme.

—De verdad que no —dice mientras una oleada de alivio inunda su rostro.

—Entonces todo está perdonado. Pero, ¿puedes enviarle un mensaje a Prim diciéndole que necesita avisar por mensaje antes de visitarnos? ¿Que no puede presentarse cuando le apetezca?

—Lo haré tan pronto como lleguemos. —Su alivio se transforma en una sonrisa que parpadea en sus labios—. Lo que, según el navegador, será dentro de solo seis minutos. ¿Estás lista para esto?

—He estado lista durante meses.

Mi estómago revolotea con mariposas y me encuentro pensando que esto debe ser lo que siente un niño en Navidad. La anticipación. La emoción. El conocimiento de que delicias inimaginables les esperan a la vuelta de la esquina. Nunca lo experimenté yo misma, pero voy a deleitarme con esa sensación ahora, y voy a asegurarme de que mi hijo también la sienta.

Mientras Patrick continúa conduciendo, miro por la ventana la miríada de colores, tratando de detectar algún punto de referencia familiar, aunque es difícil cuando todo son árboles y campos. Una cosa es segura, sin embargo. El verano ha terminado definitivamente. —Se ve diferente ahora, ¿no crees? —dice Patrick, haciéndose eco de mis pensamientos—. Sí. Creo que me gusta incluso más que antes.

Cuando visitamos por primera vez, el campo rebosaba vida. Los árboles estaban cargados de flores, mientras que flores silvestres abarrotaban las cunetas. Ahora, hay muy poco verde a la vista. Las hojas se han desprendido de los árboles en masa, mostrando las ramas delgadas y quebradizas debajo, y los campos son tonos de amarillo y ocre. Ya puedo sentir una docena de ideas para cuadros bullendo en mi mente. Mi trabajo siempre tiene un toque abstracto, pero está arraigado en la naturaleza, y sé exactamente qué paleta de colores van a presentar mis próximas obras.

—No puedo esperar para dar un paseo en bicicleta por estos caminos —digo mientras nos acercamos cada vez más a nuestro destino—. Quizás salga a montar mañana.

Patrick me mira, entrecerrando los ojos. —¿Realmente crees que es una buena idea? Las enfermeras dijeron que debías tomártelo con calma.

—Estoy bastante segura de que un paseo tranquilo en bicicleta estará perfectamente bien. No es como si fuera a ir a velocidades de velódromo. Además, mi cuerpo está acostumbrado a hacer cuatro clases de spinning a la semana. Me preocuparía más si dejara de hacer ejercicio.

—Quizás —dice—. Bien, esto es. El camino a las casitas está justo aquí.

No sé por qué siento el impulso de contener la respiración. No es como si estuviera esperando grandes sorpresas. He visto la casa dos veces en persona, miles de veces en fotos y en línea. Pero esta es la primera vez que la veo desde que es mía. Mi hogar.

—Ahí está —dice Patrick—. Justo allí.

Nuestra casa está al final del camino. Primero, pasamos un par de pequeñas casas adosadas, una de las cuales tiene una luz encendida. Esas dos casitas constituyen la totalidad de nuestros vecinos. Es una locura, especialmente cuando pienso que había cuatro pisos más en la misma planta que el mío en mi casa de la infancia. El agente inmobiliario no tenía mucha información sobre los propietarios de las casitas, aparte de que son reservados, pero quién sabe, tal vez entablemos algún tipo de amistad con el tiempo. Si no lo hacemos, no es como si estuviéramos viviendo unos encima de otros. Hay al menos quince metros entre la más cercana y la nuestra.

—¿Te importa abrir la verja? —dice Patrick—. Cuando contratemos el camión para vaciar la basura del estudio, también tiraremos la verja. Por qué demonios alguien sentiría que necesitaba algo así en medio de la nada es un misterio para mí.

La verja es definitivamente una adición extraña. Los cinco trozos de madera parecen estar sujetos solo por unos pocos clavos y es completamente superflua dado el gran espacio que hay a su lado por el que cualquiera podría pasar directamente. Aun así, necesitamos abrirla para el coche y el camión de la mudanza, pero cuando desabrocho mi cinturón, la mano de Patrick se posa sobre la mía.

—Quizás debería hacerlo yo —dice—. Ya sabes, ¿por si estás embarazada?

Estoy a punto de reírme del comentario cuando me doy cuenta de que habla en serio. —Patrick, puedo abrir una verja. No te preocupes.

Con una ligera risa aún en mis labios, me inclino hacia delante y le beso en la mejilla antes de desabrocharme el cinturón y salir del coche.

Fuera, sacudo la cabeza y libero la risa de mis pulmones. La verja debe pesar menos que algunos de los grandes lienzos o latas de pintura con los que trabajo, y no voy a dejar que me impida cargarlos. Aunque creo que quizás tengamos que establecer algunas reglas básicas sobre lo que voy y no voy a hacer si descubro que la FIV ha funcionado, de lo contrario Patrick me tendrá en reposo desde el día en que la prueba dé positivo.

Todavía estoy imaginando cuánto va a querer mimarme cuando llego a la verja, pero cuando voy a poner mis manos en el listón superior me quedo paralizada. Hay algo colgando del poste de la valla. Algo que no podía ver desde el coche e incluso aunque estoy justo al lado, por un segundo no puedo distinguir qué es.

—¿Qué demonios?

Mientras las palabras salen de mi boca, me golpea la realidad de lo que estoy mirando. Mi estómago da un vuelco mientras una oleada de náuseas me invade.

5

Normalmente mi desencadenante es la sangre. Ya sea verla u olerla, si el olor es lo suficientemente fuerte. Una inhalación profunda o el vistazo a un rastro fresco de rojo y mi temperatura se dispara. Paso de sentirme perfectamente bien a tanto calor que parece que mi piel se fuera a derretir. Gotas de sudor corren por mi cara, pero el calor siempre es temporal. Un latido después, siento como si me hubieran sumergido en agua helada. El sudor continúa mientras mi pecho se oprime, aunque "oprimir" parece una palabra casual para lo que me ocurre. Es como si mis costillas estuvieran siendo aplastadas. Como si hubiera cuerdas atadas a mi alrededor y con cada inhalación, las tiraran con tanta fuerza que destrozan mis huesos y hacen que los fragmentos perforen mis pulmones.

Así es como solía ser, al menos. Cómo solía empezar.

Mientras mi caja torácica destrozada me robaba el aire de los pulmones, mi garganta se estrechaba tanto que apenas podía resollar, y entonces comenzaba el mareo. A veces lograba recuperarme antes de desmayarme por completo, pero no siempre. Una vez, en una clase de arte, un compañero tuvo una hemorragia nasal. Cuando una ráfaga de calor recorrió mi cuerpo, supe exactamente lo que vendría. Intenté prepararme. Tumbarme en el suelo lejos de todos, pero no tuve tiempo. Fue tan repentino. Cuando me desmayé, me desplomé sobre mi caballete, que cayó sobre el de otro estudiante, destrozando no solo mi proyecto, sino también el que ellos habían estado trabajando durante el último

mes. Fue entonces cuando supe que tenía que hacer algo más. Tenía que separarme de esos recuerdos. Pero eso es algo más fácil de decir que de hacer.

Cerrando los ojos, aspiro una bocanada de aire por la nariz y empiezo a darme golpecitos en un punto de la ceja.

—Esto no es lo mismo —digo mientras exhalo con fuerza—. Estás a salvo aquí. Estás a salvo.

Voy cambiando el lugar donde me doy los golpecitos.

—Esto es la vida. Las cosas viven y las cosas mueren. Pero tú estás a salvo. Estás a salvo.

Me concentro en las respiraciones, los golpecitos, las palabras. En cualquier cosa menos en lo que vi. No sé cuánto tiempo permanezco así, pero mientras mis dedos golpean mi clavícula, me doy cuenta de que sigo de pie. No hay sudor deslizándose por mi espalda. No hay jadeos mientras lucho por mantenerme erguida. Estoy bien.

—Imogen, ¿qué ocurre? —Abro los ojos y encuentro a Patrick de pie junto a mí—. ¿Qué ha pasado? ¿Es por el embarazo? ¿Estás bien?

Niego con la cabeza antes de señalar hacia el poste de la verja. Es entonces cuando él también los ve.

—Oh.

—¿Por qué alguien haría eso? —digo. Un par de pájaros muertos cuelgan de nuestra verja. Sus cuellos están atados con un cordel naranja brillante, pero son sus ojos los que me atormentan. Esferas blancas opacas que miran sin un rastro de vida y, sin embargo, es como si estuvieran mirando a todas partes y a ninguna a la vez. Como si la muerte les hubiera dado esa capacidad—. ¿Qué clase de enfermo hace esto?

—Creo que son faisanes —dice Patrick.

—No me importa qué tipo de pájaros sean. Alguien hizo esto deliberadamente. —Miro a mi alrededor. Este no es el tipo de lugar por el que alguien pasaría por accidente. Fue bastante difícil para nosotros encontrarlo, incluso sabiendo dónde estaba. No, esto es una amenaza. Puedo sentirlo—. Por favor, Patrick, ¿puedes quitarlos de ahí? Solo quiero que desaparezcan. Ya.

Él asiente. —Por supuesto.

No soy el tipo de persona que piensa que los hombres deben hacer todos los trabajos manuales en casa. De hecho, prefiero hacer las cosas yo misma, ya sea construir un armario o cambiar el aceite de mi coche. Al menos así, sé que está bien hecho. Pero ¿animales muertos? Eso es algo que no puedo manejar. Aunque tampoco es exactamente el fuerte de Patrick. Es un abogado de cuarenta y ocho años que ha vivido toda su vida en Londres. Lo más cerca que ha estado de la carne cruda es cuando pide steak tartare, algo que nunca hace cuando está conmigo. Soy vegetariana estricta desde los catorce años y ver algo así me recuerda por qué.

Patrick hace una ligera mueca mientras extiende la mano y levanta las aves por el cordel atado a sus cuellos. Mientras las mueve, me obligo a mirar de nuevo. Tiene razón: *son* faisanes, a juzgar por el color. Un macho y una hembra. Pero, ¿por qué demonios alguien haría esto?

—¿Qué crees que debería hacer con ellos? —pregunta Patrick—. ¿Puedo simplemente ponerlos en la basura?

—No lo sé... Quizás tíralos al seto —digo, pero cuando se mueve, cambio de opinión—. En realidad, podríamos atraer ratas y otros animales si los dejamos en el seto. Tal vez la basura *sea* mejor idea.

Me muevo hacia el hueco junto a la verja, lista para abrir el cubo de basura para Patrick para que pueda tirar los pájaros lo más rápido posible. Pero cuando me hago a un lado, alguien habla.

—Veo que habéis encontrado mi regalo. Estaba preocupado de que no llegarais hoy. Casi me los llevo de vuelta.

6

Aparto la mirada de Patrick y los faisanes muertos para dirigirla a la mujer que camina por el arcén de hierba hacia nosotros. Va equipada adecuadamente con botas de agua y una gruesa chaqueta encerada. Pero lo más llamativo de ella es la criatura a su lado: un perro gris de pelo largo y desaliñado que le llega casi a la altura de la cadera. El labio superior del perro tiembla como si fuera a gruñir, pero ella tira bruscamente de la correa.

—Brutus, ya basta —dice con voz firme—. Hemos venido a dar una cálida bienvenida a los nuevos vecinos, no a asustarlos. No os preocupéis, su ladrido es mucho peor que su mordisco. Lo que no se puede decir de algunas personas, ¿eh? —Suelta una risita y, por la forma en que me mira, está claro que espera que yo también me ría, pero no puedo. Hay demasiadas cosas que procesar ahora mismo.

—Lo siento —digo, intentando concentrarme—. ¿Has dicho que esto era un *regalo*? Estos pájaros muertos...

—La percha —me interrumpe.

—¿Qué?

—La percha. Así es como lo llamamos. Un macho y una hembra hacen una percha. Un pequeño regalo de bienvenida, ya sabes. Mi sobrino caza faisanes y, bueno, le he pedido que me los trajera estos últimos días. La inmobiliaria dijo que os mudaríais pronto, así que quería tener algo preparado para vosotros. Aunque me alegro de que hayáis venido ahora. He estado comiendo faisán toda la semana

y, para ser sincera, ya estoy harta. Por no mencionar que me estaba preocupando por los gusanos en ese de ahí.

—¿Gusanos? —pregunta Patrick, alejando la percha aún más de su cuerpo.

—Oh, solo están en las plumas. Y solo porque ha estado colgado unos días. No afecta a la carne. Pero yo los desplomaría pronto si fuera vosotros.

Estoy bastante segura de que tengo la mandíbula caída, pero no puedo cerrar la boca. Esta mujer está loca. Tiene que estarlo. Estoy segura de que dice la verdad: realmente colocó un par de pájaros muertos en nuestra verja como regalo de bienvenida. Pero, ¿quién hace algo así? Al parecer, la gente del campo.

—Bueno, es muy amable por tu parte —logro decir—, pero en realidad, soy vegetariana.

—¿Vegetariana? —Me mira como si le hubiera dado una bofetada —. ¿Y eso por qué?

—Es que hace mucho tiempo... No creo realmente... —me interrumpo a mí misma. Ya puedo intuir que este tema de conversación no acabará bien—. Aunque Patrick sí come carne. Pero no estoy segura de que sepa desplumarlos. —Levanto las cejas mirándole—. ¿Sabes?

—Umm, ¿podría intentarlo?

Con un fuerte suspiro, la mujer se acerca y arrebata los faisanes a Patrick. —Supongo que me toca a mí otra vez. ¿Te parece bien un estofado? —pregunta.

—¿Estofado de faisán?

—Tengo unas buenas patatas del huerto y algunas hierbas. Iba a asarlo esta noche si no hubierais aparecido, pero probablemente el estofado sea mejor. Así podéis llevaros algo a casa.

—No querríamos molestar —dice Patrick, y por su tono, puedo notar que le está diciendo a la mujer que no tenemos ningún deseo de ir a su casa a comer estofado de faisán, pero o no lo oye, o simplemente no le importa.

—Bueno, supongo que ahora vendrán los de la mudanza, ¿no?

—Sí —digo, deseando escapar de la situación—. De hecho, llegarán en cualquier momento. Tenemos que entrar y decidir dónde

van a colocar todo.

—Bueno, necesitáis tiempo para organizaros. Para arreglaros. ¿Quedamos a las siete?

—¿A las siete?

—Para el estofado de faisán. Para él, no para ti, obviamente. Te haré una patata asada. Estoy en la casita de la izquierda —dice, señalando hacia el camino—. La de la puerta azul. Entonces, ¿a las siete?

—Yo... yo... —No quiero pasar nuestra primera noche en nuestro nuevo hogar en casa de esta mujer extraña, especialmente con ese perro mirándome como si fuera un juguete para morder. Me estrujo el cerebro buscando una excusa, pero antes de que pueda hablar, ella continúa.

—No vais a rechazar vuestra primera invitación, ¿verdad? —dice de una manera que hace que mi piel se erice ligeramente, aunque es a Patrick a quien mira mientras habla. Estoy segura de que él está a punto de explicarle, quizás con más firmeza, que salir en nuestra primera noche no es algo que planeemos hacer. Finalmente, él habla.

—A las siete suena bien —dice.

Siento que se me cae la mandíbula, pero no puedo decir nada. La boca de la mujer se curva y es lo más parecido a una sonrisa que le he visto hasta ahora.

—Bien. No hace falta que traigáis bebida, tengo de sobra. Bebéis, ¿no? —Me lanza una mirada cómplice.

Trago el nudo en mi garganta. Normalmente, sí, pero no cuando hay una buena posibilidad de que pueda estar embarazada. Pero no es algo que quiera explicar aquí en la carretera a mi extraña nueva vecina. Así que, en su lugar, solo sonrío forzadamente.

—Bien —dice con determinación, antes de darse la vuelta y volver caminando a su casa. Solo cuando está a unos seis metros de distancia me doy cuenta de algo.

—Perdona —le grito—. No he oído tu nombre.

Se da la vuelta, con un agarre inquietantemente flojo en la correa del perro. —Me llamo Maureen —dice—. No hace falta que

me digáis los vuestros, ya los sé. Sois Imogen Blake y Patrick Cromford.

Con eso, asiente brevemente y desaparece hacia su casa, con Brutus trotando a su lado.

Patrick y yo nos quedamos en silencio por un momento, todavía procesando todo lo que acaba de ocurrir. Miro fijamente la verja vacía donde colgaban los faisanes hace solo unos minutos, tratando de reconciliar el cálido regalo de bienvenida que Maureen imaginó con la grotesca exhibición que acabamos de presenciar.

—Bueno —dice Patrick después de una pausa—, eso ha sido... algo.

Por fin cierro la boca, logrando soltar una risa seca. —Bienvenidos al campo, supongo.

Patrick sacude la cabeza con incredulidad, quizás todavía manteniendo el recuerdo de los pájaros muertos a distancia. —Estofado a las siete —murmura, palideciendo visiblemente ante la idea—. ¿En qué nos hemos metido?

Sonrío, pero el peso del día, con la entrevista, la llave, la mudanza y el inquietante "regalo" de Maureen me oprime el pecho. Son solo nervios por la casa nueva, eso es todo. Estoy segura. Me sentiré mejor cuando estemos instalados.

7

—No me puedes decir que no te sientes aunque sea un poco perturbada por esa interacción —digo mientras Patrick nos hace entrar en la casa.

Miro varias veces por la ventana, pero Maureen no se ve por ninguna parte. Aun así, un nerviosismo persiste en la boca de mi estómago.

—Es solo una forma diferente de hacer las cosas —dice. Me toma de la mano, aunque su mirada se desvía hacia el exterior—. Esto es el campo. Quizás fue un poco atrevido por su parte invitarnos a cenar en nuestra primera noche, pero creo que solo es una mujer solitaria que busca compañía. Esa es la impresión que me dio. No es como si tuviera muchas otras personas cerca con quien hablar.

—¿Pero los faisanes muertos? —pregunto—. Eso es raro. Tienes que estar de acuerdo en que es raro.

—¿Lo es? Quiero decir, no pensarías dos veces si alguien te dejara una lasaña, ¿verdad? Solo porque no puedes ver de qué animal viene la carne, sigue siendo carne. Su regalo era simplemente mucho más fresco de lo que estamos acostumbrados a ver.

No se equivoca y la parte lógica de mí está de acuerdo, pero no alivia por completo el nudo en mi estómago. Ser capaz de anticipar cómo va a reaccionar la gente es algo en lo que creo que soy buena. Es algo en lo que intento ser buena. Aprendí desde pequeña que saber con quién tratas puede darte ventaja. Claramente todavía no

sé cómo actúan o reaccionan las personas del campo y eso me hace sentir incómoda. O al menos, no preparada.

—Sabía nuestros nombres. Nombre y apellido —digo, sin estar dispuesta aún a dejar el tema—. ¿No te parece extraño?

Se encoge de hombros. —Probablemente solo hay una agencia inmobiliaria que gestiona todos los pueblos locales y casas como esta. Mi suposición es que les ha insistido lo suficiente para averiguar quiénes somos. Vale, quizás sea un poco molesta, pero sinceramente, es inofensiva. Puedo sentirlo.

Patrick suele ser un buen juez de carácter. *Normalmente*. Pongo ese matiz por Arabella, claro. Y por Prim. Pero le he visto desenmascarar a muchas personas cuando tiene malas vibraciones. Gente que ha intentado ofrecernos oportunidades de inversión para mi arte —que yo ya sabía que eran estafadores—, por no mencionar varios agentes inmobiliarios que intentaron convencernos de lugares que querían hacernos creer que tenían "un potencial increíble". Quizás debería confiar en sus instintos también esta vez.

—Sabes —dice—, podrían ser solo tus hormonas haciéndote sentir paranoica. Eso podría ser una buena señal. Siempre podemos subir a Londres y hacer el análisis de sangre mañana en vez de esperar cuatro días más. ¿Qué te parece?

¿Qué me parece? ¿Quiero saber si estoy embarazada? Absolutamente. Pero incluso después de todos los pinchazos y sondeos que he soportado durante los últimos cuatro meses de tratamiento de FIV, todavía me afecta. La única diferencia entre este análisis de sangre y los otros es que no *tengo* que hacerlo. No necesito someterme a eso ahora mismo. Esperar unos días más y optar por el método estándar de orinar en un palito es la mejor opción, al menos para mi salud mental.

Niego con la cabeza. —No, no quiero ir al análisis de sangre. Definitivamente no después de todo eso con los faisanes. —Dejo escapar un gemido—. ¿De verdad tenemos que ir allí esta noche?

—Mira. —Me aprieta las manos suavemente—. Es una anciana. No puedo imaginar que vaya a estar aquí mucho más tiempo. No estando tan aislada y todo eso.

—¿Así que estás diciendo que solo tenemos que esperar a que se muera? —digo, algo impactada por el comentario de mi marido.

Se ríe. —En realidad estaba pensando en cuando se mude a una residencia de ancianos.

Eso tiene más sentido, pero aun así no me hace sentir menos inquieta. No esperaba mudarme a mi nueva casa y comenzar inmediatamente una cuenta atrás para cuando los vecinos se fueran.

—¿Qué te parece esto? —intenta Patrick—. Vamos a cenar allí esta noche, pasamos media hora más o menos, y luego mañana, empezaré a limpiar el cobertizo y a montar tu estudio de arte.

—Pensaba hacer eso cuando estuvieras en Londres por trabajo —respondo.

—Lo sé —dice, con una sonrisa traviesa curvando la comisura de sus labios—. Pero piensa lo mucho más rápido que será con los dos haciéndolo. Entonces, ¿qué opinas? ¿Una cena en casa de Mo?

—¿Mo? —dije, lanzándole una vez más una mirada inquisitiva.

—Estoy seguro de que es como la llaman las personas cercanas a ella.

—Bueno, eso no vamos a ser nosotros. Escúchame, no vas a aceptar más invitaciones a cenar de Mo sin consultarme primero. ¿Entendido? —En lugar de responder, parece distraerse por un momento—. Patrick, ¿estás escuchando? —digo, moviendo mi mano para golpearle juguetonamente en el brazo, pero antes de que pueda hacer contacto, me agarra la muñeca y me atrae hacia él.

—Te quiero, Imogen Blake —dice suavemente, sus labios rozando mi frente—. Y vamos a tener el futuro más maravilloso en esta casa. Puedo sentirlo.

Mis ojos se cierran involuntariamente mientras respiro su aroma familiar: ese suave y almizclado aroma que siempre me calma y extrae la tensión de mi cuerpo.

—¿Cómo tuve tanta suerte de casarme contigo? —murmuro, sintiendo el calor de su abrazo.

—Supongo que debió ser el destino —dice, moviéndose para besarme, solo para que un fuerte claxon suene desde fuera.

Me aparto, con una sonrisa extendiéndose por mi rostro por primera vez en toda la mañana. —Supongo que deben ser los de la

mudanza.

8

A las siete menos diez, la casa está más ordenada de lo que esperaba. Ya hemos desempaquetado todos los objetos evidentes: la ropa está en los armarios, los utensilios de cocina en la cocina, y los muebles como mesas y sillas están en las habitaciones asignadas.

Sin embargo, todavía quedan muchas cajas. Para empezar, todos mis materiales de arte. Están apilados en el comedor, junto a las puertas del patio. De esta manera, cuando el estudio esté listo, podremos llevarlos directamente afuera, pero eso no va a ocurrir esta noche. No cuando tenemos otro sitio al que ir.

—No tengo nada para llevar a casa de Maureen —le digo a Patrick mientras me pongo los zapatos, lista para salir—. Debería haber traído flores o algo. ¿Quizás debería llevar vino de todas formas? Sé que dijo que no lo hiciera, pero tengo que llevar algo, ¿no?

Patrick niega con la cabeza. —Ella no esperará nada de eso. Sabe que acabamos de mudarnos. De verdad.

—No se trata de lo que ella espere, se trata de buenos modales. No se debe llegar a una casa con las manos vacías.

La idea de presentarse en casa de alguien con un regalo, ya sea vino, chocolates o flores, no era algo con lo que crecí. Si hubiera habido una botella de vino en nuestra casa, mi madre se la habría bebido mucho antes de considerar regalársela a alguien. Pero durante mi segundo año en la escuela de arte, un tutor invitó a

algunos de nosotros a su casa. De los cinco estudiantes, yo fui la única que llegó con las manos vacías.

—No me di cuenta de que se suponía que debíamos traer algo... —le dije a otro estudiante que estaba a mi lado con una botella de rosado en la mano—. No mencionó que trajéramos nada, ¿verdad?

—Es simplemente cuestión de buenos modales, ¿no? —respondió él.

Siempre pensé que tenía buenos modales —usar «por favor» y «gracias», mantener las puertas abiertas—, pero no me había dado cuenta de que se extendía a cosas como esta. Desde ese día, nunca más me presenté en ningún sitio con las manos vacías. Incluso llevo vino a mis propias exposiciones, por si necesitamos una botella extra, aunque sé que a Orla le molesta que haga eso.

—En realidad, si estás tan preocupada, ¿por qué no llevas uno de tus pequeños bocetos? —dice Patrick.

—¿Mis bocetos?

—Sí, a todo el mundo le encantan. Serían un regalo encantador. Si no los quieres vender, al menos podrías darles uso.

Sé exactamente a qué bocetos se refiere. Como artista, trabajo principalmente en lienzos grandes con pintura al óleo. Es el tipo de arte que encontrarías colgado en la recepción de oficinas elegantes. Por eso Patrick vino por primera vez a mi exposición, para encontrar piezas para su oficina. Pero antes de empezar en un lienzo grande, esbozo varias ideas, solo con tinta y lápiz. Tengo una libreta llena de mis reflexiones, por no mencionar docenas de trozos más pequeños. Sigo perfeccionándolos hasta tener confianza en la composición y solo entonces comienzo la obra real. Patrick me ha dicho cientos de veces que cree que podría hacer una exposición solo con esas pequeñas ideas. Cree que la gente estará interesada en ver el proceso. Incluso le sugirió la idea a Orla, que tampoco estaba totalmente en contra. Es dulce, pero es mi marido —piensa que todo lo que hago es genial— y ella es mi agente —tiene que pensar que todo lo que hago es genial—. El hecho de que nunca lo haya vuelto a mencionar es probablemente una señal de que los bocetos deberían quedarse donde están, lejos de la vista del público.

—No sé —digo, respondiendo a su sugerencia—. Puede que ni siquiera le guste el arte. O al menos mi arte.

—No se trata de sus gustos, se trata de que sería un regalo encantador —dice—. Creo que apreciaría el toque personal. ¿Por qué no buscas algo, y yo puedo ir allí ahora? Así no tendrás que preocuparte por tomarte tiempo para encontrar una pieza que te guste.

No estoy convencida. Para empezar, no puedo imaginar por qué Patrick no querría esperarme; yo ciertamente no querría presentarme en casa de una desconocida sin que él estuviera allí, pero, por otro lado, ella es una anciana y él es un hombre corpulento, y probablemente tiene razón al pensar que llegar los dos tarde no daría la mejor impresión. Además, incluso un regalo mediocre es mejor que ninguno.

—Vale, cogeré uno —le digo, antes de darle un rápido beso en la mejilla—. Intentaré ser lo más rápida posible.

9

Mientras que nuestra casa es lo que yo llamaría un hogar familiar —cuatro dormitorios, dos baños, incluido el principal, y un amplio espacio habitable en la planta baja—, la casa de Maureen parece la típica casita de campo. Hay una ventana de tamaño decente junto a la puerta principal y dos más pequeñas en el piso superior, lo que indica claramente lo estrecha que es la casa. Tampoco parece extenderse mucho hacia atrás.

Tal como Patrick sugirió, llevo uno de mis bocetos. Es el refinamiento de una idea que había estado rondando mi mente durante algún tiempo y tiene salpicaduras de acuarela sobre la tinta. Aunque es abstracto, siempre evoca una sensación del mar y del agua, no solo por los lavados azules sino también por las pinceladas horizontales ondulantes y el degradado de colores. Esperaba traer algo con verdes o naranjas para reflejar los tonos de nuestro entorno, pero esto es todo lo que pude encontrar con prisa. A caballo regalado no le mires el diente.

No hay puerta en la entrada de Maureen, así que camino directamente hacia la puerta.

—Qué extraño —me digo mientras me acerco a la casa. Hay un extintor de incendios colocado en el escalón de entrada. Nunca he conocido a nadie que guardara uno fuera de su casa. Aunque, es una señora mayor. Supongo que piensas más en cosas así cuando tienes su edad. Sospecho que también es el tipo de persona que desenchufa todo antes de irse a dormir.

Me llevó más tiempo del que esperaba encontrar el boceto, y me siento culpable por dejar que Patrick se enfrentara a ella solo, pero cuando levanto la mano para llamar a la puerta, ese sentimiento es reemplazado por uno de miedo, ya que antes de que mis nudillos siquiera entren en contacto con la madera, empieza el gruñido.

Con el corazón acelerado, doy un salto hacia atrás.

—Vale, debería haberlo esperado —digo, tratando de calmar mi pulso mientras recuerdo al gran galgo que vi más temprano ese día. Con una profunda inspiración, voy a llamar otra vez y esta vez lo consigo.

—¡Brutus, para ya! —La voz de Maureen es casi tan áspera como el ladrido del perro—. ¡No dormirás en la cama esta noche!

Desearía que Patrick estuviera conmigo, solo para poder ver la expresión en su cara ante ese comentario. No puedo imaginarme compartir una cama con ningún animal, y menos aún con un perro de ese tamaño. Me preocuparía que se diera la vuelta por la noche y me asfixiara. Mientras me imagino a la pequeña anciana escondida bajo un montón de pelo, la puerta se abre de golpe y allí está Maureen.

—Pase, pase. He puesto la calefacción. No queremos desperdiciarla —dice, haciéndonos señas para que entremos.

Me apresuro a entrar, cerrando la puerta detrás de nosotros. En mi cabeza, ya había imaginado cómo sería la casa de Maureen por dentro, que es básicamente la visión estándar de la casa de una señora mayor: alfombras estampadas, papel pintado recargado, y muchos objetos decorativos como platos ornamentales o fotos. Dado el tamaño de Brutus y el tamaño de la casa, también asumí que olería a perro mojado. Pero cuando cruzo la puerta, me llevo una agradable sorpresa. No hay platos ornamentales ni un desorden abrumador. Las paredes están limpias y blancas, y no hay ni rastro de olor a perro en el aire; el único aroma es el de pintura fresca. Sin embargo, noto dos extintores más: uno en el alféizar de la ventana y otro justo al lado de la puerta. No hay manera de que pase toda la velada sin preguntar por ellos, pero los buenos modales dictan que me contenga un poco más.

—Bueno, sígame —dice Maureen, guiándonos más adentro de la casa—. El guiso está listo. Patrick está allí.

—Oh, gracias. Y esto es para usted —digo, ofreciéndole el boceto. Lo toma, olfatea en lo que supongo es un gesto de agradecimiento, y sigue caminando. No es aficionada al arte, entonces.

Como el área de estar, el espacio de cocina-comedor es compacto pero limpio y sorprendentemente moderno. Hay un horno nuevo y una placa de cocina moderna, aunque el frigorífico es diminuto. Supongo que tiene sentido para alguien que vive sola, especialmente si está contenta comiendo lo que caza en la naturaleza.

Cuando entro, Patrick se levanta de la mesa y se acerca a mí.

—Hola, ¿estás bien? —dice, acercándome a él y abrazándome fuertemente. Por la forma en que sostiene mi cuerpo contra el suyo, es como si hubiéramos estado separados durante días o semanas, no durante media hora.

—Estoy bien —digo, retrocediendo para poder mirarle a los ojos —. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido vuestra conversación?

—Querrás vino tinto con el faisán —dice Maureen, interrumpiéndonos antes de que Patrick pueda decir algo. Mi estómago se hunde mientras saca tres copas de un armario.

Miro a Patrick. De ninguna manera voy a beber vino después de todo lo que he pasado con el tratamiento de FIV, pero tampoco hay manera de que le cuente sobre el posible embarazo.

—En realidad —digo—, estoy tomando antibióticos, bastante fuertes. Tuve una mala infección en el pecho. Estoy bien solo con agua.

Me mira como si estuviera a punto de decir algo, pero devuelve la copa de vino y agarra un vaso. La oigo murmurar: —Sin bebida, sin carne, sin diversión.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunto, tratando de compensar la claramente mala impresión que he causado hasta ahora. Pero ella niega con la cabeza.

—No, no, todo está bien —dice, sacando dos cuencos y acercándose a la olla de cocción lenta—. Ahora, supongo que

querréis saber todo sobre este lugar. Bueno, aquí está mi primer consejo. No es seguro. No es nada seguro. Deberíais vender ahora y marcharos si queréis salir de aquí con vida.

10

El silencio invade la habitación mientras se me eriza el vello de la nuca. Juro que siento cómo la sangre abandona mi rostro. Abro la boca, sin estar segura de si tengo palabras para hablar, cuando Maureen echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—¡Ay, teníais que haber visto vuestras caras! —exclama entre carcajadas—. ¡Eso sí que era digno de fotografiar! Lo siento, lo siento, pero en serio... ¡parecía que hubierais visto un fantasma! —Se seca los ojos, todavía riendo—. ¿Creéis que un sitio como este va a ser menos seguro que la gran ciudad de donde venís? No seáis ridículos.

Miro a Patrick y parece que él tiene tantos problemas como yo para ver la gracia en la broma.

—¿Vive alguien en la casa de al lado de la tuya? —pregunto, sintiendo la necesidad de tomar cierto control sobre la conversación, aunque no estoy del todo segura de cuánto puedo confiar en que Maureen no me tome el pelo con sus respuestas.

—No por el momento. Robbie vivió allí durante casi una década. Tenía una esposa joven también, pero se marcharon después de lo de Clarence. No querían vivir tan cerca de la casa, supongo. Ellos lo encontraron, ¿sabes?

—¿Lo encontraron? ¿A Clarence? ¿Es la persona que tenía nuestra casa antes?

—Sí, pero molestó a bastante gente. Negocios turbios, ya sabes. Problemas de dinero. Convenció a un buen número de personas en

Tarlton para que invirtieran y todo se fue a la mierda. La gente estaba furiosa. No sé cuánto les sacó, pero fue mucho. Eso sí lo sé. Yo nunca tuve problemas con él, pero probablemente porque sabía que no tenía sentido pedirme dinero. —Sonríe de una manera que me hace pensar que va a soltar otra de sus carcajadas, pero su cara vuelve a ponerse seria casi al instante—. Supongo que pensó que no había salida. Triste, eso. Siempre hay una salida.

Me tomo un momento para asimilar lo que Maureen acaba de contarme. No solo sobre Clarence, sino sobre sus vecinos y la razón por la que se fueron. Por el nudo en mi estómago, sé exactamente a lo que ha aludido, pero necesito preguntárselo directamente. Necesito saber que no estoy siendo paranoica.

—¿Se suicidó? ¿Clarence se suicidó en nuestra casa?

—Sí, lo hizo —dice en voz baja.

Una vez más, el silencio se apodera del ambiente. Mientras miro a Patrick, cientos de pensamientos recorren mi cabeza. Cientos de preguntas a las que Maureen bien podría tener respuesta. Como cuándo lo hizo, en qué habitación y cuánto tiempo pasó hasta que lo encontraron. Necesito saber las respuestas, pero no puedo preguntar. No sin parecer totalmente insensible y egoísta. Sin embargo, necesito decir algo. La temperatura de la habitación está empezando a bajar y no sé si es real o si es porque mi mente no quiere procesar lo que está pasando. Junto con el vegetarianismo y la abstinencia de alcohol, creo que un ataque de pánico sería la última puntilla para la relación entre Maureen y yo, así que hago la única pregunta que se me ocurre.

—Los extintores —digo, girando la cabeza y mirando el que hay en el alféizar de la ventana—. ¿Por qué tienes tantos? ¿Pasó algo?

Los ojos de Maureen siguen los míos como si no hubiera sabido que el objeto estaba allí. Después de un momento, deja escapar una ligera risa, pero a diferencia de las carcajadas anteriores, esta se parece más a un resoplido.

—Oh, sí, pasó algo —dijo—. Los chicos de Springfield Farm. Eso es lo que pasó.

11

—¿Los incendios? —pregunto, sintiendo que se me forma un nudo en el estómago.

Por primera vez en toda la noche, la confianza de Maureen flaquea. Incluso cuando hablaba de la muerte de Clarence, se mantuvo increíblemente pragmática. Pero esto es diferente. Baja la mirada hacia Brutus, que yace tranquilo a sus pies. Puede que me haya reído del comentario de Patrick sobre conseguir un perro guardián antes, por no mencionar la idea de que Maureen deje a Brutus dormir en su cama, pero claramente hay razones por las que tiene un perro como él. Está sola, y Brutus es su protección.

—Quiero decir, solo eran críos haciendo gamberradas —dice con un suspiro—. Por aquí, no tienen mucho que hacer. No hay pistas de skate, ni cines, nada realmente. Así que el año pasado, se dedicaron a quemar cosas.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta. —¿Quemar cosas?

—Al principio, no era nada preocupante. Neumáticos viejos, árboles caídos... cualquier cosa que pudieran conseguir, realmente. Pero luego empezaron a entrar en los jardines de la gente. Una noche, prendieron fuego a los rosales de Cedar Lodge. Está a poco más de un kilómetro por la carretera, justo a las afueras de Tarlton. Una casa preciosa. Unos rosales preciosos, también. Al menos lo eran. Supongo que después del pueblo, querían probar en un lugar

un poco más apartado. Creo que pensaron que así también podrían hacer cosas más grandes.

—¿Aquí? —digo—. ¿Prendieron fuego a la casa?

Maureen niega con la cabeza. —A mi casa no, pero sí a mi cobertizo.

Un nuevo escalofrío llena el aire mientras Maureen toma una larga bocanada de aire. No necesito persuadirla para que continúe con su historia. Puedo verlo en sus ojos. Quiere contárnoslo.

—Fue hace unos ocho meses. No, miento. Fueron nueve. Las noches aún eran oscuras, ¿sabes? Me había acostado temprano, no tiene sentido quedarse levantada a menos que haya algo en la televisión. No suelo ser muy sociable. —Sonríe ante este comentario y puedo ver que, una vez más, Patrick tenía razón. La anciana solo quería algo de compañía—. Estaba profundamente dormida cuando Brutus empezó a ladrar como loco, subiendo y bajando las escaleras, mordiéndome. No era normal. Cuando miré por la ventana, ahí estaba: mi cobertizo, iluminado como un muñeco en la Noche de las Hogueras. —Su voz vacila por un momento.

—Lo siento mucho —digo. Sé que las palabras no son suficientes, pero no es como si pudiera quedarme sentada sin decir nada. Una vez más, Maureen ofrece un atisbo de sonrisa.

—Sí, bueno, salí, llamé a los bomberos. Vinieron y lo apagaron, y tuve suerte. No llegó a la casa. Podría haber sido mucho peor, pero aún puedo olerlo, ¿sabes? Todo olía a humo. Quizás solo estaba en mi cabeza, pero aun así... Hice venir a un pintor para refrescar las cosas, pero dijo que no olía nada. Me sugirió que encendiera unas velas. —Resopla—. ¿Velas? ¿En serio? —Hace una pausa, luego se encoge de hombros—. Así que sí, ahora estoy un poco paranoica. Tengo extintores por todas partes. También me han enseñado a usarlos, pero no he necesitado hacerlo. Todavía.

Espero que Patrick pregunte algo, ya que siento que he estado dominando la conversación con mis preguntas, pero permanece en silencio, así que hago la siguiente pregunta que me ronda por la cabeza. —¿Fueron a la cárcel? ¿Los chicos?

Maureen suelta un bufido. —¿Cárcel? ¿Crees que alguien relacionado con Springfield Farm vería alguna vez el interior de una

celda? La mayoría del pueblo está emparentado con ellos de una forma u otra. Donny intentó por todos los medios que les cayera algo, eso sí.

—¿Donny? —de repente Patrick se suma. No tengo la sensación de que ella haya mencionado ese nombre antes, pero podría equivocarme.

—Sí, Donny. Vive en Tarlton. Es un detective de policía importante o algo así. ¿Inspector jefe quizás? Oh, no lo sé. Lo intentó lo mejor que pudo, pero no, no fueron a la cárcel. Aun así, no he oído hablar de ningún incendio en unos nueve meses, así que quizás lo que sea que hizo o dijo los asustó. Aunque también puede que hayan madurado.

—Eso es horrible —digo—. Siento mucho que tuvieras que pasar por eso.

Maureen sonríe ligeramente. —Bueno, no se puede tener todo perfecto, ¿verdad? —Cuadra los hombros, como si se sacudiera el peso de los recuerdos—. Y todo lo demás de este lugar es como un sueño. Al menos, cuando llega la primavera, lo es.

Extiendo la mano hacia mi vaso de agua, deseando poder tomar vino de verdad. Pirómanos locales y una casa con pasado no es lo que una quiere oír el primer día de un nuevo comienzo.

12

—Ha sido mucho para asimilar en una sola noche —digo mientras Patrick y yo nos quitamos los abrigos. Había estado inusualmente callado durante la cena, pero dado el tiempo que había tenido que soportar a solas con Maureen, no podía culparle. Ahora estamos de vuelta, pero es evidente que algunas de las cosas que dijo siguen rondándole por la cabeza.

Mientras me quito los zapatos, mi mirada se dirige instintivamente al salón. ¿Fue allí donde lo hizo Clarence? ¿Fue allí donde el antiguo propietario se quitó la vida? Lo dudo. No parece el tipo de habitación donde alguien haría algo así. Aunque, por otro lado, ningún lugar de esta casa lo parece, y yo pensaba que, de entre todas las personas, tendría un mejor sentido para estas cosas que la mayoría. —¿No tenían la obligación de informar sobre los suicidios? —digo, desviando la mirada del salón al comedor—. Creía que las inmobiliarias tenían que comunicar a los posibles compradores si algo así había ocurrido.

—No sé qué decirte —dice Patrick, apretándome la mano—. Sabes que nunca lo habría considerado de haberlo sabido. No después de lo que te pasó a ti. Lo siento mucho.

—No tienes que disculparte —digo, quitándome los zapatos de una patada—. Yo también leí todo el papeleo. No vi nada al respecto.

—¿Entonces crees que Maureen estaba mintiendo?

No se me había ocurrido pensar eso y, aunque Patrick me haya metido la idea en la cabeza, no puedo creerlo.

—¿Por qué iba a inventarse algo así? No ganaría nada con ello. Y es obvio que está paranóica con los incendios. Nadie tendría tantos extintores de no ser así.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —pregunta, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Sobre qué?

—Sobre la casa. ¿Estás bien quedándote aquí? Ya sabes, con todo esto. ¿Quieres mudarte?

No tiene sentido fingir que no se me ha pasado por la cabeza volver a meter todo directamente en un camión de mudanzas, pero la verdad es que si compras una casa antigua, va a tener alguna historia detrás, y no toda va a ser agradable. Por supuesto, esta noticia es una historia un poco más reciente de lo que me habría gustado.

—Tendremos que hacerla nuestra —digo con toda la convicción que puedo reunir—. Neutralizaremos todos los recuerdos negativos con positivos.

—Me parece una idea perfecta —dice Patrick, atrayéndome hacia sí y besándome—. Ahora, ¿qué te parece un café descafeinado? Lo preparo yo. Ve a poner los pies en alto.

—Eso me parece una idea perfecta.

Una vez que Patrick ha preparado las bebidas, nos sentamos en el sofá y seguimos hablando de la cena con Maureen.

—No puedo creer que los niños de por aquí le prendiesen fuego al cobertizo de una anciana —digo—. No pensé que ese tipo de cosas ocurrieran en un sitio como este.

—Te refieres a un sitio adinerado, ¿no?

—Supongo.

Patrick se encoge de hombros. —Los niños son niños, y como dijo Maureen, no hay mucho que hacer aquí para ellos. Yo también hice cosas bastante tontas cuando era joven y estaba aburrido.

Alzo una ceja. —¿No me digas que el perfecto Patrick, cumplidor de la ley y destinado a una carrera legal? No puedo creer que alguna vez te salieras de la raya durante tu infancia.

Vuelve a reírse. —No cuando ya sabía que quería ser abogado, no. Pero ¿antes de eso? Digamos que hice algunas cosas de las que no estoy orgulloso.

Mantengo la ceja arqueada. Hemos pasado mucho tiempo hablando sobre nuestro pasado, pero mientras yo suelo compartir cosas de mi vida temprana —sobre mi madre y mi crianza—, Patrick habla principalmente de su vida más reciente. Sé cómo cambió Arabella cuando tuvo a Prim y cómo, cuando Prim empezó a portarse mal, la enviaron a un internado con la esperanza de que la enderezara. Alerta de spoiler: no funcionó. Pero, ¿Patrick adolescente? Siempre lo he imaginado como una versión en miniatura del hombre que tengo delante ahora.

—Entonces, ¿qué tipo de cosas hiciste? —pregunto, intrigada—. ¿Cuál es la peor cosa que has hecho nunca?

Me da una sonrisa juguetona. —Vale, ¿prometes no juzgarme?

Me echo hacia atrás, apartándome de su alcance en broma. —Ahora tengo que saberlo.

Toma aire profundamente y luego lo suelta. —Robé algo.

—¿Robaste qué? —Mi corazón late con fuerza, y estoy desesperada por saber qué es lo que ha hecho mi intachable y cumplidor de la ley marido.

—Un Discman.

Parpadeo, intentando no reírme. —¿Un Discman? ¿Como un reproductor de CD portátil?

—Sí, uno de esos —dice, con la culpa de hace años aún grabada en su rostro.

No puedo contenerme. —¡Vaya, estoy impactada! No porque robaras algo, sino porque eres lo suficientemente mayor como para haber usado un Discman.

—¡Eh! —Patrick se ríe—. No fue hace tanto tiempo. Todos en el colegio tenían uno, pero yo no. Había una pequeña tienda a unos ochocientos metros de donde vivíamos. Vendía de todo: juguetes, electrónica, y apenas tenía seguridad, así que... bueno, lo birlé.

Aprieto los labios con la esperanza de contener la risa, pero no puedo. Este personaje cleptómano está tan alejado del Patrick que

conozco y amo, que es imposible no encontrar la historia ridícula. —¿Y qué hiciste? ¿Te lo quedaste?

—No, ni siquiera pude abrirlo. Estuvo debajo de mi cama durante dos días antes de que lo devolviera. —Niega con la cabeza, claramente aún cargando con el peso de su culpa adolescente.

—Eso es tan típico de ti —digo, imaginando a una versión más joven de Patrick devolviendo sigilosamente el Discman a la tienda—. ¿Por qué no se lo pediste simplemente a tus padres? ¿Para tu cumpleaños o Navidad?

Se encoge de hombros. —Podría haberlo hecho, supongo. Pero mis padres no eran muy buenos escuchando, y yo no era muy bueno hablando con ellos. En cualquier caso, eso es agua pasada. Pero te prometo que nuestro pequeño nunca tendrá que robar un Discman. Ni nada, en realidad. —Pone una mano sobre mi vientre.

—Creo que ni siquiera los fabrican ya. Además... —vacilo—. Ni siquiera sabemos si ya hay un pequeño ahí dentro.

Patrick me da una sonrisa tranquilizadora. —Si no es ahora, será pronto. Venga, vamos a la cama. Mañana tengo que despejar el estudio de arte, ¿verdad?

—Suena bien —digo—. Si tú compruebas las ventanas de abajo, yo revisaré las de arriba. Luego nos vamos a la cama.

—¿Te das cuenta de que estamos en medio de la nada? —pregunta, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Me doy cuenta —respondo—, pero también sé que hay un montón de adolescentes pirómanos por ahí y nunca se sabe quién podría probar suerte.

—No te preocupes, me encargo yo —dice, antes de besarme suavemente en los labios.

Mientras subo las escaleras, oigo a Patrick asegurando la puerta trasera. Sé que probablemente estamos más seguros aquí de lo que nunca estuvimos en la ciudad, pero las viejas costumbres son difíciles de abandonar. Mi madre quizá no me enseñó mucho sobre etiqueta, pero definitivamente me inculcó siempre comprobar que las puertas y ventanas estuvieran cerradas.

Hay tres ventanas en la parte delantera de la casa y tres en la parte trasera. Empiezo por la delantera, entrando en lo que espero

se convierta en la habitación del bebé si todo sale bien. Al encender la luz, me tomo un momento para mirar alrededor, imaginando la habitación llena con una cuna y un cambiador. Me imagino una pequeña pizarra donde nuestro hijo pueda dibujar cuando sea lo suficientemente mayor para sostener un lápiz. Sé que Patrick diría que me estoy adelantando, pero no puedo evitarlo.

Las cortinas son de tela gruesa y flocada, dejadas por los anteriores propietarios. Clarence. Un escalofrío me recorre la espalda. Quizás esta es la habitación que eligió para llevarlo a cabo, pienso, antes de tragar saliva ante la idea. No puedo obsesionarme con lo que ocurrió aquí. Si lo hago, me volveré loca y sé exactamente qué se siente al respecto. No tengo intención de conservar las cortinas; no son nada adecuadas para una habitación infantil. Mañana buscaré en internet y encargaré otras. Aun así, el que quiera o no conservarlas no cambia el hecho de que necesito cerrarlas ahora, pero cuando alcanzo la tela, algo fuera capta mi atención.

Los campos han sido cosechados desde nuestra última visita y la falta de cultivos hace que la vista se extienda aún más a través de las colinas onduladas. Luces diminutas brillan desde el pueblo más cercano mientras las siluetas de los árboles se alzan fuertes y negras, mucho más cerca de casa. Giro la cabeza, suponiendo que fue una rama moviéndose lo que llamó mi atención. Pero mientras miro fijamente bajo la luz acuosa de la luna, algo se mueve de nuevo y mi estómago da un vuelco. Incluso con la falta de luz, sé exactamente lo que estoy mirando, y no es un árbol. Hay alguien ahí fuera, mirando hacia mi casa. Mirándome a mí.

13

—Probablemente fue una consecuencia de todo el estrés que has tenido que soportar durante los últimos días —dice Patrick—. Ya sabes cómo tu imaginación puede hacerte ver cosas cuando estás nerviosa.

No le concedo su comentario con una respuesta. En el momento en que grité su nombre, Patrick subió corriendo las escaleras para encontrarme pálida y temblorosa, y sin embargo, cuando miró hacia el exterior, la figura había desaparecido. Durante veinte minutos esperamos allí, pero no hubo nada más que un búho volando y un zorro merodeando. Finalmente, me convenció para que me metiera en la cama. Pero ir a la cama e irse a dormir son cosas muy diferentes.

—Tú misma dijiste que ni siquiera podías distinguir si era un hombre o una mujer. Podría haber sido un ciervo. Tienen más o menos la misma altura que una persona.

—También tienen cuatro patas —digo, mi inquietud convirtiéndose en irritación—. Era una persona y me estaba observando. Podía sentirlo.

Con un leve masaje en sus sienes, Patrick se da la vuelta en la cama, se apoya sobre un codo y me mira a los ojos. —Im, esto es un cambio enorme. La casa, el bebé, por no mencionar algunas de las cosas que Maureen dijo hoy. Es natural sentirse nerviosa. *Yo* estoy nervioso.

—¿Lo estás?

—Por supuesto que sí.

Estoy segura de que esperaba que sus palabras me calmaran, pero están haciendo todo lo contrario.

—¿Qué es lo que te pone nervioso? —digo—. ¿Crees que fue un error mudarnos tan lejos? ¿O el bebé? ¿Estás nervioso por el bebé? Hablamos de esto. Dijiste que querías hacerlo.

Me toma de la mano, al mismo tiempo que coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—No, no estoy nervioso por este bebé. Ni lo más mínimo, ni por la casa, pero habrá un período de adaptación. Como el trayecto al trabajo. Me preocupa que algunos días todavía tenga que trabajar hasta tarde o quedarme en Londres, y tú estarás aquí sola. Me preocupa cuánto tiempo llevará poner en marcha tu estudio, porque sé que necesitas pintar para ser feliz y no tenemos ni idea del estado en que se encuentra ese cobertizo. Y estoy nervioso por cómo Prim se adaptará a la idea de tener una media hermana. Así que, sí, también hay cosas que me ponen nervioso.

Lo último que necesitaba era un recordatorio de Prim y de cómo ella tiene una llave de la casa. ¿Sería demasiado desear que si los incendiarios aparecen, sea cuando Patrick y yo estemos fuera y ella esté haciéndonos una visita sorpresa? Rápidamente sofoco ese pensamiento. Prim es la hija de Patrick y nunca querría que le sucediera nada malo, simplemente por el efecto que tendría en él.

—También creo que debemos tomar lo que dice Maureen con cautela —dice Patrick, interrumpiendo mis pensamientos—. Es una anciana que vive sola. Cuando estás solo, las cosas pueden parecer más grandes y aterradoras. Así es como funciona.

—Entiendo lo que dices. De verdad. —Enfatizo mis palabras todo lo que puedo—. Pero eso no cambia el hecho de que había alguien ahí fuera. Estoy segura de que alguien estaba mirando hacia la casa.

—Entonces quizás era un cazador furtivo —concede Patrick—. Alguien cazando liebres. O simplemente un vecino curioso de alguno de los pueblos cercanos dando un paseo nocturno. Esta es la primera vez que la casa tiene luces encendidas en meses. Quizás solo sentían curiosidad e intentaban averiguar quién se ha mudado.

O incluso querían saludar. Justo como Maureen y su "regalo" del faisán. Pensaste que *eso* era una amenaza, ¿recuerdas?

Tiene razón. Quizás no lo habría llamado exactamente una amenaza, pero definitivamente asumí que era algún tipo de broma enferma, y me equivoqué.

Patrick se inclina hacia delante y me besa suavemente en la frente. —Vamos, necesitas dormir bien. Con suerte, para mañana por la noche tendrás tu estudio de arte.

La molesta inquietud continúa atormentándome, pero todo lo que ha dicho tiene perfecto sentido. Esto es lo que se obtiene en el campo: animales muertos y gente deambulando a todas horas. Quizás no sea el tipo de lugar donde imaginaba que crecería mi hijo, después de todo. Suponiendo que esté embarazada, claro. Solo tres días más hasta que pueda hacer la prueba y descubrirlo.

14

—Esto *sí* que es la razón por la que nos mudamos aquí —dice Patrick mientras permanecemos de pie en el jardín, con tazas de café humeante en las manos. Incluso después de una noche de mal sueño, es difícil no estar de acuerdo. El aire tiene esa sensación crujiente de otoño —fresco pero no frío— y no hay ni una sola nube en el cielo. Nada más que kilómetros y kilómetros de un azul brillante y despejado. Todo el ambiente es completamente sereno, lo que contrasta radicalmente con lo de anoche. No sé si son ratas, ratones o pájaros anidando en nuestro tejado, pero juro que algo hay ahí dentro y estuvo arañando hasta altas horas de la madrugada. Aunque Patrick no oyó nada en absoluto. No, sus ronquidos le garantizaron a él una noche de descanso perfecto. Al final tuve que sacar mis tapones para los oídos para bloquear los ruidos —tanto los de Patrick como los de los animales— pero esa no será una solución a largo plazo. No podemos tener ratas en una casa con un bebé, pero supongo que es algo que podemos solucionar cuando llegue el momento. Y como dice Patrick, una mañana como esta es todo lo que se necesita para que la noche anterior parezca un recuerdo lejano.

Respiro una bocanada de aire y siento cómo llega a mis pulmones. Es la temperatura perfecta para dar un paseo en bicicleta, que es lo que intenté hacer a primera hora, pero Patrick insistió en que le ayudara a ordenar el estudio para que sepa dónde debe ir todo.

Eso es solo una excusa, por supuesto. Está preocupado de que salga a montar en bicicleta sola por las carreteras rurales, pero voy a hacerlo en algún momento. Elegir un día como hoy, antes de que cambie el tiempo, parece lo más sensato. Especialmente cuando ya sé que no me dejará levantar ninguna de las cajas en el anexo. Fue igual ayer cuando llegó el camión. Solo pude observar y dirigirle a él y a los transportistas. Aun así, mañana volverá al trabajo y quiero aprovechar al máximo el tiempo con él. Incluso si ese tiempo se dedica a ordenar las pertenencias de otra persona.

El anexo está a unos diez metros de la casa y tiene el tamaño aproximado de un garaje doble. Como la mayoría de las casas y cottages de por aquí, está hecho de ladrillos amarillentos, mientras que las ventanas alargadas están opacas por la suciedad. La única puerta es metálica, deformada *y* oxidada; sin embargo, el candado está firmemente colocado.

—Bueno, ¿dónde están las cizallas?

Cizallas y Patrick no era algo que jamás hubiera imaginado juntos. Pero cuando el agente inmobiliario nos enseñó el lugar, mencionó que cortar el candado sería la forma más fácil de entrar. Patrick no me dijo que estaba comprando unas cizallas —simplemente llegó a casa con ellas la noche después de que aceptaran nuestra oferta, y las ha estado guardando desde entonces, esperando este momento.

—¿Realmente sabes lo que estás haciendo con eso? —pregunto, arqueando una ceja.

—Son solo como unas tijeras grandes, ¿verdad? —dice, colocando las cizallas alrededor del candado oxidado. Me mira—. Quizá deberías retroceder un poco, por si acaso.

Doy unos pasos atrás, y momentos después, se oye un fuerte *clink* cuando el candado cae al suelo.

—Te lo dije —dice con una amplia sonrisa.

Mientras avanzo, Patrick coloca su mano alrededor de la manilla. Por las décadas de óxido, supongo que hará falta algo de fuerza para abrirla, pero da un tirón seco, y se abre de par en par.

—Bueno —dice, apartándose para dejarme ver el interior—. Vas a tener *muchísimo* espacio una vez que empecemos a vaciarlo.

Me quedo atrás un momento—. ¿Algún rastro de ratones muertos? ¿O vivos, ya puestos?

Se ríe—. No, solo muchas cajas y polvo. Y... estanterías llenas de cosas.

Segura de que no hay nada demasiado asqueroso ahí dentro, miro con cautela antes de dar un paso hacia el interior. No bromeaba sobre el espacio que tendré. Sabía por fuera que era grande, pero no creo que apreciara cuánto hasta ahora. Me quedo ahí visualizando la disposición. Dónde colocaré mi caballete, mis lienzos, mi zona de secado. Ya hay un fregadero aquí, lo que es una ventaja que no esperaba. Con los precios tan premium de Londres, siempre he estado limitada por el tamaño que podían tener mis obras. Esto cambia eso. Las ganas de empezar son mayores que nunca y avanzo más hacia el interior.

La suciedad que recubre las ventanas es tan espesa que apenas entra luz natural. La atmósfera sombría habría sido un escenario perfecto para crear mis obras de estilo antiguo, pero he hecho un esfuerzo consciente para alejarme de eso y hacer algo más —¿cómo lo llamó el periodista?— convencional y edificante. Lo edificante requiere luz. Afortunadamente, mientras miro en la penumbra, veo una cuerda que cuelga del techo y tiro de ella. Un fluorescente parpadea varias veces antes de estabilizarse y bañar la habitación con su resplandor duro. No es una luz ideal para pintar, pero puedo arreglármelas por ahora.

—Necesitaremos alquilar un contenedor —le digo a Patrick mientras abandono mis ensoñaciones. Ahora mismo, no hay ni espacio para poner mis materiales, y soy el tipo de persona que no puede pensar en medio del desorden—. O eso, o estaremos llenando el cubo de basura durante los próximos tres años.

Patrick asiente—. Supongo que depende de lo que haya en estas cajas. Algunas cosas podrían valer la pena venderlas. O al menos donarlas.

Tiene razón. Esta es una zona acomodada, y aunque no *necesitamos* el dinero, nunca he sido de las que dejan pasar una buena oportunidad.

—Vale —digo—. Supongo que deberíamos empezar a mirar.

Las cajas no están cerradas con cinta, solo dobladas. Abro la primera, y Patrick hace lo mismo.

—¿Qué has encontrado? —pregunta.

—Parecen herramientas, tal vez para hacer joyas. ¿Y tú?

—Alambre —dice, levantando una ceja—. Alambre y arcilla, creo.

—Definitivamente eran algún tipo de artesano —digo mientras paso a la siguiente caja—. Quizá las revise más tarde y vea si hay artistas locales interesados. Si no las quiero yo, claro.

Avanzamos rápidamente por las siguientes cajas, que contienen más de lo mismo. Pero cuando llego a la tercera, algo se siente diferente. Es más grande que las otras, más pesada. Tengo una extraña sensación de que esta caja contiene la clave de para qué utilizaba este espacio el antiguo ocupante.

Sin vacilar, abro la tapa —y me quedo paralizada. Mi mano vuela hacia mi boca.

—Im, ¿qué ocurre? ¿Qué has encontrado?

No hablo. No puedo. Mi cuerpo entero se niega a responder mientras un par de ojos sin vida me miran fijamente.

15

Retrocedo tambaleándome. Mi corazón se acelera. La sangre corre zumbando detrás de mis oídos. Aunque apriete los párpados, todavía puedo ver esos ojos inexpresivos mirándome fijamente desde la caja. Azul cristalino y sin parpadear. Sé exactamente lo que acabo de ver. Ojos muertos. Hay algo muerto dentro de esa caja.

—¡Imogen! —Patrick corre hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿Qué has encontrado?

—Hay algo ahí dentro —mi voz tiembla—. Algo... Está muerto. No sé. No sé qué es.

—Tranquila, tranquila —coloca suavemente una mano en mi pecho mientras estira el cuerpo para mirar dentro de la caja que acabo de abrir, aunque no puede ver mucho. Está demasiado lejos para ver el interior. Al volverse hacia mí, me aprieta los hombros antes de soltarme por completo—. No pasa nada. Tú quédate ahí, ¿vale? Estás bien, estarás perfectamente bien. Quédate donde estás. Yo me encargo.

Incluso mientras se aleja de mí, sigue repitiéndose. Su suave voz normalmente es tan tranquilizadora, pero no puedo bloquear lo que acabo de ver. Lo sigo reproduciendo en mi mente, una y otra vez. *¿Era una persona?* No. Aparto ese pensamiento. Habría olido algo, ¿verdad? Seguramente habríamos olido *algo* al abrir la puerta. Pero todas las criaturas muertas huelen, no solo las personas, así que ¿qué demonios era?

—Bueno, al menos ya sé cuál era la afición del antiguo ocupante —dice Patrick. Lo miro y lo encuentro sonriendo, como si todo el asunto fuera divertido.

—¿Qué demonios es? —mi voz está a punto de convertirse en un grito.

Mete la mano en la caja y saca el objeto. Lo primero que veo es una base de madera, luego lo que parece pelo rojo. Pero solo cuando lo inclina hacia mí y esos brillantes ojos azules destellan de nuevo, entiendo lo que estoy mirando.

—¿Un zorro? ¿Es un zorro muerto? —mi estómago da un vuelco mientras miro a la criatura, cubierta de polvo y muerta, pero perfectamente conservada.

—Sí —responde Patrick, todavía tranquilo—. Supongo que al antiguo ocupante le gustaba la taxidermia. Para eso son todas las herramientas. Tiene sentido por qué encontré antes una botella llena de ojos de cristal.

Sacudo la cabeza, intentando aliviar las náuseas que se han apoderado de mí, pero lo único que puedo hacer es mirar las cajas. Apenas hemos abierto un cuarto de ellas y, a juzgar por el frasco de ojos de cristal que Patrick mencionó, el zorro probablemente no sea la única pieza terminada aquí. —¿Crees que hay más? —pregunto.

—No lo sé.

Nos quedamos ahí en silencio cuando un repentino zumbido me hace dar un salto. —Es mi teléfono —dice Patrick, dejando el zorro antes de sacar su móvil del bolsillo—. Es solo mi teléfono. —Después de echar un vistazo rápido a la pantalla, frunce el ceño—. Es del trabajo. Les devolveré la llamada más tarde. —Cuelga, luego camina hacia mí y coloca sus manos en mis brazos. Sigo exactamente en el mismo lugar donde estaba hace un momento. Es curioso. Muchas veces piensas que saldrás corriendo cuando algo te asusta, pero supongo que la adrenalina se llama la hormona de lucha, huida o parálisis por una razón, y ya sé que soy el tipo de persona que se paraliza.

—Mira, no pasa nada. Yo me ocuparé de esto —dice Patrick—. Seguro que hay alguna empresa local de taxidermia que se quede

con todo. No tienes que preocuparte por ello. ¿Por qué no entras y te sientas un minuto? Te acompañaré. Te prepararé algo de beber.

Como mis piernas parecen de gelatina y mi corazón no deja de latir con fuerza, apoyo la mayor parte de mi peso en Patrick mientras me conduce al interior de la casa, aunque incluso cuando estoy sentada en la cocina, mis manos siguen temblando.

—Lo siento mucho, Im. Debería haberlo comprobado primero. No sé por qué te dejé entrar allí conmigo mientras revisaba todas esas cosas.

—Tú no me *dejaste*. Yo quería estar allí. Va a ser mi estudio. Debería ser yo quien lo despeje. Solo que... no pensé que la gente todavía hiciera eso. ¿De verdad lo siguen haciendo?

—Supongo que sí.

Tengo la garganta tan seca que me duele tragar, pero no puedo soportar la idea de comer o beber nada ahora mismo. Aun así, no puedo evitar reírme de la ironía; había estado esperando algunas náuseas en los próximos días, pero por una implantación exitosa, no por ver un montón de animales muertos.

—¿Crees que es posible que simplemente no estemos hechos para la vida en el campo? —digo mientras Patrick me entrega una taza de té.

Se ríe suavemente antes de besarme en los labios. —Estamos totalmente hechos para ello. Solo va a llevar algo de tiempo, eso es todo. Ha sido un comienzo bastante duro, con los faisanes y ahora esto...

—Sí, tienes razón.

Mi visión romántica de la vida en el campo consistía en noches junto al fuego; paseos por campos de flores silvestres o bosques cubiertos de escarcha. Hasta ahora, ha sido muerte, un vecino excéntrico y noticias de adolescentes problemáticos causando estragos.

—No te preocupes. Me encargaré de todo lo que hay ahí —dice Patrick—. Tú solo relájate.

—¿Relajarme? —me burlo—. No estoy muy segura de cómo hacer eso ahora mismo. A menos que... Tal vez debería ir a dar una vuelta.

—¿Una vuelta en bici? ¿Estás segura de que te encuentras bien para eso?

Asiento. —Sí, creo que lo necesito. Iré al pueblo. Son cuatro millas, ¿verdad? Iré hasta allí, daré una vuelta y volveré. Con suerte, eso te dará tiempo suficiente para ocuparte del zorro y de los amigos que tenga en esas cajas.

Creo que está a punto de objetar. Quizá sugerir que me quede aquí y descanse. Pero estoy dispuesta a discutírselo. Necesito esto. Afortunadamente, asiente.

—De acuerdo, solo asegúrate de que tu teléfono esté cargado. Quiero poder comunicarme contigo.

—Por supuesto —respondo—. Y gracias, Patrick.

Ante esto, él sacude la cabeza.

—No tienes que agradecerme. Eres mi esposa. Somos un equipo. Y sé que tú harías lo mismo por mí.

—¿Mover animales muertos? No estoy segura de que lo haría.

Se ríe. —Oh, un par de años viviendo en el campo y podrías sorprenderte a ti misma.

—Mmm. No estoy tan segura de eso.

—Bueno, te querré de todas formas. Ahora, será mejor que te vayas. Tengo un montón de animales muertos de los que ocuparme.

16

Es prácticamente un camino directo desde nuestra casa hasta el pueblo. Bueno, *directo* no es la palabra correcta; es sinuoso y estrecho, como la mayoría de las carreteras por aquí, y no olvidemos las colinas. Pero solo hay un par de cruces que simplemente tengo que atravesar recto, lo cual es un alivio. Significa que no tengo que mantener el móvil montado en el manillar, y no me gusta pedalear así. Especialmente cuando necesito mantener ambos ojos en la carretera.

Solo toma unos minutos para que mis músculos se relajen con el movimiento de pedalear y, por primera vez en veinticuatro horas, realmente me siento como yo misma. No llegaría al punto de decir que me siento *relajada*; todavía hay varias capas de tensión zumbando en el fondo de mi mente. La silueta en la oscuridad es una de ellas. Prim es otra. Y luego está el problema obvio de cómo Patrick va a deshacerse de esos objetos horribles. Pero las preocupaciones están apaciguadas por ahora, anuladas por el aire fresco que corre por mi cara y brazos y el ardor que se está instalando en mis muslos mientras me abro paso por estos tranquilos caminos rurales.

Desconectar no es algo que pueda hacer. Nunca. El único momento en que mi mente realmente se calma es cuando estoy pintando. Cuando me concentro en mover mi mano con la presión exacta, mezclando el tono perfecto, usando justo la cantidad de pintura necesaria para conseguir la textura que quiero. Pintar no es

solo cómo me gano la vida; es cómo me mantengo sintiéndome segura. Así que no es ninguna sorpresa que me haya sentido estresada estos últimos días. Por suerte, ya puedo notar que este paseo va a reducir eso un poco.

Compré la bicicleta un par de años antes de conocer a Patrick. No viajaba lo suficientemente lejos ni con frecuencia en Londres para justificar el gasto de tener un coche, pero había momentos, especialmente en días soleados, cuando no soportaba la idea de amontonarme en un vagón del metro, inhalando cien variaciones diferentes de olor corporal mientras luchaba por mantener un centímetro de espacio personal. Los autobuses eran igual de malos, pero los taxis seguían siendo un lujo que no podía justificar usar todos los días. Así que cuando vi una bicicleta de segunda mano a buen precio, sentí que el destino me estaba dando un empujón. Solo había un pequeño problema: la única bicicleta que sabía montar estaba en una clase de spinning.

Otro elemento para añadir a la larga lista de cosas que mi madre nunca me enseñó.

Quizás esté mal llevar la cuenta de sus fracasos como madre. Quiero decir, al menos todavía pienso en ella como una madre, lo cual es más de lo que puedo decir de mi padre. Lo único que tengo de él es su ADN. Ni siquiera sé su nombre, y no quiero saberlo. Él sabía de mí y solo estuvo presente durante dos meses de mi vida. Después de eso, decidió que mi madre y yo no valíamos la pena. Quizás tenía razón sobre ella, pero no sobre mí. Todos los padres deberían conocer a sus hijos si tienen ese lujo. En mi opinión, al menos.

Durante el primer mes después de aprender a montar, apenas usé el metro. Por supuesto, eso cambió cuando llegó el invierno, pero los días en que necesitaba inspiración, me subía a la bicicleta y pedaleaba por los parques sin importar el frío o la humedad. Me encantaba. Me daba una sensación de libertad, de estar conectada con el mundo que me rodeaba. Pero esa sensación no se compara con esta. Porque aquí, no estoy limitada a carriles bici en un parque o calles de un solo carril atestadas de semáforos. Aquí, puedo seguir adelante. Un camino rural tras otro, sin nada que me detenga.

Después de unos quince minutos pedaleando, solo me han adelantado tres coches: uno que venía hacia mí y dos por detrás. Las carreteras son estrechas, pero hay espacio suficiente para que pasen, y cualquier nerviosismo que tuviera se ha desvanecido hace tiempo.

Llego a un cruce y veo un viejo poste de madera que señala hacia el pueblo. Un kilómetro y medio más por recorrer. Tal como le había dicho a Patrick, esta es la forma perfecta de calmarme, y no siento que haya estresado mi cuerpo, ni al posible bebé, en absoluto.

Me detengo en el cruce, mirando en ambas direcciones para asegurarme de que no viene nada. La visibilidad es clara, y estoy lista para moverme de nuevo cuando de repente escucho el gruñido bajo de un motor. Giro la cabeza sobre mi hombro para calcular a qué distancia está el coche, pero está casi encima de mí, yendo demasiado rápido para detenerse.

Un pensamiento y solo uno llena mi mente: me va a atropellar. El coche me va a atropellar.

17

Mi cuerpo se estrella contra el seto mientras mi mente intenta comprender lo que acaba de suceder. El coche... ha desaparecido. Se alejó a toda velocidad, atravesando el cruce sin siquiera hacer sonar el claxon, sin molestarse en comprobar si venía tráfico. No sé cómo lo conseguí, pero de alguna manera, me lancé hacia el seto en el último segundo.

Al ponerme de pie, siento un dolor agudo a lo largo del codo. Miro hacia abajo y veo que está cubierto de arañazos y moratones.

—Mierda —murmuro, tirando del manillar de la bicicleta, solo para descubrir que está enredado en las zarzas—. Mierda, mierda, mierda.

Después de un par de tirones, lo libero, pero no me muevo para subir. En su lugar, saco el móvil del bolsillo. Se acabó lo de ir en bicicleta hasta el pueblo; mi mejor opción ahora es llamar a Patrick y pedirle que venga a recogerme. Solo que... no hay ni un atisbo de cobertura.

—Mierda, mierda, *mierda*.

Miro el poste indicador. Cirencester está a solo un kilómetro y medio, y ya he recorrido en bicicleta al menos tres veces esa distancia. ¿Doy media vuelta y regreso a casa o continúo un kilómetro más? Volver a casa ahora haría que todo el trayecto pareciera un fracaso y no serviría para aliviar la paranoia de Patrick. Por tanto, es una decisión fácil: seguir adelante. Los caminos rurales deberían abrirse pronto a carreteras más anchas y, con suerte, no

habrá más conductores lunáticos. Además, puedo tomar un café, llamar a Patrick y pedirle que me recoja.

Echo un vistazo a mi bicicleta y la examino rápidamente. De alguna manera, parece haber salido ilesa, sin el más mínimo rasguño. Intentando ignorar el temblor de mis piernas, vuelvo a montarme y continúo.

Mi conocimiento de Cirencester se limita a saber que es un pequeño pueblo de mercado con una abadía y algunos supermercados en las afueras. No es mucho, pero mientras entro pedaleando, ya puedo decir que me gustará. Es pintoresco. Encantador y lleno de carácter. Es el tipo de pueblo donde definitivamente podría imaginarme dirigiendo una clase de arte, al menos antes de que llegue el bebé. Al pensar en nuestro posible hijo, se me encoge el corazón. Cuando me caí de la bicicleta, ¿no me caí sobre el estómago, verdad? No. No, no me caí con fuerza en absoluto. Aterricé en ángulo, amortiguada por el seto. Cualquier impacto lo recibió mi hombro. Eso no podría haberle hecho daño, ¿verdad?

Tan pronto como se forma el pensamiento, el escalofrío helado de un ataque de pánico inminente se extiende por mis brazos. Dios, de todos los lugares donde esto podría suceder, pedalear por una carretera tiene que ser uno de los peores. Aprieto con fuerza los frenos, me detengo junto a la acera y uso el pie para mantener el equilibrio. Mientras cierro los ojos, tomo una respiración larga y profunda.

—Estás a salvo —me digo en voz baja—. Estás a salvo aquí. Patrick está a salvo. Tú estás a salvo. Solo respira.

Cuando la gente mira mi obra, normalmente dice una de dos cosas: o «Dios mío, tienes tanto talento», o «Vaya, debes haber trabajado muy duro para ser tan buena». El segundo grupo tiene una mejor comprensión de la realidad, pero nadie dice nunca la verdad. Nadie mira nunca mi arte y dice: «Vaya, tus ataques de pánico debieron ser tan graves que tenías miedo de salir de casa, así que te sumergiste en el arte como una vía de escape de la realidad». Quizás lo hayan pensado, pero los buenos modales dictaron que se lo guardaran para sí mismos. Aunque lo dudo.

Pero ahora no necesito escapar de la realidad. Mi realidad es buena. Si hay un embrión creciendo dentro de mí, entonces esa caída no lo habría dañado, y si no —si esta ronda de FIV no funcionó — lo intentaremos de nuevo. Y si eso no funciona, encontraremos otra manera.

Siento que mi temperatura corporal se estabiliza mientras agarro el manillar de la bicicleta. Veo un cartel de aparcamiento y me dirijo hacia allí, sacando el móvil para llamar a Patrick. Suena dos veces antes de que conteste.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo va todo? ¿Es bonito por ahí?

—En realidad —digo—, me preguntaba si podrías venir a recogerme. He tenido un pequeño accidente en el camino.

—¿Qué quieres decir? —Su voz se eleva una octava—. ¿Un accidente? ¿Estás bien? ¿Necesitas ir al hospital?

—No, nada de eso. Es solo que... un coche, una especie de Land Rover grande, me empujó hacia el seto.

—*¿Qué?* —Su miedo se convierte en furia—. ¿Conseguiste el número de matrícula? Tenemos que ir a la policía. Seguro que hay una comisaría en el pueblo. Tienes que denunciar esto ahora.

Niego con la cabeza, aunque él no pueda verme.

—No, no lo vi. No vi la matrícula. Era verde y creo que era un Land Rover. Eso es todo lo que tengo. Estoy bien, de verdad, solo algunos arañazos. Solo me preguntaba si podrías recogerme. Por eso te llamaba. No me apetece mucho volver en bicicleta.

Esperaba que estuviera de acuerdo de inmediato. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que no lo haría. Así que cuando hay una pausa, sé que algo ocurre.

—Patrick. ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?

Deja escapar un ligero suspiro.

—Bueno, estaba organizando las cosas de taxidermia. Encontré a un tipo en internet que dijo que las aceptaría, pero tengo que llevárselas, así que empaqué todos los animales y cajas que pude meter en el coche y me fui. Tenía sentido en ese momento. Ya sabes, solo quería sacarlos de allí por ti.

—Vale... —fuerzo una sonrisa en mi voz—. *Tiene* sentido. Está bien, de verdad.

—¿Estás segura? Puedes esperar ahí y te recogeré cuando haya terminado, pero tardaré unas horas. Este tipo está en Oxford.

—¿Oxford? —repito, tratando de calcular lo lejos que está. Sé que no está a la vuelta de la esquina.

—Como te dije, pensé que era mejor deshacerme de todo lo antes posible.

—Tienes razón. Estás haciendo lo correcto. Gracias por ocuparte de ello. —Respiro hondo—. No te preocupes por mí. Tomaré un café y luego volveré en bicicleta.

—¿Estás segura de que estarás bien? ¿Por qué no coges un taxi? Podrías meter la bicicleta en el maletero.

—Es una buena idea, pero veré cómo me siento cuando esté lista para irme —digo.

—De acuerdo. Solo ten cuidado, ¿vale? Te quiero.

—Yo también te quiero. —Cuelgo, tratando de reprimir la pequeña ola de decepción. Patrick y yo nunca hemos sido el tipo de pareja que necesita hacer todo juntos. Él estuvo en un matrimonio así con Arabella, y casi le destruyó, así que siempre me he enorgullecido de ser diferente, de entender cuando tiene cosas que hacer.

Además, está haciendo esto por *mí*. No puedo enfadarme con él por eso. En cuanto a la sugerencia del taxi, es buena. Solo que si no vuelvo en bicicleta, ¿qué le está diciendo eso a mi subconsciente? ¿Que no es seguro? ¿Que no debería montar en bicicleta por aquí? Conozco mejor que la mayoría la fuerza del subconsciente, y me niego a darle a sabiendas ese tipo de poder. Supongo que tendré que esperar y ver cómo me siento dentro de una hora más o menos.

Saco un pequeño candado de mi mochila y ato mi bicicleta a la barandilla más cercana. En Londres no me habría atrevido a dejarla solo con esto, pero hay un mercado de agricultores al lado y una tienda de regalos cerca. Parece seguro.

Mientras me levanto, escaneo el área y decido qué camino tomar para ir a por un café. Pero antes de moverme, noto a alguien junto al muro. Algo en esa persona me recuerda a la figura que vi anoche, la que me observaba a través de las cortinas desde la plaza. Es la misma pose, la misma aura.

Y estoy segura de que me está mirando fijamente. Un cazador furtivo o un vecino entrometido, y un cuerno. Creo que me están siguiendo.

18

No nací siendo una persona lógica, y hubo momentos al principio de mi vida en los que mis procesos de pensamiento eran cualquier cosa menos lógicos, por eso hice un esfuerzo deliberado después de que muriera mi madre para pensar siempre a través de rutas lógicas antes de sacar conclusiones precipitadas. Para ver siempre lo que tengo realmente delante, en lugar de imaginar y construir escenarios en mi cabeza. La lógica no ha sido algo fácil de aprender. La terapia ayudó mucho. Hacerme responsable de mí misma también ayuda. Ahora, la lógica es siempre mi primer puerto de escala. Por eso tengo que decirme a mí misma que estoy a salvo cuando me dan ataques de pánico. Porque es verdad. Siempre estoy a salvo. Primero la lógica, los sentimientos después. Así es como he pasado la última década avanzando.

Pero por extraño que pueda sonar, también fue una decisión lógica convertirme en artista. Había pasado años perdiéndome en mi arte, y cada obra pulía mis habilidades. Sabía que era algo que podía empezar a pequeña escala con costes limitados, vender online, y luego ampliar a medida que surgieran oportunidades, que así fue.

Aunque estaba ganando dinero sin una educación formal, la facultad de arte fue el siguiente paso lógico, porque sabía que necesitaba tener el nombre de una institución respaldándome. No importaba lo bueno que fuera mi trabajo por sí solo; la lógica me decía que no alcanzaría los niveles de éxito que quería sin ese respaldo. El único lugar en los últimos años donde mi lógica ha

estado un poco confusa ha sido en mi relación con Patrick. No era absolutamente lógico enamorarme de un hombre casado, pero sí fue lógico asegurarme de que él sentía lo mismo antes de considerar siquiera avanzar hacia una relación con él. Esta casa, con espacio para una familia en crecimiento, en una zona del país que nunca se devalúa, y con espacio para ampliar y mejorar, fue un paso lógico. Pero ver peligro como lo he estado haciendo desde que me mudé aquí no es lógico, y no me gusta ni un pelo.

Por un momento, mantengo los ojos fijos en la persona e intento decidir qué hacer. Pero antes de que pueda decidir el mejor curso de acción, se da la vuelta y empieza a alejarse.

—¡Espera! ¡Espera! —Mi voz es un grito y varias cabezas se giran en mi dirección, pero las ignoro todas—. ¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo? ¿Me estás siguiendo? —Antes de que pueda tomar cualquier decisión, lógica o no, mis piernas ya se están moviendo. Persiguiéndole—. ¡Espera!

Mi pulso se acelera mientras le sigo doblando la esquina, hacia un callejón ancho donde varias personas están agrupadas, y ninguna de ellas se parece a la persona que me estaba mirando fijamente hace solo un minuto. —¡Perdón! ¡Perdón! —digo mientras paso entre ellos, pero al abrirme paso, me detengo. El callejón desemboca en un cruce de calles. La persona podría haber ido en cualquier dirección. La he perdido.

Con la respiración laboriosa y rápida, apoyo las manos en mis rodillas.

—¿Qué demonios estás haciendo, Imogen? —me digo a mí misma. No es una pregunta para la que tenga respuesta ahora mismo. Mientras estoy ahí parada, sin saber adónde ir o qué hacer, mi estómago ruge. Aparte del café que tomamos antes de entrar en el cobertizo, no he comido ni bebido nada hoy. Nunca pienso con particular claridad cuando no he comido, así que ahí está mi siguiente paso lógico. Comida. Eso es algo que puedo hacer.

Hay docenas de cafeterías que puedo ver por la calle principal, y estoy segura de que algunas tienen mejores reseñas que otras, pero no me importa el nivel de la comida. Lo que quiero es un lugar donde pueda sentarme tranquilamente y ordenar mis ideas. Por eso,

decido saltarme el primer local por el que paso. El interior está completamente abarrotado, y por lo que parece, también hay una cola de personas esperando mesas. Normalmente ese es el tipo de lugar al que querría ir —solo para descubrir a qué viene tanto alboroto— pero ahora mismo quiero tranquilidad, así que sigo caminando hasta que aparece una panadería al final de la calle.

El establecimiento de la gran cadena parece bastante fuera de lugar en comparación con todas las tiendas independientes de aquí, pero está casi vacío, y vende café y comida. Esos son mis únicos dos requisitos. Me dirijo al mostrador, pido mi bebida y un sándwich, y me siento.

—Pensemos en esto lógicamente —me digo mientras quito la tapa del café para que se enfríe más rápido. Cuanto antes se enfríe, antes podré meter cafeína en mi cuerpo. Probablemente no sea la decisión más lógica dado que mi ritmo cardíaco ya está elevado, pero es lo que necesito. Un par de sorbos y mi mente se ralentiza lo suficiente para pensar con más claridad.

Obviamente estaba alterada después de que el coche casi me sacara de la carretera. Estoy casi al cien por cien segura de que fue un accidente. Un accidente causado por un imbécil al volante. Después de todo, una persona decente definitivamente se habría detenido para asegurarse de que estaba bien. Pero un accidente, al fin y al cabo. Y en cuanto a la persona parada en la esquina de un edificio mirando en mi dirección, bueno, todo el mundo tiene que mirar en alguna dirección, ¿no? O eso o simplemente mirar al suelo o al cielo todo el tiempo, y eso sería simplemente rarísimo. Así que ambos incidentes puedo pasarlos como accidentes o insignificantes. Pero en cuanto a la persona que estaba de pie mirando por la ventana anoche... Aunque lo que dijo Patrick tenía sentido, mi mente no puede evitar pensar que hay algo más. Y eso es lo que me inquieta. No estoy aceptando su lógica y sé lo fácil que puede ser empezar a entrar en espiral. Sé lo que se siente cuando un minuto piensas que tienes control sobre las cosas, y luego, antes de que puedas siquiera parpadear, sientes que el mundo entero está girando y no tienes forma de saber en qué dirección vas a caer. Lo único que sabes es que cuando finalmente toques el suelo, va a doler como el

infierno. No puedo hacer eso. No puedo entrar en espiral cuando estoy planeando traer un bebé al mundo. Me lo prometí a mí misma. Que no haría pasar a mi hijo por la montaña rusa que yo pasé con mi madre. No es justo, lo que significa que necesito controlar las cosas rápidamente.

Mi sándwich sigue intacto frente a mí, pero en lugar de darle un mordisco, saco mi móvil y abro una página de búsqueda.

¿Puede el embarazo causar ansiedad?

En cuanto pulso enter, la pantalla se llena.

Los cambios hormonales que ocurren durante el embarazo hacen que hasta un 30 por ciento de las mujeres sufran ansiedad. Tales síntomas incluyen problemas para dormir, temblores o sudoración, falta de concentración, preocupación excesiva por la salud del bebé y de la madre, preocupaciones financieras...

La lista continúa y continúa y no hay duda de que cumplo con muchos de los criterios. Muchos más de los que ocurrirían si fuera solo una coincidencia. Entonces, ¿significa eso que estoy embarazada? Realmente lo parece.

Un sentimiento de emoción revolotea dentro de mí, aunque mientras cojo mi sándwich, hago una mueca de dolor. Los arañazos en mi brazo ya no sangran, pero están rojos e irritados y probablemente necesiten una buena limpieza. Hay una farmacia cerca de la primera cafetería donde puedo comprar algunas toallitas antisépticas antes de volver, y ya que estoy allí, también podría comprar una prueba de embarazo.

19

La clínica donde hicimos la FIV nos realizó un montón de pruebas, pero están en algún lugar entre todas nuestras cajas, y con ingenuidad supuse que sería más fácil comprar un par aquí ahora. Resulta que me equivocaba.

Imagino que hubo un tiempo en el que, si querías un test de embarazo, entrabas en una tienda y cogías el único tipo que tenían. Pero mientras estoy aquí de pie, mirando las estanterías, me siento de repente abrumada por las opciones que tengo delante. Hay tiras reactivas, test digitales, pruebas de detección rápida y otras que incluso te dicen de cuántas semanas estás embarazada. Incluso hay test de embarazo de saliva. Realmente no sabía que existieran los test de embarazo de saliva.

Definitivamente necesito el de detección temprana, así que extiendo la mano para coger ese paquete, pero antes de que pueda hacerlo, una mujer se coloca a mi lado.

—Enhorabuena —dice—. Es para dar la enhorabuena, ¿verdad? No un accidente.

No respondo. No puedo. Estoy absolutamente estupefacta de que una mujer piense que está bien acercarse a una completa desconocida y decir algo así. Y es una mujer, no una chica. A primera vista, parece tener unos treinta años y tiene algunas canas que brillan entre su pelo mayormente oscuro. Sin duda, lo suficientemente mayor para saber comportarse. Pero antes de que pueda responder, ella continúa.

—Sé que no debería ser entrometida —dice—. Es uno de mis peores defectos. Es solo que... siempre me hace sentir muy feliz, ¿sabes? Cuando sé que va a nacer un nuevo bebé en el mundo. No puedes evitar ser feliz cuando nace un bebé, ¿verdad?

Mi mente se traslada a mi propia infancia. No solo a cómo me criaron, sino también a cómo se criaron los niños a mi alrededor. Niños que faltaban a la mitad de las clases sin ninguna otra razón que porque a sus padres les importaba una mierda comprobar cómo estaban. Que se las tenían que arreglar solos a una edad en la que deberían haber tenido a alguien arropándolos y leyéndoles cuentos en la cama cada noche. Pienso en ese bebé que fue puesto bajo tutela estatal después de que yo llamara pidiendo ayuda. Si la gente hubiera estado feliz cuando nacieron, no puedo imaginar que jamás se hubiera llegado a esa situación.

Mientras la mirada de la mujer sigue fija en mí, esperando una respuesta, me muevo incómoda, sin saber cómo pedirle que me deje en paz y que no vuelva a hablar aleatoriamente con personas que compran tests de embarazo. Sin embargo, antes de que pueda decir nada, sus mejillas se sonrojan intensamente.

—Lo siento, lo siento. No se me da muy bien conocer los límites. Es uno de mis problemas. Por eso estoy aquí. Estoy aquí recogiendo esto —levanta las manos para mostrar una bolsa de papel marrón con una etiqueta blanca de farmacia pegada—. Probablemente debería tomar una ahora —dice, abriéndola y sacando una caja blanca. El nombre está escrito con grandes letras rosas en el frente.

El estómago se me cae a los pies. ¿Es algún tipo de broma?

Abre el paquete y se mete una de las pastillas en la boca, tragándosela sin ni siquiera un sorbo de agua. Aunque eso no es lo que ha hecho que mis manos tiemblen. Yo misma solía tomar pastillas sin agua.

Esas mismas pastillas. Esos antipsicóticos.

Mientras miro el envase, mi mente regresa a todos esos años atrás. A los días en que el olor a muerte y putrefacción llenaba nuestro pequeño piso y, sin embargo, yo seguía actuando como si todo fuera perfectamente normal. A los días en que los médicos se preguntaban si alguna vez me recuperaría de lo que había vivido.

Ese pensamiento por sí solo es suficiente para devolverme al presente. Me recuperé. Hice el trabajo, y por eso estoy en la posición en la que me encuentro ahora. Con éxito, casada con un hombre que me ama, y posiblemente esperando un bebé de él. Sin mirar a la mujer, agarro el test de detección temprana de embarazo y me alejo rápidamente, solo para detenerme cuando llego al final del pasillo.

Necesito decir algo. Decirle que lo que acaba de hacer fue tremendamente inapropiado y que si no se marcha en este instante, se lo diré a seguridad. Sin embargo, cuando me vuelvo hacia ella, con las palabras en la punta de la lengua, encuentro el pasillo vacío.

Ya se ha ido.

20

Veinte minutos después, tengo el estómago lleno, el brazo limpio y vendado con un gran apósito por la mujer de la farmacia, y en mi bolsa hay un paquete múltiple de tests de embarazo de detección temprana. La imagen de la mujer, sosteniendo aquellas pastillas con tanta naturalidad frente a mí, provoca más de un escalofrío que me recorre la espalda, pero hago todo lo posible por apartarla de mi mente. Era inofensiva. Solitaria, probablemente. Por eso intentaba iniciar conversaciones con personas al azar. Definitivamente no merece ni un momento más de consideración. Al igual que esas pastillas. Los días en que necesitaba medicación para diferenciar entre la realidad y lo que ocurría en mi cabeza quedaron atrás. Después de todo, aquel único episodio que tuve solo duró un par de días. Y considerando el trauma que atravesé, no era nada sorprendente. Un par de días de locura comparados con años y años de pensamiento lúcido. No voy a permitir que esos recuerdos afecten la vida que he construido con Patrick. Ni de broma.

De camino a la bicicleta, entro en una pequeña tienda de delicatessen y admiro las filas de pastrami, embutidos y quesos blandos que prácticamente me hacen babear por sus aromas. Todavía no conozco todas las reglas del embarazo, pero estoy bastante segura de que esos alimentos están prohibidos. Aunque eso no significa que Patrick no pueda comerlos. Cojo algunos de sus favoritos y un par de cosas para mí. Como hojas de parra y aceitunas y —por si el test da positivo— una botella de burbujas sin

alcohol, que probablemente sabrá horrible, pero dudo que me importe.

Mientras desbloqueo el candado de la bicicleta, mis pensamientos se dirigen a Patrick. Sé que está en un largo viaje para deshacerse de esos horribles animales disecados, pero probablemente debería mantenerle informado sobre dónde estoy, para que no se preocupe. Rápidamente le envío un mensaje diciéndole que ahora me voy del pueblo, luego me subo a la bicicleta y empiezo a regresar.

Sé que en la vida mucho depende de la fuerza mental, pero a veces la mente es un dolor en el trasero y después de quince minutos de viaje de vuelta, me doy cuenta de que el accidente me ha afectado más de lo que pensaba al principio. Estoy pedaleando inusualmente despacio y mis piernas se sienten pesadas y lentas mientras empujo los pedales. ¿Puede el embarazo afectar tu capacidad para montar en bicicleta? Obviamente, cuando tienes barriga, eso va a afectar tu equilibrio, pero ¿pueden las hormonas alterarlo también? Mis músculos duelen como si estuviera trabajando con la máxima resistencia en una clase de spinning, pero mi ritmo es cada vez más lento. Con la respiración agitada, me esfuerzo un poco más, tratando de aumentar la velocidad, pero en lugar de ir más rápido, la bicicleta parece tener dificultades.

Estoy a poco menos de la mitad del camino a casa cuando me doy cuenta: quizás *yo* no soy el problema. Quizás es la bicicleta.

Miro hacia la rueda trasera y, efectivamente, está completamente desinflada.

—Tienes que estar de broma —murmuro, bajándome de la bicicleta para inspeccionarla más de cerca.

No hay manera de que pueda montarla así. Es un milagro que haya llegado tan lejos. Respirando profundamente, intento decidir qué hacer. Tengo un kit de reparación de pinchazos en mi bolsa, pero no una bomba. Siempre pensé que me daría cuenta antes de que una rueda se desinflara tanto. Aparentemente no. Además, montar en bicicleta en Londres es diferente. Siempre había docenas de otros ciclistas alrededor que habrían podido ayudarme si esto hubiera ocurrido. Pero aquí, no he visto otra bicicleta desde que salí del pueblo. Doy un toque a la rueda con la mano, haciéndola girar

para ver si hay alguna señal de lo que causó el agujero. Mi primer pensamiento es que debe haber sido una zarza de cuando me estrellé contra el seto anteriormente. Una espina podría haber perforado la goma y no me habría dado cuenta si el aire se estaba escapando lo suficientemente despacio.

Pero mientras giro la rueda, algo brilla a la luz del sol.

Muevo el neumático hasta que estoy mirando exactamente ese punto, y un vacío me invade.

Este pinchazo no fue por una zarza, y tampoco fue un accidente.

21

No pienso en el hecho de que estoy de pie al borde de una carretera estrecha o en cómo, hace solo un par de horas, temí por mi vida en una carretera como esta. No miro alrededor para ver si hay espacio para que pasen los coches, ni me aparto más hacia la cuneta. En cambio, permanezco exactamente donde estoy, incapaz de apartar la mirada de esas chinchetas. Tres de ellas, colocadas horizontalmente a lo ancho del neumático, tocándose muy ligeramente, perfectamente alineadas.

Esto no fue un accidente. No hay forma de que pudiera haber pasado sobre algo colocado con tanta precisión y no haberlo notado. Alguien hizo esto. Alguien *quería* que esto me ocurriera. Mi mente vuela hacia la mujer de la farmacia. ¿Podría ella haber hecho esto? ¿Podría haberme visto como algún tipo de amenaza y, si ese es el caso, ¿qué más podría hacer?

Mi temperatura cae momentáneamente solo para que un calor se eleve en mi pecho, amenazando con envolverme en pánico, pero no puedo perder el control aquí. No al lado de la carretera. Tengo que mantenerme entera. Necesito llegar a casa.

Dejo caer mi mochila y agarro mi móvil, sabiendo perfectamente que la cobertura aquí es terrible. Aun así, tengo que intentarlo. Una ola de decepción me golpea cuando veo, una vez más, que no hay ni una sola barra. La pantalla dice claramente "solo llamadas de emergencia". Esto *es* una emergencia: alguien manipuló mi bici.

Pero sé que no es el tipo de emergencia a la que se refieren. No puedo hacer perder el tiempo a la policía con algo como esto.

No tengo elección. Simplemente tengo que seguir adelante.

Caminar debería ser fácil, normalmente lo es. Puedo andar durante horas sin sudar. Pedalear, también, normalmente es algo sin esfuerzo. Pero empujar una bicicleta con un neumático pinchado es una historia completamente diferente. Siento cada bache. Cada giro requiere que mis músculos tiren y empujen el manillar, y cada bache que parecía insignificante durante mi recorrido hasta aquí ahora hace esta caminata mil veces más difícil. Y mientras el día en sí es fresco, yo soy cualquier cosa menos eso.

Cuando iba en bici, la combinación de ejercicio y brisa me mantenía cómoda, pero ahora, incluso después de quitarme la chaqueta y colgar el casco en el manillar, el sudor me gotea por la espalda. Cada paso se siente como una batalla. Cuando llego al desvío hacia nuestro camino, quiero llorar de alivio, aunque cuando aparece la casa de Maureen, me encuentro conteniendo la respiración. Lo último que puedo soportar ahora mismo es que ella salga con ese perro gigantesco suyo y revele aún más historias de terror sobre nuestro nuevo hogar. Aunque, afortunadamente, no hay señales de ella.

Sin embargo, hay otro coche. Uno que reconozco al instante. Dejo caer la bicicleta contra la verja y corro hacia la puerta del conductor, antes de abrirla sin pensarlo ni un segundo.

—¿Qué haces aquí? —digo—. ¿Por qué no me dijiste que venías?

22

El rostro de Orla resplandece mientras se baja del coche y me envuelve con sus brazos.

Mi agente es una de esas mujeres a las que nunca ves sonreír en público. Es toda negocios, y sé que eso puede desagradar a algunas personas. Especialmente por su acento de colegio privado, muy inglés de la Reina. Solo con decir hola puede parecer que te está mirando por encima del hombro. Pero hace demasiado tiempo que la conozco como para que me afecte. Como Brutus, Orla es definitivamente un caso en el que su ladrido es peor que su mordisco. No es que me gustaría arriesgarme con Brutus.

—Quería darte una sorpresa —dijo—. Además, no estaba segura de si pasaría por aquí tan pronto, pero esta mañana a primera hora recibí una llamada sobre un espacio de exposición para revisar, así que pensé en pasarme. Para ser sincera, estaba convencida de que habías salido. Solo iba a quedarme otros diez minutos antes de marcharme.

—Me alegro tanto de que te hayas quedado. Entra, deja que te enseñe la casa. Si tienes tiempo, claro.

—Por supuesto.

—Estupendo, aunque no hay mucho que ver de momento. Ya hemos metido los muebles y todo, pero queremos cambiar muchas cosas.

—Es un espacio con una luz preciosa —dice Orla mientras entra —. Tiene mucho potencial. Estoy deseando ver cómo quedará

cuando lo hayáis terminado. Puedes traer a las chicas. Hacer una buena fiesta de inauguración.

Siento una punzada de culpabilidad cuando dice esto. Las chicas a las que se refiere son el grupo de amigas de la facultad de arte. Durante varios años fuimos inseparables, e incluso ahora, nos aseguramos de acudir a cada evento o exposición que alguna de nosotras tiene, pero entre el trabajo, Patrick y la fecundación in vitro, cada vez ha sido más difícil encontrar tiempo para verlas. Supongo que no va a ser más fácil si estoy embarazada, así que me hago una nota mental para poner una fecha en la agenda para reunirnos. Una que sea en menos de nueve meses.

—Bueno, aún queda mucho camino por recorrer —digo, volviendo a la conversación.

—Lo conseguirás. No me cabe duda de que convertirás este lugar en una obra de arte.

Todos los estrés del día parecen derretirse mientras me dirijo a la cocina y enciendo el hervidor. No tiene sentido preguntar si realmente quiere algo de beber; Orla es una de esas personas que toma té desde el momento en que se despierta hasta el momento en que se va a dormir, solo parando para sus dos cafés diarios. Siempre ha sido así. La conocí en la facultad. Estaba en el curso por debajo del mío y era increíblemente talentosa. Por no mencionar lo centrada que estaba. Pero tan dotada como es como artista, lo era aún más como vendedora. Cayó en el papel de agente de forma natural, y es la única agente con la que he trabajado, la única con la que querría trabajar. Es amiga primero, y me gusta que sea así. Significa que puedo ser abierta y honesta cuando no me gustan algunas ideas. Por supuesto, eso no está exento de problemas ocasionales.

—Siento mucho lo de aquella entrevista del otro día —dice, quitándose el abrigo—. Me van a enviar el artículo y te lo reenviaré en cuanto lo reciba. Estoy segura de que será brillante, de todos modos. Saben que no deben entrometerse. Todo el mundo sabe que no debe entrometerse.

Con "todo el mundo", siento que también está hablando de sí misma. Orla conoce algunos fragmentos de mi pasado.

Definitivamente más que la mayoría de la gente. Sabe que me descontrolé cuando murió mi madre, y creo que asume que eso significa lo habitual: beber, drogas, quizás algún comportamiento salvaje. No podría estar más equivocada, pero está bien. Estoy feliz de dejarla pensar lo que necesite.

—Entonces, ¿dónde está el estudio? —pregunta mientras le entrego su té—. Estoy deseando ver dónde ocurre la magia.

—Bueno, no hay ninguna magia ocurriendo por el momento. Esta mañana estaba lleno de animales disecados.

Sus ojos se abren como platos. —¡Estás de broma! ¿En serio?

—Ojalá lo estuviera. Salí a dar un paseo en bicicleta y dejé que Patrick se encargara. Ha ido en coche hasta Oxford para regalárselos a alguien.

Su expresión de horror permanece fija mientras da un sorbo a su bebida, pero cuando aparta la taza de sus labios, tiene una sonrisa tensa en ellos. —Bien, pues aun así quiero ver el espacio. Quizás pueda ayudarte a organizarlo. Tengo un par de horas antes de tener que marcharme.

—No querrás pasar tu tiempo libre ayudándome a limpiar mi estudio.

—Claro que sí. Te ayudé a montar el último, ¿recuerdas? Será como revivir los viejos buenos tiempos.

—No estoy segura de que consideraría ser una artista casi sin un céntimo como los buenos viejos tiempos —digo—. Pero si realmente no te importa, algo de ayuda sería genial.

23

—Vaya, este espacio es increíble —la mandíbula de Orla cuelga mientras lo asimila todo—. Quiero decir, tiene tanto potencial. Y ya está todo preparado con calefacción y luz, ¿verdad? Y el fregadero... ¡Qué ventaja!

—Lo sé. Ni siquiera vimos el interior del lugar hasta esta mañana —admito—. Podíamos calcular el tamaño, y sabía que tendría luz por todas las ventanas, pero aun así...

—No puedo esperar a ver lo que creas aquí —dice, adentrándose más en el estudio, aunque mientras avanza, su teléfono empieza a sonar—. Perdona, solo un segundo —dice, sonriendo en señal de disculpa—. Tengo que atender esta llamada. —Un momento después, sale para contestar, dejándome sola en mi estudio por primera vez.

Al menos la mitad de las cajas ya no están, y el resto han sido abiertas. Con solo un vistazo me doy cuenta de que las que quedan contienen material para manualidades, herramientas, alambres y ese tipo de cosas. Patrick debe de haberlas revisado todas para comprobar si había animales disecados.

Si alguien me hubiera pedido que enumerara las cualidades de una pareja perfecta, quitar animales muertos de mi casa no habría estado en la lista. Pero ahora mismo, me alegro tanto de que lo haya hecho...

Con el espacio adicional despejado, puedo ver cuánto lugar tiene realmente el edificio. Necesitará una buena limpieza, pero ya es

utilizable. Las estanterías, aunque oxidadas en algunos lugares, parecen lo suficientemente resistentes para sostener mis pinturas y materiales, y cuando abro el grifo, se produce un borboteo y un glú-glú de agua marrón, pero solo tarda unos momentos en aclararse.

Todavía estoy enjuagando el fregadero cuando Orla reaparece.

—Vale, mis planes para esta tarde se han cancelado —dice—. Lo que significa que tenemos aún más tiempo para poner en orden este espacio. Calculo que para cuando me vaya, este estudio estará listo para trabajar.

—¿Estás segura de que no te importa? —digo—. Podrías volver en coche a Londres ahora y evitar el tráfico de la hora punta.

Ella se encoge de hombros.

—Creo que me vendrá bien estar aquí. Ya sabes, quizás me dé algo de inspiración y motivación para hacer una exposición propia.

A pesar de todos sus contactos, Orla rara vez muestra su trabajo últimamente, aunque ocasionalmente acepta algún encargo. Estoy segura de que tiene mil formas más útiles de pasar su tarde que estar aquí conmigo, pero le he dado muchas salidas y no voy a rechazar la ayuda de nuevo.

—Vale, entonces —digo—. Es hora de empezar a limpiar. Y para que lo sepas, tú te encargarás de cualquier ratón o rata muerta. Las arañas puedo manejarlas, pero nada más.

—No estoy dispuesta a aceptar ese trato —dice, riendo.

Mientras Orla se arremanga, yo me dirijo a la cocina, donde lleno un cuenco con agua tibia y jabonosa, cojo un trapo y luego regreso al anexo.

Mientras Orla permanece dentro del estudio, empiezo por el exterior de las ventanas, pero rápidamente me arrepiento de usar un paño húmedo; con una sola pasada, ya está obstruido con telarañas y suciedad. Dejándolo caer en el cuenco, cambio de táctica y cojo un cepillo del recogedor para quitar las telarañas grandes antes de limpiar el cristal. Es un trabajo largo y pierdo la cuenta de cuántas veces entro en la casa para conseguir agua limpia y caliente, pero tan pronto como vuelvo a entrar en el estudio, me doy cuenta de la gran diferencia que ya ha supuesto.

—Está quedando bien —dice Orla—. He limpiado el fregadero y he limpiado la mayoría de las estanterías, y estaba a punto de empezar con las ventanas, pero tendremos que mover primero estas cajas. Un par de ellas son bastante pesadas. ¿Me echas una mano?

Intento mantener mi expresión serena. Puede que no sepa los detalles de qué alimentos están permitidos cuando estás embarazada, pero sé que no debes levantar cosas pesadas. Y aunque Orla sabe que estábamos intentando la FIV, no estoy segura de que compartir la noticia sobre la implantación con *ella* sea algo que esté preparada para hacer. Después de todo, si no ha funcionado, significaría que también tendría que contárselo.

—¿Por qué no intentamos empujarlas? —sugiero—. Últimamente no tengo muy bien la espalda.

—¿Nada grave, espero?

Niego con la cabeza, molesta conmigo misma por añadir una mentira que ahora tendré que ampliar.

—No, está todo bien —digo—. Creo que ayer me excedí un poco con el viaje y moviendo cajas.

—Vale, seguro que podemos solucionarlo. ¿Quizás puedas ayudarme a equilibrarlas?

El dicho "muchas manos hacen el trabajo ligero" nunca se ha sentido más cierto. Orla es una máquina de trabajo, siempre lo he sabido, pero después de dos horas, hemos dejado de sacar cosas del estudio y finalmente estamos metiendo mis materiales.

—¿Dónde quieres poner tus secadores, y por qué tienes tantos? —pregunta, sacando cuatro de una caja. Uno es un secador normal, pero los otros están diseñados para diferentes tipos de pintura. Se pueden conseguir efectos geniales secando pinturas a diferentes velocidades—. No sabía que la adicción a los secadores fuera algo real.

—No es una adicción —digo, riendo—. Simplemente los necesito.

—Está bien —dice con fingida exasperación—. Los pondré en la estantería de aquí arriba. ¿Te parece bien?

—Sí, sin problema.

Mientras termina de colocar mis secadores, se gira para mirarme.

—Creo que es hora de que paremos para tomar una taza de té. ¿Qué dices? ¿Te parece bien parar por ahora?

Fijo mi mirada directamente en la suya.

—Sinceramente, pensé que nunca lo preguntarías —digo con una risa.

24

Orla está sentada a la mesa de la cocina con su segunda taza de té en la mano, aunque inusualmente apenas ha dado un sorbo. En cambio, no para de mirar el móvil y fruncir los labios.

—¿Está todo bien? —digo—. De verdad que no tienes por qué quedarte. Si necesitas irte, no me importa. Solo verte ha sido una sorpresa que no esperaba.

—Sí, lo sé. Sobre eso. —Sus labios se aprietan de nuevo, esta vez con tanta fuerza que sus mejillas se hunden—. Necesito ser sincera contigo, Im. Mentí sobre por qué aparecí aquí. No tengo otra reunión. Necesitaba venir a verte.

—¿En serio? Podrías haberlo dicho sin más. —Por un segundo, pienso que está aludiendo a la cercanía de nuestra amistad, pero si ese es el caso, ¿por qué parece tan nerviosa? Se me cae el alma a los pies. La amistad no es en absoluto la razón por la que está aquí.

—¿Orla?

Se muerde el labio inferior mientras agarra la taza.

—Mira, ya sabes que me encanta este trabajo que has estado haciendo. De verdad. Pero no se va a vender. Ninguna de las galerías antiguas con las que he hablado está interesada. Ya tienen una docena de artistas haciendo lo mismo. No creen que haya mercado para ello.

Niego con la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido. Si ya tienen artistas con un estilo similar, entonces tiene que haber un mercado. Además, soy Imogen

Cromford, por el amor de Dios. Deberían estar peleándose por conseguirme. —Sé que sueno como una arrogante, lo sé, pero he pasado mucho tiempo construyendo mi nombre. Que me digan que no vale nada, y precisamente la persona que se supone que es mi mayor animadora, es un golpe tremendo.

—Sé lo que estás diciendo. De verdad. —Las manos de Orla han abandonado su taza y están abiertas y orientadas hacia mí, como si intentara bloquear mis palabras—. Pero el nombre de Imogen Cromford evoca un sentimiento. Tensión. Oscuridad. Incertidumbre. La gente puede ver todo el tormento en tu obra. Es un consuelo saber que alguien más ha sentido ese dolor también. Eso es lo que quieren. No tu estilo actual.

La miro, con el pecho oprimido.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? ¿Estás diciendo que necesito volver a lo que hacía antes? No lo haré. Sabes cuánto me costó.

—Lo sé, lo entiendo.

No lo entiende. Dice que sí, pero no puede. Nadie podría. Los recuerdos en los que me basaba cada vez que cogía un pincel para crear una de esas piezas "atormentadas", como le gusta llamarlas, casi me destrozaron. El famoso "Azul Cromford" no es solo un color que me gustó. Es un tono que está grabado a fuego en mi memoria. Uno que nunca podré olvidar, aunque quisiera. Pero eso no significa que tenga que someterme a la agonía de pintar con él todos los días.

—No lo haré, Orla —digo.

—Me temía que esa sería tu respuesta, Im. Mira, tómate un tiempo. No es como si necesitaras el dinero ahora mismo.

Al mencionar mis finanzas, siento que se me cae la mandíbula.

—¿Por qué has venido, Orla? ¿Qué es lo que realmente viniste a decir?

Ella inhala una bocanada de aire, y observo cómo se expande su pecho antes de soltarlo con un suspiro.

—Imogen... esto tampoco es fácil para mí. Quiero que lo sepas. Pero no creo que esta dirección que estás tomando sea la más adecuada para tenerte como mi cliente. Lo siento.

—¿Me estás dejando como cliente porque me he vuelto... feliz? —consigo decir ahogadamente—. ¿Porque no podía vivir toda mi vida usando mi salud mental para hacer felices a otras personas?

—Sabes que no se trata de eso. Pero necesitas la defensora adecuada para tu trabajo. Alguien que pueda gritar a los cuatro vientos lo maravilloso que es. Si tan solo pudieras intentar pintar algunas de las cosas más oscuras de nuevo. ¿Rehacer algunas de tus piezas antiguas?

Me mira, con los ojos suplicantes, pero mi silencio dice todo lo que necesita decir.

—Gracias por pasarte —digo finalmente, levantándome mientras hablo—. Y por tu ayuda con el estudio. ¿Recuerdas dónde está la puerta principal?

25

—Eh, ¿por qué no tienes las luces encendidas? —dice Patrick cuando entra y me besa en el antebrazo—. ¿Va todo bien? ¿Qué tal tu paseo en bicicleta? ¿Cómo está tu brazo? Siento mucho no haber estado aquí.

—Joder, la bicicleta —digo, casi sorprendida de lo rápido que la he olvidado—. Hoy he comprobado que el dicho "las desgracias nunca vienen solas" se queda corto.

—¿En serio?, ¿qué pasó? —Se deja caer en el asiento a mi lado —. ¿No será Maureen?

—No —digo, negando con la cabeza—. No la he visto. Gracias a Dios. —Intento encontrar el mejor punto para empezar, aunque no hay un buen lugar cuando todo lo que tienes que decir es negativo. Aun así, empiezo con Orla. Desde que se marchó, mi incredulidad ha pasado a enfado y luego a pura furia.

—¿Al menos no te dejó por teléfono? —dice, intentando sonar optimista. No funciona.

—Estuvo aquí durante horas, ayudándome a ordenar mi estudio, como si realmente le importara mi trabajo. Hubiera preferido una llamada telefónica a ese tipo de manipulación.

Las fosas nasales de Patrick se dilatan mientras inspira, pero cuando exhala, de alguna manera transforma su expresión en una sonrisa.

—¿Sabes qué? Esto podría ser algo bueno.

—¿De verdad?

—Sí, lleva años llevándose su parte sin hacer nada. Quizás te ayudó a hacerte un nombre, pero ¿cuándo fue eso? ¿Hace diez años? Y para ser sincero, creo que podrías haberlo hecho sin ella. No, esto es bueno. Puedes volver a vender directamente, online. Tienes tantos coleccionistas a largo plazo que seguirán comprando tu trabajo. Será increíble. Y realmente apoyarán este camino que has emprendido. Créeme, esto va a salir bien. Lo presiento.

Escucharle hablar así me da mi primer atisbo de calma y alivio. Tiene razón, por supuesto. Puedo vender online. No debería llevarme demasiado tiempo crear una base de seguidores en redes sociales, dado el nombre que ya me he forjado.

—¿Y qué tal el resto del día? ¿El regreso en bicicleta fue mejor?

Al instante, toda la tensión regresa a mis músculos. El frío miedo que sentí al ver a la persona en la esquina observándome hace que se me ponga la piel de gallina. Una vez más, mi capacidad para ser lógica se está desvaneciendo.

—Sé lo que dijiste anoche sobre el estrés y todo eso, pero hoy he sentido como si alguien me estuviera acosando.

—¿Qué? —Su mandíbula cae tan rápido que juraría que oigo un chasquido—. ¿A qué te refieres? ¿Es por el coche que casi te atropella? Pensaba que habías dicho que fue un accidente, que no te vieron.

—Yo también pensaba eso. Pero luego juro que había alguien vigilándome, y hubo un incidente muy extraño en la farmacia con una mujer y después, en el camino de vuelta, había chinchetas clavadas en la rueda.

Su ceño se frunce. —¿Chinchetas? ¿Qué tipo de chinchetas?

—Chinchetas de dibujo. Tres de ellas clavadas en la llanta en línea perfectamente recta. Te las enseñaré. No fue un accidente. No puede haberlo sido.

Su mandíbula permanece abierta ahora, aunque ya no habla. Parpadea mientras procesa lo que he dicho.

—¿Entonces qué pasó? ¿Cómo regresaste? ¿Abandonaste la bicicleta y volviste andando?

Oírle decir eso me hace darme cuenta de lo obvia que habría sido esa solución. Podría haberla dejado, volver andando en casi la mitad

de tiempo, y luego conducir de vuelta con el coche para recogerla. Es solo una señal de lo confusa que debía de estar mi mente que ni siquiera se me ocurriera.

—La traje rodando.

—¿Con una rueda pinchada? Eso debe haberte llevado una eternidad.

—Sí, así fue. Pero eso no puede ser un accidente, ¿verdad? Tres chinchetas en línea perfectamente recta.

—Suena raro —admite—. Pero...

—¿Pero? —insisto cuando deja que su frase se desvanezca en la nada.

Extiende la mano y toma la mía. —Sabes, la ansiedad elevada puede ser un síntoma de embarazo —me dice—. No estoy diciendo que no ocurriera, pero ¿crees que quizás tu reacción podría tener algo que ver con eso? —Sus labios tiemblan como si quisiera sonreír pero no estuviera seguro de si debería.

—Yo también pensé eso. —Mis propios labios quieren elevarse, pero los mantengo en su sitio. Aunque es más difícil hacerlo cuando Patrick toma mis manos.

—Entonces, ¿crees que podrías estarlo?

—Compré un test. Bueno, varios tests, en realidad.

Todavía quiero llegar al fondo de esas malditas chinchetas, pero quizás no sea el momento. No con la forma en que Patrick me está sonriendo radiante.

—¡Dios mío! —dice—. ¿De verdad? Esto es increíble. Es la mejor noticia. Esto es... Mierda.

—¿Esto es mierda? —digo, confundida por el repentino giro.

—¡No! No, lo siento, definitivamente esto no es mierda. —Niega con la cabeza y se ríe—. Para nada. Solo que sé que iba a tomarme toda la semana libre para ayudarnos a instalarnos en la casa, pero James llamó mientras conducía, y parece que están todos estresados por la fusión y estaba pensando en preguntarte si te parecía bien que fuera, pero ahora realmente no quiero hacerlo. No con la posibilidad de dejar a dos personas aquí solas.

Un aleteo de alivio escapa de mis pulmones. Patrick es un adicto al trabajo. Era así cuando lo conocí. Fue una de las razones por las

que Arabella nunca sospechó que estaba teniendo una aventura; por supuesto, en aquel entonces, él *pasaba* mucho tiempo en la oficina solo para conseguir un poco de libertad lejos de ella. Aun así, su adicción al trabajo no cambió cuando nos casamos, y no esperaba que cambiara ahora que nos hemos mudado aquí. Después de todo, había una razón por la que tuvimos que buscar un lugar a fácil distancia en coche de una estación de tren.

—No pasa nada, claro que no pasa nada —digo—. Me sorprende que hayas aguantado estos dos días. Pensaba que hoy ya volverías al trabajo.

—Eso no es cierto —dice.

—Oh, por supuesto que sí. —Sonrío, luchando contra el impulso de besarle.

—Bueno, estaba pensando que podría coger el tren temprano, pasar la noche allí y volver el jueves por la tarde. De esa manera, no tendría que ir el viernes y podríamos tener un fin de semana de tres días. ¿Qué te parece?

—Me parece genial —digo, tratando de ignorar el revoltijo en mi estómago. Solo es ansiedad, me recuerdo a mí misma. Hormonas porque podría estar embarazada. Estaré bien. Estoy segura de que estaré bien.

26

Nuestra cena improvisada va bien. Patrick no dice mucho sobre el hombre al que entregó la taxidermia.

—Era extraño —dice, pinchando un trozo de queso—. Extraño y viejo. Me invitó a entrar, pero puse la excusa de tener un largo viaje de vuelta. ¿Qué tal el pueblo? ¿Crees que podrías encontrar algo de inspiración allí?

—Definitivamente —respondo. Pero ese nunca ha sido un problema para mí: mi mente está constantemente desbordada de ideas. No se trata de encontrar inspiración; se trata de calmar mi mente lo suficiente para sentarme y dar vida a una idea.

—¿Pasaste por alguna de las pequeñas aldeas? ¿Hablaste con alguien?

—No —digo, negando con la cabeza—. Es decir, atravesé un par de aldeas, pero no vi a nadie con quien hablar. Supongo que la mayoría de la gente está trabajando.

—¿Verdad? Podría ser útil buscar en internet. Ya sabes, ver si hay grupos de madres y bebés que se reúnan por la zona. Apuntar al pequeño a gimnasia para bebés. Ese tipo de cosas.

—Creo que falta bastante tiempo para que tengamos que preocuparnos por cosas así —respondo, aunque irritantemente mi mente se queda fijada en la palabra "preocuparnos". El pensamiento de que no haya suficientes actividades para nuestros hijos automáticamente me hace pensar en cómo los niños de Springfield Farm lidiaban con su aburrimiento. ¿Deberíamos preocuparnos por

criar a nuestros hijos aquí? ¿Realmente queremos que crezcan en un lugar donde el aburrimiento podría tentarlos a meterse en problemas? ¿Habría sido mejor quedarnos en Londres, donde tendrían grupos de teatro, equipos deportivos e infinidad de cosas que hacer? Pero, por otro lado, pasará al menos una década antes de que tengamos que preocuparnos por nada de eso.

—¿Estás bien? —pregunta Patrick, colocando su mano sobre la mía—. Pareces un poco distraída.

—Estoy bien —digo, sacudiéndome del momento—. Creo que el paseo en bicicleta me cansó más de lo que esperaba.

—Sospecho que fue empujar la bicicleta lo que te agotó —dice—, pero tienes razón, necesitas descansar. ¿Por qué no subes, te das un baño, te metes en la cama y lees? Yo limpiaré aquí y me reuniré contigo en un rato.

—Claro, suena bien.

Tenemos dos baños en la casa: el principal, que tiene tanto bañera como ducha, y un baño en suite con solo ducha. El baño principal necesita redecorarse por estética, pero la bañera está bien, aunque la presión de la ducha es terrible. Entro y abro el grifo de agua caliente, pero mientras la bañera se llena y el vapor comienza a acumularse, cambio de opinión y lo cierro.

En una de nuestras sesiones de FIV, la enfermera mencionó algo sobre evitar baños demasiado calientes. Soy del tipo que le gusta el agua tan caliente que cuando salgo, mi piel está roja. Ahora mismo, no parece el tipo de cosa que debería hacer. Y un baño fresco es una opción sustancialmente menos atractiva. Abandonando la idea de un largo remojo, decido ducharme en el baño en suite.

Mientras regreso al dormitorio, oigo a Patrick hablando por teléfono.

—Tienes que confiar en mí en esto.

Hay urgencia en su voz, un matiz de cansancio. Supongo que está hablando con alguien del trabajo, quizás alguien que no está dispuesto a seguir instrucciones. Siempre me ha encantado escuchar a Patrick cuando está en modo trabajo: tan profesional, tan hábil. Es tremendamente excitante. Me muevo hacia lo alto de las escaleras, con hormigueos extendiéndose por mi cuerpo mientras pienso en lo

lejos que he llegado desde aquel apartamento en el bloque de pisos. Aquí estoy ahora, viviendo en una casa preciosa con un hombre como Patrick. A veces tengo que pellizcarme.

—Sabes que lo hago —dice, su voz más clara ahora—. Por supuesto que te quiero. Nada cambiará eso nunca.

Mi corazón da un vuelco. Incapaz de contenerme, me acerco un paso más.

—¿Qué demonios...? —murmuro justo antes de que hable de nuevo.

—Siempre te querré.

27

Me siento mal. Mi cabeza da vueltas mientras lucho por mantener el equilibrio. Tropezando hacia atrás, agarro la barandilla para sostenerme. Patrick está al teléfono, en *nuestra* nueva casa, diciéndole a otra persona que la quiere. ¿Qué demonios?

Una oleada de náuseas me invade. No puedo creerlo. Me *niego* a creerlo. Patrick no puede estar engañándome. Después de todo lo que pasó con Arabella, no hay manera de que me hiciera eso. ¿O sí? Mi mente va a toda velocidad. Todas las cosas que dijo sobre la tensión en su casa afectando a Prim... cómo por eso la enviaron a un internado...

Prim.

La realización me golpea como una bocanada de aire. Solo hay otra persona a quien Patrick le diría que la quiere, por quien haría cualquier cosa.

—Malditas hormonas —murmuro, apretando los dientes. Nunca esperé que fuera así. Una cosa es luchar por mantener mis pensamientos en orden, pero esto... saltar a conclusiones y pensar que Patrick tiene una aventura. ¿Por qué haría eso? Confío en él explícitamente. Mi mente vuela hacia los múltiples tests que compré. ¿Realmente quiero arriesgarme a hacer uno antes de tiempo? Un falso negativo o falso positivo dolería. Mucho. Preferiría esperar hasta tener una respuesta precisa.

Satisfecha de que Patrick no me está engañando, y de que tengo suficiente paciencia para esperar dos días más para hacerme el test,

me dirijo a la ducha. El brazo me escuece mientras examino los cortes y arañazos. Tuve suerte, ahora lo veo. Pero en lugar de sentir alivio, estoy *enfadada*. Ese coche podría haberme herido gravemente, pero ¿y si no hubiera sido yo quien estaba en la carretera? ¿Y si hubiera sido un adolescente? ¿O una persona mayor; alguien que no creció usando cascos y todavía se niega a creer que no estaban seguros en los tranquilos caminos rurales? ¿Y si no hubiera caído en un zarzal, sino que me hubiera estrellado contra un árbol o una farola?

Los "y si" dan vueltas en mi mente. Quería dejarlo pasar, de verdad que sí, pero ahora no estoy tan segura. Quizás le pregunte a Maureen si conoce a alguien de la zona que conduzca un todoterreno verde. Seguro que no se perderá la oportunidad de un poco de cotilleo.

Para cuando Patrick sube a la cama, me siento extrañamente tranquila. Por muy enfadada que estuviera —*esté*— con Orla, ella me ayudó a limpiar el estudio, lo que significa que puedo empezar a trabajar en lo que quiera. Tal vez una nueva colección inspirada en este lugar. La ausencia de Patrick también me dará la oportunidad de poner la casa en orden. Quizás encargar nuevas cortinas o muebles.

—Pensé que ya estarías dormida —dice mientras entra en el dormitorio—. Parecías agotada durante la cena.

—Lo sé, pero he estado pensando mucho. Y leyendo —me hundo en la almohada, dejando mi libro en la mesita de noche.

—Entonces, ¿cómo está Prim?

—¿Prim? Me envió un mensaje ayer, deseándonos suerte con la mudanza. Pero no he sabido nada de ella hoy. Creo que podría quedar con ella para comer mañana, cuando esté en la ciudad. Si está libre, claro. Ya sabes cómo es su agenda social.

—¿No has hablado con ella ahora mismo? —digo, con un nudo en el estómago—. Creía que te había oído al teléfono.

—¿El teléfono? —Frunce el ceño, antes de sacudir la cabeza y reírse—. Ah, sí. Lo siento, tienes razón. Solo fue una rápida comprobación, eso es todo.

Sin decir una palabra más, se da la vuelta y apaga la luz. Casi como si no quisiera que vea su cara. Como si al ver su expresión, pudiera darme cuenta de que me está mintiendo, pero ya es demasiado tarde para eso. La revelación me golpea como un martillazo en el pecho. Patrick está teniendo una aventura.

28

T*e quiero.* Eso es lo que dijo. *Siempre te querré.* Estoy segura de ello. Patrick le dijo a alguien que le quería mientras estaba hablando por teléfono. ¿Con quién demonios estaba hablando si no era con Prim? A menos que fuera ella, y que realmente se le olvidara, pero eso no es algo que él haría. Al igual que Prim no nos habría deseado suerte con la mudanza. Ella quiere que toda mi vida sea un fracaso, especialmente mi matrimonio con su padre. Pero ¿con quién más podría haber estado hablando? Ni siquiera estoy segura de querer saberlo.

El sueño se niega a venir. Me revuelvo sin parar, incapaz de encontrar una temperatura que le guste a mi cuerpo, y mucho menos conseguir que mi mente se calme. Cada vez que empiezo a quedarme dormida, un pensamiento me despierta de golpe. La voz de Patrick. Los clavos en el neumático. La figura fuera de la ventana. Entonces comienzan de nuevo los arañazos. Y yo que pensaba que podría vivir con ello. Voy a llamar a un exterminador esta semana y me desharé de lo que sea que haya ahí dentro. Aunque quizás no merezca la pena. Si Patrick realmente me está engañando, no tiene sentido quedarse aquí. Tal vez debería hacer las maletas y mudarme definitivamente. Podría irme a Europa. O incluso más lejos. Al menos Prim estaría contenta.

Alrededor de las tres de la madrugada, me doy por vencida, bajo y me sirvo un vaso de agua. Aparte de los bichos en el ático, la casa está inquietantemente silenciosa. En Londres nunca hay silencio, sin

importar la hora que sea. Siempre está el sonido del tráfico, gente que vuelve de turnos nocturnos, o que sale para los de mañana. Bebés llorando, parejas discutiendo. Incluso en las zonas más agradables de la ciudad, el silencio no existe. Pero aquí, sí. Aquí puedo oír cada crujido de los tablones del suelo y el suave ronquido de Patrick, que normalmente no me molesta pero que ahora mismo suena como un rugido mientras hace eco a través de las paredes.

Mientras bebo un sorbo, mis pensamientos intentan orientarse hacia la lógica. ¿Podría ser esto parte de la paranoia del embarazo sobre la que leí mientras estaba sentada en la cafetería? Sé lo poderosa que es la mente. Cómo puede hacerte creer o incluso ver cosas que no están ahí. Es parte de un mecanismo de protección. Eso es lo que era antes. Pero ¿por qué pensar que Patrick me está engañando me protegería? ¿Quizás porque estoy preocupada de que me haga daño? No. No estoy preocupada por eso. Quizás al principio de la relación, pero él rompió su familia por nosotros. ¿Por qué habría pasado por la FIV conmigo si no iba en serio? ¿Por qué habría parecido tan feliz con la noticia de que yo podría estar embarazada? Mientras los pensamientos revolotean por mi mente, mis ojos se posan en un pequeño objeto rectangular que se está cargando en la encimera de la cocina: el teléfono de Patrick. Hay una forma de saber si todo estaba en mi cabeza o no, y eso sería mirar su lista de llamadas recientes.

La forma en que me tiemblan las manos es una señal de que sé que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer. Es una invasión de la privacidad. Una falta de confianza. Es mi marido. Si confié en él lo suficiente como para casarme, debería confiar en que me estaba diciendo la verdad sobre su llamada telefónica, ¿no? Pero o Patrick me está mintiendo o me estoy volviendo loca, y ahora mismo no estoy segura de qué preferiría que fuera verdad. Con una respiración profunda, extiendo la mano, cojo el teléfono y tecleo el código de acceso.

No funciona.

—¿Qué? —Conozco el código de Patrick. Es nuestro aniversario de boda, el mismo código que el mío. ¿Por qué lo habría cambiado? Con las manos temblándome tanto que es difícil presionar las teclas

correctas, lo intento de nuevo. Esta vez, el teléfono se desbloquea. Así que el problema era yo, no que hubiera cambiado la contraseña. Y ahora estoy dentro.

—¿Realmente quieres hacer esto, Imogen? —susurro en voz alta. Tal vez si la contraseña no hubiera funcionado de nuevo, si él hubiera cambiado su código, lo habría tomado como una señal de que estaba tratando de ocultarme algo, pero el hecho de que todavía pueda entrar es sin duda una señal de que no tiene nada que esconder.

Por mucho que quiera dejar el teléfono, ya he llegado demasiado lejos. No puedo irme a la cama sin comprobarlo. Simplemente no puedo. Antes de que pueda detenerme, pulso el símbolo del teléfono en la parte inferior de la pantalla mientras aprieto los ojos. Lo que vea ahora podría cambiar mi vida de maneras para las que no estoy preparada. Después de todo, es muy probable que el hijo de Patrick esté creciendo dentro de mí. Si confío lo suficiente en él como para tener a su bebé, ¿no debería confiar lo suficiente en él como para dejar pasar esto?

No quiero hacer esto, pero tengo que hacerlo.

Con una respiración brusca, abro los ojos y miro la pantalla.

29

Entumecimiento... esa es la sensación que fluye por mi cuerpo. Si es que eso puede considerarse una sensación. Entumecimiento y confusión. Siento que mi ceño se arruga mientras miro la pantalla frente a mí. La pantalla perfectamente en blanco. No hay absolutamente nada en ella. Ninguna de las llamadas que hice yo antes durante el día. Ninguna de las conversaciones de trabajo que estoy segura que habrían tenido lugar. Ni siquiera el número del taxidermista con el que habló antes. La lista de llamadas recientes en el teléfono de Patrick está completamente vacía. La ha borrado. Ha borrado su lista de llamadas, y solo puede significar una cosa.

No quería que la viera. Tenía razón. Patrick le dijo a otra persona por teléfono que la amaba. Me está engañando. *Patrick me está engañando.*

—Eres una idiota, Imogen —me digo, limpiándome las lágrimas de los ojos. Por muy furiosa que esté con él ahora mismo, mi rabia se dirige hacia mí misma. ¿Qué esperaba que pasara cuando tuve una aventura con un hombre casado? ¿Cómo dice ese refrán? ¿Quien ha sido infiel una vez, lo será siempre? Supongo que como yo era la otra, no quería creerlo, pero no tiene sentido negarlo ahora.

Por un segundo, me quedo sentada, preguntándome qué va a hacer mi cuerpo. Siento como si fuera a implosionar con todo el dolor que me recorre, aunque sé que no lo hará. Tampoco hay

ninguno de los signos reveladores de un ataque de pánico. Solo una agonía abrasadora en mi pecho.

Mientras estoy ahí sentada, cien escenarios cruzan por mi mente. Podría enfrentarme a él ahora, despertarlo y decirle que lo sé. Decirle que escuché exactamente lo que dijo por teléfono y que sé que borró su lista de llamadas. Podríamos resolverlo aquí y ahora, y yo podría terminar con esto. Pero ¿es eso lo que quiero? *¡Joder!* ¿En qué clase de mujer me ha convertido que ni siquiera sé qué quiero hacer, aunque sepa que me está engañando? Miro de nuevo la pantalla del teléfono, rogando que quizás fuera un fallo y que las llamadas hayan reaparecido, pero no hay tal suerte.

Déjalo. Es la única respuesta lógica, y la voz en mi cabeza lo grita tan fuerte que quiero hacerle caso, pero ¿por qué será que cuando se trata de Patrick, mi cerebro tira la lógica por la ventana?

He sido más feliz con él que nunca en mi vida. Me he sentido más segura, más confiada. Mi arte ha sido fenomenal, al menos en mi opinión. Por fin he podido superar el control que mi madre y su muerte tenían sobre mí. Patrick ha mejorado toda mi vida, y pensé que yo había hecho lo mismo por él. Pero obviamente, ese no era el caso.

¿Cuánto tiempo lleva ocurriendo? Esa es la primera pregunta que quiero hacerle. *¿Cuánto tiempo?* Lo suficiente como para decirle que la ama, eso es algo que sé. Y Patrick siempre me ha dicho que no es de los que se enamoran rápido. Él y Arabella crecieron juntos; eran mejores amigos al entrar a la secundaria y, aun así, le llevó años admitir sus sentimientos.

Yo era la única persona de quien se había enamorado rápidamente. La única a la que había dicho "te quiero" primero, y en tan solo un par de meses. Pero quizás eso era solo un cuento que me había inventado. *¿Y para qué molestarse?* Ya me había llevado a la cama. ¿Qué ganaría? Un hombre que quiere jugar y perseguir mujeres no le pone un anillo en el dedo a la primera mujer con la que tiene una aventura. Y desde luego no se muda al otro lado del país y planea tener un bebé con ella. Si hubiera querido romper, ¿por qué no lo habría hecho antes? No ha estado distante, no ha sido poco cariñoso. No tiene sentido.

Durante la siguiente hora, husmeo en los mensajes de su teléfono. Su WhatsApp. Su Facebook, que ahora solo tiene mensajes de spam. Y no hay nada. Ni un indicio de infidelidad. Seguramente debería haber alguna prueba más, ¿no? Algo más que una lista de teléfono borrada.

Me quedo sentada en la mesa de la cocina hasta que escucho el primer trino del coro del amanecer. Solo entonces me doy cuenta de lo agotada que estoy. No quiero enfrentarme a él. No quiero tener que mirar a Patrick y decirle que me ha roto el corazón, pero con solo el dormitorio principal preparado, o subo allí o me quedo dormida en el sofá, y si hago eso, seguro que me despertará antes de irse a trabajar. Entonces tendremos que mantener una conversación y eso será aún más insoportable. Con la decisión tomada, vuelvo a enchufar el teléfono de Patrick y me dirijo arriba.

30

Me doy la vuelta en la cama y, durante un segundo, todo parece estar bien. La tenue luz de la mañana se filtra por un hueco en las cortinas, y un rayo de luz atraviesa la habitación hacia mí. Me siento increíblemente en paz. Y entonces recuerdo el teléfono.

La manera en que mi estómago se desploma es instantánea y tan física que cuesta creer que no haya sido provocada por un estímulo externo. Durante un segundo, me cuesta recordar el origen de esta sensación, y entonces recuerdo que Patrick está teniendo una aventura. Eso es lo que creo que ha causado la reacción hasta que intento incorporarme. Las náuseas me invaden. Salto de la cama, corro hacia el baño y, mientras el contenido de mi estómago cae en el inodoro, me doy cuenta de que probablemente hay más de una causa para este malestar.

No hay nada más que bilis en mi estómago, pero la vacío por completo. Cuando termino, mi garganta arde y mis ojos están llorosos. Mi mirada cae sobre los tests de embarazo junto al lavabo. Un día más hasta que pueda hacérmelos, aunque cada vez parece menos probable que sea necesario. Pero en lugar de la emoción y el optimismo que había estado sintiendo, son la incertidumbre y el miedo los que me nublan. No quería ser madre soltera. Es la razón por la que nunca había tenido una relación seria antes. Había conocido a chicos que me gustaban y había salido con ellos durante unos meses, pero nunca podría haberlos visto como el padre de mis hijos. No podía imaginarlos trabajando conmigo en equipo para

criarlos hasta la edad adulta. Con Patrick era diferente. No importaba que fuera mayor. Tal vez eso era lo que me atraía de él. Ya lo había hecho una vez con Prim —y vale, no hizo el mejor trabajo, teniendo en cuenta que ella es una zorra consentida y manipuladora, pero no fue todo culpa suya. De hecho, como estaba trabajando fuera tanto tiempo, la mayor parte de la culpa recaía sin duda en Arabella. Además, él sabía que había cosas que podía hacer de manera diferente. Igual que yo sabía que haría las cosas muy diferentes a como las hizo mi madre. Íbamos a entrar en la paternidad con los ojos abiertos, con la experiencia de su lado. Eso es lo que pensaba, al menos.

Ahora no puedo estar segura.

Solo cuando voy a vestirme encuentro la nota junto a mi almohada.

Que tengas un gran día. Te quiero.

P.D. hay un regalo para ti en el estudio.

Hace veinticuatro horas, una nota así habría hecho que mi corazón se hinchara, pero ahora provoca una oleada de tensión que recorre mi columna. ¿Me está comprando? ¿Sabe que miré su teléfono y esta es solo una forma de intentar distraerme? Descarto la idea casi inmediatamente. No es como si hubiera podido comprar algo durante la noche. Así que tal vez lo consiguió antes, durante el día, cuando se sentía culpable. Eso tendría más sentido.

Mientras miro la nota, coloco las manos sobre mi vientre. Ni siquiera sé si ese es el lugar donde estará el embrión, o cuántos embriones han tenido éxito, pero siento una conexión. Una sensación de seguridad. Incluso si lo que temo sobre Patrick es cierto, no estoy sola. No soy mi madre. Y no me refiero solo a los problemas que ella tenía. Soy adinerada. Mi hijo podrá ir a un buen colegio. Tendrá vecinos con jardines, en lugar de vecinos con adicciones a las drogas. Incluso si estoy sola y criando a un niño de una manera que esperaba nunca tener que hacer, no tendrá la misma educación que yo.

Con una nueva sensación de fortaleza, bajo las escaleras. Sé que existen todas estas reglas sobre la cafeína durante el embarazo, y Patrick me trajo un descafeinado sofisticado para la cafetera

francesa, solo para que no sintiera que me estaba perdiendo algo, pero esta mañana voy a tomar el de verdad. Lo haré más suave de lo normal. Quizás un café con leche con media dosis. Eso es lo que pienso hasta que entro en la cocina.

—¿Qué demonios?

31

Estoy de pie en el umbral, incapaz de moverme. Todos los armarios y cajones de la cocina están abiertos. Todos y cada uno de ellos. El armario debajo del fregadero, el cajón encima del horno. No queda ni uno solo cerrado. Incluso la nevera y el congelador están abiertos. ¿Qué demonios está pasando?

Corro hacia la puerta principal, esperando encontrarla abierta, pero no lo está. La puerta trasera también sigue cerrada con llave. El pánico me invade. ¿Por qué alguien haría esto? ¿Quién lo haría? ¿Qué demonios se supone que debo hacer? Llamar a Patrick, ese es mi primer pensamiento. Así que eso es lo que hago.

Contesta mi teléfono al primer tono.

—Hola, cariño —la voz de Patrick está llena de calidez—. ¿Te gustó tu regalo? Sé que es un poco tonto, pero solo quería darte algo para recordarte cuánto te quiero. Eso es todo.

—¿Has sido tú? —digo, con una voz hueca y sin aliento.

—Sí, te dejé una nota. ¿No la viste? Estaba en mi almohada.

Niego con la cabeza frustrada.

—Estoy hablando de la cocina. Los cajones... ¿los abriste tú?

—¿Qué? ¿Dejé algo abierto? Solo cogí un café...

Aprieto los dientes mientras mis manos se aferran al teléfono. Sabiendo que esta conversación solo dará vueltas en círculos, cuelgo y vuelvo a marcar inmediatamente, esta vez con una videollamada.

—Esto —digo—. ¿Hiciste tú esto? Todos los armarios están abiertos. El cajón de los cuchillos. El armario de las cacerolas. Todo.

Veo cómo los ojos de Patrick se entrecierran mientras analiza la imagen que está viendo.

—No lo entiendo —dice.

—Estoy en la cocina —digo innecesariamente—. Bajé y estaba así. Todo estaba abierto. ¿Lo hiciste tú? ¿Me has hecho esto tú?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! ¿Has comprobado las puertas? ¿La puerta principal y la trasera? ¿Están cerradas con llave?

—Sí, ya lo he hecho —replico bruscamente.

Está asintiendo con la cabeza. Mordiéndose el labio inferior mientras mueve la barbilla arriba y abajo.

—Parece una broma —dice finalmente—. Tal vez sea algo que harían los niños de Springfield. ¿Qué hay de las ventanas? ¿Has comprobado si alguna ventana estaba abierta?

La única ventana de la cocina está justo encima del fregadero, y está cerrada, así que no hay manera de que alguien pudiera entrar o salir por ahí. Con Patrick todavía en la llamada, recorro el resto de la casa. Primero voy al comedor, donde ambas ventanas están cerradas. En el salón sucede lo mismo. La única otra habitación es un pequeño cuarto que íbamos a usar como uno de nuestros despachos. Cuando entro, siento una ráfaga de aire frío. La cortina ondula ligeramente.

—¡Aquí! ¡Joder! —digo mientras me acerco.

—¿Has encontrado algo? —pregunta Patrick. Giro la cámara para mostrárselo. Una de las ventanas está entreabierta menos de un centímetro.

—Deben de haber entrado por esta —digo, estirando la mano para cerrarla, pero me cuesta. Tiro de ella hacia mí, pero no se mueve. Parece atascada, como si estuviera enganchada en algo.

—¿Estás bien? —dice Patrick mientras dejo el teléfono para tener ambas manos libres y ocuparme de la ventana—. Imogen, me estás preocupando. ¿Estás bien?

—Estoy bien —gruño—. Esta maldita ventana no cede. —Solo está abierta un par de centímetros y, aunque intento empujarla hacia atrás, no se mueve—. No cede —le digo—. Y no veo cómo alguien podría haber pasado por un hueco tan pequeño.

—Quizás usaron un gancho o algo para abrir la de al lado —dice —. ¿Habría sido posible?

Retrocedo y observo los marcos de las ventanas con más atención. Si alguien tuviera un brazo excepcionalmente largo, o más probablemente algún tipo de palo y bastante habilidad, entonces sí, probablemente podrían haberlo hecho. Agarro la ventana de nuevo y tiro con todas mis fuerzas. Finalmente, se cierra. Sin aliento y temblando, recojo el teléfono y miro a Patrick.

—Lo siento mucho —dice—. Supongo que esperaron hasta ver que mi coche se marchaba y pensaron que la casa estaba vacía. ¿Se han llevado algo?

Había estado tan absorta con la idea de que alguien hubiera estado en la casa que ni siquiera había pensado en por qué estarían aquí. Duermo con mis anillos puestos y el resto de mis joyas está en una caja en mi mesita de noche. Aparte de los electrodomésticos, no hay mucho de valor en la planta baja, particularmente en la cocina. Pero de todos modos vuelvo allí y miro en los armarios abiertos.

—No creo —respondo.

—Bueno, al menos eso es bueno.

—Eso no cambia que alguien estuvo en nuestra casa cuando yo estaba sola, durmiendo en la cama, Patrick.

—Tienes razón. No lo cambia. Lo siento. Mira, puedo volver a casa esta noche si eso ayuda. Y conseguiré algunas de esas alarmas para todas las ventanas también. Y podemos llamar a alguien para que instale un sistema de seguridad. Uno de verdad.

Asiento, aunque es únicamente en respuesta al sistema de seguridad y no a que él vuelva a casa esta noche. No estoy segura de si eso es lo que quiero o no. ¿Qué es peor: tener que depender de tu marido infiel o estar sola en una casa donde pueden ocurrir cosas como esta?

—Te llamaré más tarde —digo.

—Vale, hazlo. Lo que necesites. Está bien, Im. No tienes por qué preocuparte.

—Hmm. —Ni siquiera puedo responder con una palabra.

—Hablamos luego, ¿vale? Yo...

Sé exactamente cómo va a terminar esa frase, por eso cuelgo antes de que pueda decir esas palabras. Ya no significan nada.

32

Con cada armario que cierro, busco algún tipo de pista. Algún indicio de quién hizo esto y por qué. En cuanto al porqué, creo que la respuesta es bastante clara: causar el mayor tormento posible; y el quién definitivamente apunta a los chicos de Springfield. Si no estuviera tan asustada y enfadada, probablemente lo encontraría risible. Todo ese esfuerzo que hice para alejarme de ese tipo de vida, y está ocurriendo aquí, en este rincón pintoresco del campo. Es retorcido. Quizás si supieran que posiblemente estoy embarazada, marcaría una diferencia. Quizás eso les disuadiría de aterrorizarme. Pero considerando que quemaron el cobertizo de Maureen —y ella es una ancianita— supongo que nadie está fuera del alcance para ellos.

Con la necesidad de despejar mi mente, decido centrarme esta mañana en pintar. Aunque, cuando entro en el estudio, descubro que no es tan fácil como había pensado.

No hay un regalo esperándome, sino dos. Ambos con tarjetas encima. El más pequeño está envuelto toscamente, y por el trabajo chapucero es evidente que tiene una forma extraña. Arranco la nota y leo lo que está escrito dentro. *No es el regalo más romántico, me temo*, es todo lo que dice, garabateado con la letra de Patrick. Intrigada, quito el envoltorio y encuentro un candado, uno para reemplazar el viejo que él había cortado de la puerta. Dejando eso a un lado, tomo la otra tarjeta del segundo regalo. *Sentí que necesitabas algo con un poco más de consideración después del primer regalo poco romántico*, dice. Desenvuelvo el paquete y

dentro, encuentro un par de pendientes. Pequeños aros de plata, con pequeños diamantes en el centro. Digo pequeños, pero probablemente son de medio quilate y cuestan una fortuna absoluta. Soy de esas personas que lleva el mismo par de pendientes durante meses, sin cambiarlos ni quitármelos, que es exactamente lo que planeo hacer mientras me quito los que llevo y me pongo estos. Solo cuando estoy colocando la mariposa en la parte posterior, dudo. Si fueron comprados por amor, habría sido un regalo increíblemente considerado, pero si es para distraerme de lo que está haciendo a mis espaldas, entonces es manipulador, y no quiero tener nada que ver con ellos. Aunque, ya están puestos y Patrick probablemente espera que los lleve, así que me los dejo.

Solo ahora que tengo el candado para la puerta me doy cuenta de lo insensato que fue poner todos mis materiales aquí anoche sin forma de asegurarlos, y estoy extrañamente agradecida de que los adolescentes rebeldes eligieran entrar en la casa, en lugar de aquí. Solo puedo imaginar lo que habrían hecho si hubieran puesto sus manos en mis materiales de arte. Nada positivo, eso seguro. Saco el candado del embalaje y lo coloco sobre el pestillo, no es que piense que vaya a olvidar usarlo.

Mientras me siento en mi asiento, pensamientos sobre Orla se cuelan en mi mente. Con todo lo que está pasando con Patrick, no sería difícil pintar algo melancólico, pero eso se sentiría casi como si ella estuviera ganando. Así que en su lugar, agarro algunas pinturas de alcohol e intento algo completamente nuevo.

Una de las cosas que más me gustaba de la facultad de arte era la experimentación. Tan pronto como me hice un nombre, un estilo, eso dejó de ocurrir tanto. La gente tenía expectativas, y yo necesitaba ceñirme a ellas. Pero ahora mismo, no hay nada de eso, y voy a divertirme. Con mi mente repasando docenas de ideas, comienzo a plasmarlas en papel.

Cuando estoy trabajando en una pieza, nada más importa. Mi mente deja de dar vueltas y pierdo cualquier capacidad para procesar el tiempo. A Patrick le parece extraño. Más de una vez, ha entrado cuando he estado en el estudio desde primera hora de la

mañana, y no me doy cuenta de su presencia hasta que me toca el hombro y me saca de mi trance.

—¿Has parado para comer? —siempre dice, ya capaz de predecir mi respuesta.

—¿Ya es la hora de comer?

A veces me besa y sacude la cabeza como si no pudiera creerlo, pero más a menudo se ríe.

—La comida fue hace horas. ¿Cómo es que no lo sabes? Seguramente debes saber cuánto tiempo has estado trabajando en la pintura. Está casi terminada.

Entiendo lo que quiere decir, pero no siempre funciona así. A veces puedo retrabajar el más mínimo detalle una y otra vez durante horas, mientras que otras veces, solo unas pocas pinceladas grandes y amplias son todo lo que necesito para completar un área. El tiempo y el arte simplemente no van juntos. No de manera lógica, en cualquier caso. Y créeme, para que yo diga algo así, debe ser cierto.

Empiezo con acrílicos, pero en lugar de alcanzar un pincel, saco una caja con docenas de trapos viejos que uso para limpiar, en su mayoría camisetas viejas que compré de segunda mano en tiendas benéficas. Uso la tela de textura más fina para aplicar una capa base, antes de duplicarla con un material más áspero, tipo lino. Cuando termino con las camisetas, encuentro más objetos para usar, añadiendo color y textura a medida que avanzo. Papel arrugado, botellas de agua de plástico, cualquier cosa a mi alcance. También uso mis dedos, difuminando el trabajo. Desdibujando las líneas nítidas y raspando con mis uñas en áreas de pintura más gruesa. A veces trabajo con música de fondo, pero hoy no. Hoy, todo lo que quiero es el silencio en mi cabeza. A mitad del proceso, cambio de medio, optando por el carboncillo, y es solo cuando largos zarcillos comienzan a extenderse por la parte superior del lienzo que me doy cuenta de lo que estoy pintando: un árbol. Un árbol con una figura sombría a su lado.

No sé cuánto tiempo he estado pintando cuando doy un paso atrás, pero mis manos han comenzado a acalambrarse. Aún así, no

quiero parar hasta que haya terminado. No cuando todo está fluyendo tan bien.

—Le falta algo —me digo a mí misma.

Un problema para cualquier artista puede ser saber cuándo parar. Puedes seguir para siempre añadiendo mejoras, cambiando pequeños detalles, pero no necesariamente mejoran la obra. Aprendí eso hace mucho tiempo. Pero ahora mismo, esta pieza necesita algo extra. Siento que una sonrisa eleva mi expresión cuando me doy cuenta de qué es eso.

Tomo una de las pistolas de calor del lateral donde Orla las colocó, solo para cambiarla por un secador de pelo. Me apetece volver a lo básico con esto. Volver a mis raíces de no tener mucho con lo que trabajar. He visto esta técnica donde la gente seca la pintura antes de que tenga la oportunidad de extenderse y crea casi un efecto de mapa topográfico. Está a años luz de lo que normalmente hago, pero ahora mismo, eso es exactamente lo que quiero.

Cojo una selección de colores —taupes, ocres, sin rastro de azules— y un par de pinceles, uno de los cuales recubro únicamente con agua, que paso por el papel. Luego dejo caer la tinta directamente sobre él. Veo cómo la tinta se extiende. Voy a querer añadir algunos metálicos, pienso mientras el movimiento se ralentiza. En ese momento agarro mi secador de pelo.

Lo enciendo, lista para secar mi trabajo, solo para que toda la obra se prenda fuego.

33

No está expulsando llamas como uno imaginaría que ocurre en un dibujo animado. En cambio, está bajo el plástico. En la zona donde está el filamento. No solo está incandescente, sino que ha prendido fuego.

—Mierda, mierda —digo e instintivamente tiro del enchufe. Ni siquiera me molesto con el botón. Simplemente lo arranco de la pared. En el instante en que lo hago, se detiene y no queda nada más que el sonido de mi corazón martilleando y el olor a plástico quemado que me pica en la nariz.

—¿Qué demonios? —Miro fijamente el objeto en mi mano, tratando de entender lo que acabo de ver. He utilizado herramientas muchísimo más potentes que un secador de pelo estándar cientos de veces y nunca he experimentado algo así. Ni siquiera había oído hablar de que algo así pudiera ocurrir.

Mientras mi pulso intenta recuperarse, mis ojos se dirigen al enchufe de la pared. ¿Podría ser la instalación eléctrica de aquí? Aparte del interruptor de la luz, no probamos ninguno ayer. ¿Es posible que entrara agua en los enchufes mientras limpiábamos? ¿Habría provocado eso que el secador se sobrecalentara? Le doy la vuelta al enchufe en mi mano, tratando de ver si hay alguna señal de agua. No la hay, pero algo más llama mi atención. Solo hay un tornillo en la parte trasera del enchufe. Donde debería estar el segundo, para sujetar la carcasa, no hay nada más que un agujero. E incluso el tornillo que está ahí no está muy seguro.

Dejándolo a un lado, voy hasta mis cajas y rebusco entre ellas hasta encontrar lo que estoy buscando. Un pequeño destornillador. Lo introduzco en el tornillo restante y lo saco del enchufe. La carcasa de plástico se separa en dos, dejando expuesta la parte eléctrica. No sé exactamente qué estoy buscando. Todo está en su sitio. Tres cables y un fusible, y sin embargo algo me parece extraño. Examino la mitad con los cables durante un minuto más, antes de mirar el plástico liso. Hay letras estampadas en él. *5A*, eso es lo que dice. *5 Amperios*. No he arreglado muchos enchufes en mi vida, pero sé lo que significa; este secador necesita un fusible de cinco amperios para funcionar. Compruebo el que está en el enchufe solo para descubrir que es un número mucho mayor: 13A. ¿Qué significa eso? ¿Debería funcionar mejor con un fusible más potente?

No quiero soltar los objetos, pero sé que tengo que hacerlo para obtener la respuesta que busco. Con cuidado, para no alterar nada, coloco ambas partes del enchufe a un lado y abro mi teléfono.

¿Qué pasaría si usaras un fusible de 13A en un secador de pelo de 5A?

Ya sé lo que va a decir la respuesta. Algo en lo más profundo de mi estómago ya me lo ha dicho. Aun así, contengo la respiración mientras leo las palabras.

Usar un fusible de 13A no ofrecería ninguna protección. El aparato estaría efectivamente en cortocircuito y sería un peligro de incendio.

Vaya sorpresa.

Miro el enchufe de nuevo. ¿Lo hice yo? ¿Puse el fusible equivocado? No, no recuerdo la última vez que cambié un fusible. Ahora que lo pienso, tampoco recuerdo de dónde saqué ese secador. De hecho, ahora que lo miro, no estoy segura de haberlo visto antes, pero si es así, ¿de dónde habría salido? ¿Cómo podría haber llegado un objeto peligroso a mi estudio?

El aire en mis pulmones comienza a silbar. Alguien lo plantó aquí. Alguien quería que me hiciera daño con él. O algo peor.

No puedo quedarme aquí más tiempo. No puedo. Levantándome, me dirijo hacia la puerta y la empujo para abrirla, pero no cede. Lo intento de nuevo. Y otra vez, pero apenas se mueve.

Quiero creer que estoy equivocada. Confundida. El incidente con el secador me ha dejado simplemente trastornada, pero por más que uso el hombro y empujo con más fuerza, no hay nada. El candado. El candado está cerrado.

—¡Esto no tiene gracia! —grito a la puerta—. Quien esté haciendo esto, no tiene gracia. Tenéis que dejarme salir de aquí. —Mi respiración se vuelve superficial mientras muerdo el interior de mi mejilla, intentando controlar el miedo que crece dentro de mí. No es momento de perder el control. No ahora. Si esos críos de Springfield han estado observándome, saben que vivo con Patrick. Podrían pensar que volverá a casa esta noche. Podrían pensar que él me dejará salir. Pero no lo hará. Tendré que pasar la noche aquí. En el frío, sin comida, sin agua.

—¡Estoy embarazada! —grito—. ¡Estoy embarazada y estoy llamando a la policía! Tenéis que dejarme salir de aquí, porque estoy embarazada y estoy llamando a la policía y vais a meteros en un grave problema. —Golpeo la puerta con los puños, golpeándola con tanta fuerza que un espasmo de dolor recorre mi brazo cuando, por el rabillo del ojo, capto un destello de movimiento en algún lugar del jardín. Me apresuro hacia la ventana, estirando el cuello, tratando de ver quién está ahí fuera, pero no hay nada. No puedo ver nada.

Sabiendo que debo cumplir mi amenaza, cojo mi teléfono, lista para marcar el 112. Me obligo a vaciar mis pulmones antes de llenarlos con una inspiración profunda. Inhalo por la nariz, con la intención de llenar mis pulmones, pero el aire nunca llega tan lejos. Porque la primera olisqueada es todo lo que necesito para olerlo.

Humo. No el humo acre como el que olí después de que el plástico del secador comenzara a derretirse. No, este es más terroso y denso. Huele como si la madera o el ladrillo estuvieran ardiendo.

Es entonces cuando me doy cuenta. Mi estudio está en llamas. Van a quemarme viva aquí dentro.

34

No llegarán a tiempo. Es lo único que puedo pensar. No llegarán a tiempo.

Sostengo el móvil inerte en mi mano, con la mente paralizada. Mi cuerpo incapaz de actuar. No sé dónde está el parque de bomberos más cercano —quizás a quince minutos como mucho. ¿Cuánto tardarán las llamas en consumirme aquí dentro? ¿Cuánto tarda el fuego en quemar un ladrillo húmedo? No lo sé, pero quince minutos nunca me han parecido tan peligrosamente cortos.

—¡Piensa, Imogen! —Mi propia voz me ayuda a espabilarme—. ¡Muévete! Puedo romper las ventanas para salir. Sí, sí, eso es definitivamente lo mejor que puedo hacer.

Cojo mi taburete y lo lanzo contra la ventana. El sonido es ensordecedor y el cristal se hace añicos hacia fuera.

—Gracias a Dios —murmuro, aunque cuando intento sacar el taburete, no se mueve. Está atascado en los marcos metálicos de la ventana—. ¡Mierda! Joder. —Lo agarro con ambas manos e intento arrancarlo. El olor a humo es cada vez más espeso. Me atasca la garganta.

—¡Estoy embarazada, cabrones! —grito mientras continúo tirando del taburete. Mis ojos se están nublando, pero no sé si las lágrimas son por miedo o por el humo. Con un último tirón, libero el taburete, pero ha dejado trozos de cristal afilados sobresaliendo a lo largo del marco inferior.

Si salgo para salvarme del fuego solo para cortarme una arteria, no estaré mejor.

Necesito calmarme y pensar. Puedo oír el metal crujiendo mientras el calor del fuego lo obliga a expandirse contra su voluntad, pero las llamas aún no han llegado a la ventana. Tengo tiempo para pensar, y lo que necesito hacer es deshacerme del cristal. Sin pensarlo dos veces, cojo uno de mis trapos de limpieza, lo envuelvo alrededor de mi puño y empiezo a golpear los trozos de cristal hasta que hay un hueco lo suficientemente grande para que pase. No va a ser agradable, y no saldré ilesa, pero puedo hacerlo.

Pongo la pierna en el taburete, lista para impulsarme, cuando oigo un extraño sonido sibilante. ¿Está a punto de derrumbarse la puerta y las llamas me van a engullir? ¿Voy a morir aquí a segundos de la libertad? No. No dejaré que eso suceda. Tengo que salir de aquí.

—¿Imogen? ¿Estás ahí dentro? Está bien, cariño. Te tengo. ¡Aguanta!

—¿Maureen? —jadeo, con la garganta en carne viva.

—Está bien, lo estoy apagando ahora. Yo me encargo.

Mis pulmones se estremecen mientras expulso un escalonado suspiro de alivio tan grande que todo mi cuerpo tiembla. El silbido no era la puerta a punto de implosionar; era el sonido del extintor. La loca y paranoica Maureen con todos sus extintores.

—No sé si debería salir —digo, con voz temblorosa. Y solo cuando voy a limpiarme la cara me doy cuenta de que las lágrimas corren por ella—. Podría salir, pero... creo que estoy embarazada. Creo que estoy embarazada, Maureen. Necesito salir de aquí. *Necesito* salir.

—No te preocupes, está casi apagado. Está casi apagado —responde. Un minuto después la oigo forcejear con la puerta—. Joder, qué caliente está —murmura antes de que la puerta se abra de golpe. Ni siquiera puedo correr hacia ella. En su lugar, caigo al suelo y lloro.

—Te tengo, te tengo —dice, acariciándome la cabeza como si fuera una niña—. Estás a salvo ahora.

—Pensé que iba a morir.

—Lo sé, cariño, pero ahora estás a salvo. Esos malditos críos. Bueno, esta vez los pillamos. Irán a la cárcel por esto. Ya verás.

35

—Siéntate ahí y bébete esto —dice Maureen, colocando una taza de té en la mesita junto a mí. Me guio de vuelta a su casa y no puse ninguna objeción. Los chicos de Springfield me tienen en su punto de mira ahora, no a ella—. Lleva bastante azúcar. Creo que vas a necesitarlo. Has tenido un susto terrible.

¿Susto terrible? Eso es quedarse corto. —Intentaron matarme —digo—. Prendieron fuego al estudio mientras yo estaba dentro. Y sabían que estaba allí. Tenían que saber que estaba allí.

Maureen no dice nada, pero no puedo culparla. ¿Qué se puede decir? En su lugar, respira profundamente, su pecho subiendo y bajando mientras Brutus se sienta a su lado, apoyando la cabeza en su regazo.

—¿Cómo lo supiste? —digo después de un momento—. ¿Cómo sabías que estaba allí? ¿Les viste? ¿Les viste huir?

Niega con la cabeza y mira al perro. —No fui yo, fue él. Empezó a comportarse de forma extraña. Ladrando y gruñendo y esas cosas. Casi como aquella noche. Y entonces te oí gritar. Fue cuando cogí mi extintor. La gente pensaba que estaba loca por ponerlo fuera de mi puerta, pero yo sabía que no. Sabía que lo necesitaría si intentaban algo así de nuevo.

—Gracias —digo, aunque para ser sincera, no parece suficiente después de que me haya salvado la vida. Además, no es la única a quien debo agradecer—. Gracias, Brutus. No sé qué habría hecho si no les hubieras oído.

—Bueno, creo que ambas sabemos la respuesta a eso —dice Maureen con solemnidad.

Es verdad. El pensamiento hace que se me corte la respiración. Si Maureen no hubiera venido, ¿habría logrado salir con vida? Ciertamente no habría salido ilesa, si es que puedo considerarme así ahora. Mi cuerpo puede parecer bien, pero mi mente va a tardar un tiempo en asimilarlo. Intentando respirar profundamente, cojo mi té y doy un sorbo.

Maureen no bromeaba con el azúcar. Creo que lo midió en cucharadas soperas en vez de cucharillas, pero aun así, se lo agradezco.

—Deberíamos llamar a la policía —digo cuando dejo la taza—. Deberíamos llamar a la policía. Tienen que venir. Necesitan recoger pruebas.

—Está bien, cariño. Me he encargado. Ya le he enviado un mensaje a Donny.

—¿Donny? ¿Es el que se ocupó de ellos antes?

Intento no sonar tan escéptica. Estoy segura de que hizo lo que pudo, pero si hubiera hecho un mejor trabajo, no habría estado temiendo por mi vida hace apenas media hora.

—Sí. Sabe lo que está pasando y quiere a estos malnacidos entre rejas tanto como nosotras. Además, tiene un cargo importante. No es uno de esos agentes uniformados que tardan una eternidad en resolver las cosas. Le he contado lo que ha pasado y ha dicho que vendrá enseguida. Probablemente en unos veinte minutos.

—Gracias, gracias.

—Puedes esperar aquí hasta que venga. Hice un estofado de venado anoche, pero supongo que no te apetecerá nada de eso, ¿verdad?

Dejo escapar una breve risa. Se siente extraño reír, como si mi garganta no estuviera segura de que debería hacer ese tipo de sonido nunca más.

—No, paso del estofado. Estoy bien con el té.

—Bueno, veré si puedo encontrar algunas galletas para acompañarlo. Quédate aquí con ella, Brutus. Creo que necesita un poco de tu compañía.

A pesar de la petición de Maureen, Brutus trota rápidamente tras su dueña hacia la cocina, dejándome con mi té dulce y una cabeza llena de preguntas que no puedo entender.

¿Cómo demonios ha pasado esto? Cómo... por qué... ¿quién haría algo así? No me importa lo que dijo Maureen sobre los chicos aburridos que necesitan entretenimiento. Eso no es entretenimiento. Es asesinato. Quienesquiera que sean estos chicos de Springfield, están enfermos. Al menos sé quién hizo lo de los armarios esta mañana. Y quién cambió el fusible de mi secador. Mientras considero el tormento infligido sobre mí en las últimas veinticuatro horas, otro recuerdo se enciende.

Me estaban vigilando. Tenían que haberlo hecho, para colarse en la casa y abrir todos los armarios entre que Patrick se fue y yo me desperté. Así que quizás también me estaban vigilando en el pueblo. Tal vez fueron ellos los que clavaron las chinchetas en la rueda de mi bicicleta. ¿Me han estado siguiendo desde que llegamos aquí? Pienso en la figura sombría que estaba afuera en el campo. ¿Cómo es posible que eso fuera hace solo dos noches? Parece que todo ha cambiado desde entonces.

Mientras doy otro sorbo a mi té, oigo hablar a Maureen.

—Claro que está conmocionada. ¿Quién no lo estaría? Sí, no te preocupes, lo sé. No hace falta que me lo digas... Deja ese tono. He dicho que lo sé. Bien. Hablaremos más tarde.

Con eso, la conversación termina, y una inesperada inquietud me eriza la piel, aunque antes de que pueda asentarse, ella entra en la habitación.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Era solo Donny diciéndome que no toque nada. Como si no lo supiera. Pero está más cerca de lo que pensaba, así que eso es bueno. Otros diez minutos. Y he conseguido encontrar unas galletas de mosca aplastada.

—¿Mosca aplastada? —digo. Intento no parecer demasiado horrorizada, pero después de los faisanes en la entrada, me aterroriza que eso sea realmente lo que contienen.

—Garibaldis. ¡No me digas que nunca las has llamado así! —Se ríe.

Me río mientras cojo una galleta. —No, no, nunca las había llamado así, pero gracias.

Tomo mi galleta y la mojo en mi té.

Caemos en el silencio, y por un minuto, supongo que vamos a permanecer así hasta que llegue Donny. Pero entonces Maureen habla, mucho más suavemente de lo que la he oído hablar antes.

—¿Has dicho que estás embarazada? Supongo que esa es la razón para no tomar vino, ¿entonces?

Asiento con la barbilla. —Eso creo. Es decir... Patrick y yo lo estamos intentando. Hicimos FIV. No se supone que deba hacer una prueba hasta mañana, pero he estado sintiendo náuseas y me siento... no sé... diferente.

—Me suena a que podrías estarlo, entonces. Yo nunca tuve hijos —dice—. Pero estaba bastante unida a mi hermana. Ella tuvo varios, decía que lo sabía de inmediato. Podía sentirlo en los huesos. Creo que ni siquiera se molestó en hacerse una prueba de embarazo con el segundo.

—Vaya.

Estoy a punto de preguntarle dónde están su hermana y su sobrino o sobrina cuando se oye el sonido de un coche traqueteando en el camino. De repente, Brutus comienza a mover la cola.

—Supongo que debe de ser Donny —dice Maureen, levantándose —. Supongo que debería dejarle entrar.

36

Sin darme cuenta, ya había formado una imagen de Donny en mi cabeza. De mediana edad, clase media, quizá con una ligera barriga que las series de televisión consideran estereotípica de los policías de paisano. Pero el hombre que entra por la puerta no se parece en nada a eso.

Tiene la cabeza completamente rapada, y varios tatuajes en las manos, dedos e incluso en el cuello. Quizá no sea justo por mi parte, pero había supuesto que habría algún tipo de normativa sobre trabajar en la policía con tatuajes así. Parece que me equivoco. Y seamos sinceros, si yo fuera una delincuente, me daría mucho más miedo alguien que parece capaz de lanzarme felizmente desde lo alto de un edificio que alguien que parece pasarse el día sentado detrás de un escritorio comiendo donuts. También cambia mi percepción sobre el tipo de personas que viven en esta pintoresca zona rural. Siendo alguien que creció rodeada de gente que hacía suposiciones basadas en mi lugar de origen, debería evitar hacer mis propias suposiciones, pero es difícil.

—Tía Mo —dice cuando entra.

—¿Sois familia? —No puedo ocultar la sorpresa en mi voz, aunque Maureen inmediatamente niega con la cabeza y se ríe.

—No, todo el mundo por aquí me llama así. Es lo que consigues cuando has vivido sola tanto tiempo como yo —Su risa se detiene al volver a dirigirse a Donny—. Prendieron fuego a un cobertizo, igual que hicieron con el mío. Solo que esta vez, ella estaba dentro.

—Es un estudio de arte, no un cobertizo —digo, sintiendo un extraño impulso de corregirla—. Y me encerraron dentro.

Donny levanta una ceja. —¿La encerraron? ¿La encerraron antes de prenderle fuego? ¿Y definitivamente sabían que usted estaba dentro?

Asiento. —Estoy segura de que lo sabían. Y no es lo único que han hecho. Esta mañana entraron en mi casa. Estuvieron hurgando en los armarios. Y cambiaron un fusible para que mi secador se incendiara. Creo que querían que pareciera un accidente eléctrico, pero cuando eso no funcionó, prendieron fuego al estudio. Es intento de asesinato, ¿verdad? No pueden simplemente salirse con la suya. No pueden.

Donny entrecierra los ojos. —Créame, si fuera por mí, habrían estado entre rejas hace años. Pero los Springfield... no es solo el dinero, tienen todo tipo de influencias. Abogados en la familia...

—Me importa un comino si tienen abogados en la familia. ¡Mi maldito marido es abogado! Tienen que ir a prisión por esto.

Se detiene y asiente lentamente. —No, tiene razón. Tiene razón. Iré a echar un vistazo, sacaré algunas fotos y lo transmitiré. Iré yo mismo. Me aseguraré de que hagamos una investigación en condiciones esta vez.

—Gracias, gracias —digo—. Le daré toda la información que pueda. Empezó tan pronto como llegué aquí. Uno de ellos me estuvo observando desde el campo la primera noche, y estoy casi segura de que pincharon la rueda de mi bicicleta. Todo parece demasiado para ser una coincidencia.

—¿Observándola por la noche? —Donny mira a Maureen cuando digo esto.

Ella se encoge de hombros. —¿Yo no sé nada de eso? —dice.

—Quizá deberíamos hablar con Patrick sobre esto —sugiere Donny.

Aprieto los dientes. *Odio* los comentarios como ese, donde los hombres asumen que el "hombre de la casa" sabe más. Como si todavía estuviéramos anclados en el pasado cuando las mujeres ni siquiera podían tener propiedades. Una casa no necesita un hombre y aunque lo tenga, ¿de qué va a servir cuando no ha visto nada?

—Puedo contarle todo lo que necesita saber —digo bruscamente.

Donny asiente y saca su teléfono, probablemente para tomar nota. —Lo investigaré, pero esto realmente suena como el modus operandi de los chicos Springfield.

Parece que está a punto de marcharse, pero antes de hacerlo, Maureen habla de nuevo.

—Está embarazada, ¿sabes? —dice—. Intentaron matarla, y está embarazada. Podrían conseguir cadena perpetua doble por eso, ¿verdad? La policía debería acusarlos como es debido, ¿no? Doble.

Donny mira a la anciana con un ligero destello de irritación en sus ojos. Me da la impresión de que Maureen le ha hecho muchas sugerencias policiales como esta.

—No te preocupes por esas cosas, Mo. Ese es mi trabajo en todo esto, ¿recuerdas?

Ella resopla con desdén antes de asentir. —Bien, bien. Pues ve a sacar tus fotos de la escena del crimen. Ve directamente allí. Necesito saber que estás tras ellos.

Con otro asentimiento resignado, Donny se vuelve hacia mí.

—¿Necesita algo? Iré directamente a la granja después de salir de aquí y les haré saber que los estoy vigilando. Tendrían que estar locos para intentar algo de nuevo esta noche. Pero si quiere pasar la noche en un hotel, quizá sea buena idea. Siempre puede decidir cuando Patrick esté en casa.

Estoy a punto de preguntar cómo sabe el nombre de Patrick, pero Maureen también lo sabía cuando llegamos aquí. Supongo que así son las cosas en el campo.

—Está trabajando en este momento. Pero vuelve esta noche —digo, recordándome a mí misma que todavía no lo he confirmado con él. Antes, no sabía si necesitaba que estuviera conmigo o si podía seguir adelante sola, pero después de este incidente estoy harta. Quiero que mi marido esté en casa. El trabajo tendrá que quedar en segundo plano—. Le preguntaré qué quiere hacer.

—Bien. Eso estará bien. Pídale mi número a Mo, por si necesita llamarme.

Asiento. —Lo haré.

Un momento después, se ha marchado.

37

Solo cuando Donny se marcha me doy cuenta de que en realidad no preguntó adónde ir, pero supongo que no es tan sorprendente. Al igual que con el nombre de Patrick, aquí todo el mundo sabe todo y es muy probable que Maureen le contara muchos detalles por teléfono. Después de todo, yo no estaba en condiciones de escuchar cuando ella me trajo aquí por primera vez.

Sin preguntar, Maureen coge mi taza y va a rellenarla.

—Supongo que deberíamos darle media hora más o menos —dice—. ¿Quieres llamar a Patrick? Puedo sacar a Brutus al patio si necesitas algo de espacio.

—Gracias —asiento. Con una ligera sonrisa, silba fuertemente y Brutus corre hacia la puerta trasera. Mientras salen, saco mi teléfono y lo sostengo en mi mano.

No quería necesitar a Patrick. Quería demostrar que podía arreglármelas sin él. Y en circunstancias normales, podría hacerlo. Pero esta no es una circunstancia normal. Casi pierdo la vida. No me hace débil querer a alguien a mi lado mientras la policía investiga esto. Incluso si esa persona es un mentiroso infiel. Un mentiroso infiel al que amo con todo mi corazón.

He oído decir que la gente es infiel por alguna razón, y a veces esa razón es simplemente que son personas viles sin inteligencia emocional, pero no creo eso de Patrick. Quizás me perdí algo. Quizás hay una razón por la que me ha hecho esto y quizás... con suerte, podemos superarlo. Eso es lo que quiero hacer, me doy cuenta.

Quiero saber por qué ha hecho esto y, si podemos, quiero superarlo juntos. Quiero criar a nuestro hijo en el tipo de familia que nunca tuve. Solo espero que él también lo quiera.

Con el corazón en la garganta, marco su número. Tarda un par de tonos antes de contestar.

—Hola, iba a llamarte en un rato —dice—. ¿Cómo estás?

—Han incendiado el estudio.

—¿Qué?

—Los chicos de Springfield. Prendieron fuego al estudio mientras yo estaba dentro. Me encerraron.

Oigo su jadeo reverberando a través de la línea. —¿Qué demonios, Im? ¿Qué? Voy para casa ahora mismo.

El alivio de sus palabras me inunda, aunque respondo casi reflexivamente. —No hace falta que hagas eso. La policía está en casa ahora. Donny, el que investigó antes. Y estoy con Maureen.

—¿Estás con Maureen? ¿Y estás segura de que estás a salvo?

—Ella fue quien me sacó con su extintor —le digo.

—¿Lo hizo?

—Sí. Gracias a Dios que estaba allí.

—Joder... Mierda... Pero estás bien, ¿verdad? ¿Necesitas ir al hospital?

—No, estoy bien. Estoy bien —digo, aunque mi pulso está de nuevo tan alto que es difícil creer que sea cierto. Mientras lucho por saber cómo continuar la conversación, las lágrimas llenan mis ojos.

—Sabes que te quiero más que a nada, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé, y yo siento lo mismo.

—Y nunca haría nada para hacerte daño. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto, Im. Siento mucho no haber estado ahí para ti.

No es exactamente la respuesta que esperaba, pero al menos es el mismo sentimiento.

—Mira, voy a ver qué tan rápido puedo terminar todo este trabajo y estaré en casa lo antes posible, ¿vale? Solo cuídate, ¿de acuerdo? Tienes que cuidarte. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Un momento después, la línea se corta, y me quedo ahí, mirando la pantalla de mi teléfono. Patrick me quiere. Lo sé. Y no es solo por las palabras que dijo. Escuché el miedo y el dolor en su voz. El puro pánico ante la idea de que pudiera estar herida. Sea quien sea con quien estaba hablando ayer por teléfono, debo haber malinterpretado. Tiene que ser así.

Dejo el teléfono en el brazo del sillón y me seco las mejillas con el dorso de las manos. Una parte de mí ya lamenta haberle dicho a Patrick que no necesitaba venir directamente a casa, ya que ahora o tengo que quedarme en casa de Maureen hasta que él llegue o enfrentar la casa sola, y no estoy segura de qué opción es preferible. Tiene que haber una tercera opción, pero antes de que pueda pensar cuál es, la puerta se abre y Maureen y Brutus vuelven a entrar en la casa.

Su expresión está fruncida en un ceño y sus labios están tan apretados que mil arrugas se extienden desde ellos.

—Creo que cometí un error —dice en voz baja—. Creo que hice algo malo.

38

Mientras Maureen está ahí de pie, Brutus continúa meneando la cola, pero ella ni siquiera extiende una mano hacia él. En su lugar, sus ojos están fijos únicamente en mí.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —pregunto.

Ella niega con la cabeza. —Estaba fuera y podía oír a Donny al teléfono, hablando del estudio y esas cosas, y me puse a pensar en el candado. Estaba caliente, ¿sabes?, no podía tocarlo. Así que necesitaba algo para agarrarlo, y usé mi bufanda para sujetarlo, pero ahora me pregunto si fue mala idea. Quiero decir, no podrán sacar ninguna huella dactilar, ¿verdad? Es una prueba que he destruido. La gente se mete en líos por destruir pruebas, ¿no?

No sé si reír o llorar. Tiene razón, las huellas dactilares en el candado bien podrían haber sido justo la prueba que necesitábamos para encerrarlos, pero también parece preocupada por meterse en problemas por destruir pruebas. Teniendo en cuenta que no estaría viva si no lo hubiera hecho, me alegro muchísimo de que lo hiciera.

—Sospecho que usaron guantes —digo—. Además, habrá otros lugares de donde puedan sacar huellas, como el secador que manipularon.

Asiente, pero parece solo parcialmente tranquilizada por mis palabras. —Deberían haberse marchado el año pasado —dice—. Si hubiera armado más escándalo, ido a la prensa quizás...

—Estoy segura de que hiciste todo lo que pudiste —digo, acercándome a ella y poniendo una mano en su brazo—. Tú no

tienes la culpa de nada de esto.

—Simplemente lo odio. Vayas donde vayas, siempre hay alguien con todo el poder. Cuando crecía, eran los Ridings. Gente desagradable, la verdad. Todas las familias estaban aterrorizadas de caer en su lista negra. Tenían muchos negocios, ¿sabes?, y si no les gustabas, no podías conseguir trabajo. Aunque no crecí en un sitio como este, no. Donde yo estaba había bandas y matones.

—Suena como donde yo crecí —digo.

Sus ojos encuentran los míos y una ligera sonrisa se dibuja en la comisura de su boca. —Ah, bueno, entonces lo entiendes. Simplemente tenías que agachar la cabeza y seguir con tu vida. Entonces, si tenías suerte, te dejaban en paz, te permitían salir adelante. Pero los Springfield, son como de otra especie. Quiero decir, su familia no es solo rica, son inteligentes. Tienen influencias en las altas esferas. Y si así es como son cuando no te has cruzado con ellos, no quiero ni imaginar cómo serán si lo haces.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Se siente como algo de una mala película de mafia, donde me he metido en el territorio de otra persona sin saberlo. Pero no voy a dejar que me venza. Me niego a hacerlo.

Respiro profundamente y miro a Maureen directamente a los ojos.

—Hablaba en serio cuando se lo dije a Donny. Patrick es abogado, y no va a dejar pasar esto. Vamos a poner todo nuestro empeño para asegurarnos de que esos chicos Springfield nunca más te aterroricen a ti, a mí o a cualquier otra persona. Se han metido con las personas equivocadas.

Esta vez su sonrisa se mantiene un poco más firme antes de transformarse en una risita.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? —pregunto.

—Nada —dice, continuando con su risa—. Es solo que nunca pensé que conocería a una vegetariana que realmente me caería bien.

39

Solo cuando Maureen se ofrece a cocinarme algo —otra patata asada— me da la impresión de que no quiere que me quede aquí únicamente por mi propio beneficio. No lo había pensado hasta ahora, pero es obvio que ella también está conmocionada por el incidente. Acaba de apagar un fuego en una habitación con una mujer posiblemente embarazada dentro. Eso no puede haber sido fácil de afrontar, especialmente cuando todavía está lidiando con su propio trauma de cuando incendiaron su cobertizo. Claramente necesita a alguien con quien hablar, que la reconforte un poco, y estoy dividida. Todavía hay algo en ella que me inquieta. A veces, siento que no puede mirarme directamente a los ojos. Y luego está Brutus. Una palabra suya y juro que me arrancaría la garganta. Pero ella me salvó la vida. No estaría aquí sin ella. Si eso no merece pasar un par de horas al día conociéndola mejor, entonces no sé qué lo merecería.

—Así que tú y Donny sois cercanos —pregunto—. Debéis serlo si te llama tía Mo.

—Bueno, en realidad él miró esta casa al mismo tiempo que yo, pero acabó comprando una en el pueblo de la carretera.

—¿Cómo acabaste aquí? Dijiste que no es como el lugar donde creciste. Y tu acento, es del norte, ¿verdad?

—De Mánchester, de pura cepa. Pensé que estaría allí para siempre, pero luego recibí un dinero del seguro y, bueno, ahora estoy aquí.

Mi respuesta inmediata sería preguntar para qué era el dinero del seguro, pero me contengo. No parece lo más adecuado entre vecinos.

—¿Y qué hay de Donny? Supongo que también tiene familia en el pueblo. ¿A qué se dedican?

—Oh, Donny es todo sobre la familia. Muchísimo. Todo lo que hace es por la familia. Tienen mucha suerte de tener a un hombre así cuidando de ellos.

La forma en que habla es casi efusiva, como si estuviera personalmente orgullosa del hombre que es Donny, aunque no puedo imaginar que ella tenga mucha influencia ahí. Aunque, si se mudó aquí hace casi veinte años, debía de tener poco más de veinte. La mayoría de las casas del pueblo cuestan más de medio millón. Siempre he sabido que los policías tienen buenas pensiones, pero no me daba cuenta de que los salarios fueran lo suficientemente buenos como para permitirse una hipoteca así. Aunque, ¿quién dice que su mujer no es la que más gana en la familia?

Unos diez minutos después de oír el coche de Donny alejándose, pongo mis excusas.

—Debería volver. Como dijo Donny, no hay posibilidad de que sean lo bastante estúpidos para intentar algo esta noche, y no quiero que Patrick se preocupe si vuelve a casa y no estoy allí.

—Bueno, ya sabes dónde estoy si cambias de opinión —dice—. Y esto ha sido agradable. No la primera parte, pero hablar contigo. Conocerte. Lo he disfrutado.

—Sí, yo también.

—Y no te preocupes, Donny se encargará. Nunca nos ha fallado.

El hecho de que los pirómanos locales sigan sueltos significa que no estoy completamente de acuerdo con la afirmación de Maureen, pero no digo nada. En su lugar, le doy un rápido abrazo.

Cuando me dispongo a irme, mi mirada cae sobre el extintor en el alféizar de la ventana. Es uno de los tres que hay en la habitación. Otro está junto a la chimenea, mientras que un tercero está justo al lado de la puerta.

—Maureen —digo—. ¿Te importaría si me llevo uno de tus extintores? Solo hasta que consiga uno propio. Ya sabes, por si vuelven.

—Por supuesto que no —dice, dirigiéndose con decisión y cogiendo el que estaba mirando—. Ahora, querrás recordar el PASS cuando lo uses.

—¿Perdona?

—PASS. "Pull out the pin", sacar el pasador; "aim", apuntar; "squeeze", apretar; y "sweep", barrer. Es un pequeño acrónimo útil.

—Sacar el pasador, apuntar, apretar y barrer —repito mientras me imagino haciendo las acciones—. Gracias, Maureen. De verdad lo agradezco.

—Bueno, solo espero que no tengas que usarlo. —La anciana sonríe tristemente.

—Yo también —digo—. Yo también.

Mientras camino a casa, el aire frío me muerde la piel. Hoy es la antítesis de ayer en términos de clima. Nubes grises y ninguna evidencia de sol detrás de ellas. No puedo creer que solo hayan pasado dos días desde que nos mudamos aquí. ¿Cómo puede pasar tanto en dos días? Y no es probable que se calme tampoco. En algún momento, la policía querrá interrogarme adecuadamente y luego está el embarazo en el que pensar. Puede que falten dos días más hasta que deba hacerme la prueba, pero con cada hora que pasa se siente más y más como una conclusión inevitable que estoy embarazada. Como dijo Maureen sobre su hermana, es casi como si pudiera sentirlo en los huesos.

Intento centrarme en eso —en las cosas buenas que me esperan en el futuro, y habrá muchas. Lo sé. Sin embargo, cuando miro mi nuevo hogar, mi mente retrocede a ese momento: al recuerdo de mi hombro empujando la puerta y encontrándola cerrada, a ese primer olor a humo que juro que todavía se aferra al fondo de mi garganta. Ya no creo que Maureen esté completamente loca por repintar su casa. Lo entiendo. Ese olor persiste, y con él, los recuerdos que preferiría olvidar.

No me molesto en abrir la verja; en su lugar, me deslizo por el hueco del lateral. Hasta este momento, ni siquiera había pensado en

cómo iba a entrar en la casa —no tengo mis llaves; las dejé dentro mientras trabajaba en el estudio. Pero dejé la puerta trasera sin cerrar con llave.

No me hace mucha ilusión ver el estudio negro por el humo, especialmente cuando solo la vista de la casa fue suficiente para causarme un flashback, pero no hay otra solución. O rodeo la casa por detrás o vuelvo a casa de Maureen. Al menos, eso es lo que pienso, hasta que piso el camino y me quedo paralizada.

Se me cierra la garganta y la piel de gallina que se me pone en los brazos no tiene nada que ver con el frío. No hay necesidad de ir por detrás. La puerta principal está actualmente abierta unos siete centímetros.

40

Puedo oír mi corazón martilleando contra mi caja torácica. La garganta se me está secando tan rápido que me resulta imposible tragar.

No salí por la puerta principal. Sé que no lo hice. No he estado en la parte delantera de la casa en todo el día, y esta mañana no estaba abierta. Lo comprobé cuando buscaba la forma en que esos cabrones se habían metido en la casa durante la noche. La puerta estaba definitivamente cerrada con llave y, sin embargo, ahora está abierta unos siete centímetros, y no puedo apartar la mirada.

¿Podría ser Donny? Donny no tiene llave de la casa, y ¿para qué necesitaría entrar? El fuego estaba en la parte trasera. Podría haber entrado por la puerta abierta de atrás y haber caminado hasta la entrada, pero ¿por qué? ¿Quizás para comprobar si había alguien en la casa? Es posible.

Por otra parte, ¿quizás Patrick volvió a casa antes de lo esperado? Descarto la idea casi tan rápido como se forma. Patrick fue en coche a la estación, lo que significa que volvería conduciendo. No hay señal de su coche. Entonces, ¿qué?

Un nudo espeso se me aloja en la garganta. No oigo ningún ruido procedente del interior, pero eso no significa que no haya alguien ahí dentro. O peor. Varias personas. La cuestión es, ¿cuántas? Maureen se refería constantemente al grupo de pirómanos como "los chavales de Springfield" pero nunca especificó cuántos eran.

Avanzo un poco, solo para detenerme. ¿De verdad quiero entrar ahí? ¿De verdad quiero entrar en mi casa con la posibilidad de enfrentarme a cualquier número de intrusos, cuando hace solo dos horas temía por mi vida?

No, no quiero. Pero quizás debería. Quizás esta sea la prueba que necesito —pillarlos allanando la morada— para encerrarlos de una vez por todas. Dejo el extintor, luego saco mi móvil y lo pongo en modo vídeo. Mientras pulso grabar, sostengo el teléfono frente a mí antes de dar otro paso adelante y abrir la puerta del todo.

—¡Sé que estáis ahí! —grito—. Sé que intentáis asustarme. Y no funcionará.

Espero, con el brazo extendido hacia el pasillo mientras muevo el teléfono de un lado a otro, esforzándome por escuchar cualquier ruido. Pero no hay nada. Nada más que el silencio de la casa.

Aun así, mi pulso no disminuye cuando doy un paso dentro. El suelo cruje bajo mis pies, y aprieto más el agarre de mi teléfono. No hay nada. No hay nadie aquí. Donny debe haber dejado la puerta abierta. Eso es lo que pienso hasta que un golpe seco resuena desde la parte trasera de la casa y me llega hasta los huesos.

Mi estómago da un vuelco y quiero salir corriendo, pero necesito atraparlos. Necesito tener la prueba de lo que han estado haciendo.

—¡He llamado a la policía! —grito—. La policía sabe lo que habéis hecho, y os van a detener.

Se oye otro golpe, uno tras otro, y con el corazón dando volteretas, entiendo exactamente qué son esos sonidos. Son pisadas. No tengo ninguna duda. Alguien está aquí.

—Necesitáis abandonar mi propiedad —digo, bramando con una fuerza que no siento—. Salid ahora mismo de mi propiedad. Mi marido es abogado, y vais a caer por mucho tiempo, creedme.

Mi corazón está latiendo tan fuerte que debe estar magullándome el pecho, mientras que mi pulso golpea contra mis tímpanos con tanta fuerza que me lleva un momento darme cuenta de que las pisadas se han detenido. Contengo la respiración, sin estar segura de qué hacer a continuación, cuando, sin previo aviso, la puerta del salón se abre de golpe.

La figura que aparece es una cabeza más alta que yo, pero su complexión es delgada, aunque es su cara de la que no puedo apartar los ojos.

—Venga ya, ¿vas a usar conmigo lo de "mi marido es abogado"? ¿En serio? —Una sonrisa burlona aparece en su rostro—. Estás hablando de mi padre.

41

Es una joven extraordinariamente atractiva. Siempre lo he pensado. Tiene la altura de Patrick, pero la complexión delgada y el pelo oscuro de Arabella. Sus ojos son de un color avellana claro, tan claro que parecen ámbar derretido, mientras que su piel es de un hermoso tono dorado —aunque, a diferencia del color de pelo y ojos, estoy segura de que esa parte viene de un bote. Dientes blancos, labios rojos. No es de extrañar que tenga a tanta gente comiendo de su mano, pero lo único que quiero hacer yo es darle una bofetada en la cara.

—¿Qué demonios haces en mi casa? —siseo, dando un paso hacia dentro y deteniendo la grabación en mi móvil antes de bajar la mano.

—Vaya, esa no es forma de recibir a tu hijastra favorita. Pensaba que te alegraría verme.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Cuándo has llegado?

Se encoge de hombros. —Oh, llevo aquí un ratito ya. Solo estaba dando una vuelta. Conociendo el nuevo escondite.

¿Un ratito?

—¿Fuiste tú? —Mi temperatura desciende mientras avanzo hacia ella—. ¿Lo hiciste tú? ¿Acabas de intentar matarme?

Niego con la cabeza mientras intento ordenar mis pensamientos. Tendría sentido. Podría haber entrado por la puerta principal con su llave esta mañana y abierto todos los armarios, solo para ponerme nerviosa. Luego, cuando el truco del secador no funcionó ni provocó

un incendio como ella había imaginado, optó por el enfoque menos sutil de prenderle fuego ella misma. Me abalanzo sobre ella, intentando agarrar la parte trasera de su chaqueta para echarla por donde ha venido.

—¿Qué demonios? —dice, apartándome de un empujón—. ¿Qué coño te pasa?

—Sal de mi casa. *Sé* que fuiste tú. ¡Sé que lo hiciste todo!

—¿De qué hablas? Solo llegué hace cinco minutos. Cinco minutos. Eso es todo.

—Entonces, ¿dónde está tu coche?

—¡Cogí un taxi desde la estación! Me dejó al final del camino. No pensé que sería una caminata tan jodidamente larga.

—No te creo. —Todavía estoy intentando agarrarla, pero ella sigue moviéndose. Ahora está en la cocina. En la parte de la casa donde había estado esta mañana cuando me dio el primer susto del día. También tiene sentido por qué no vi a nadie atravesando el jardín cuando prendieron el fuego. Simplemente habría entrado por la puerta principal otra vez, suponiendo que hubiera salido de la casa. Podría haber estado escondida dentro de una de las habitaciones libres todo el día. Observándome. La idea me dan ganas de vomitar.

Retrocedo, con los labios curvados en una mueca de desprecio.

—La policía vino, ¿sabes? Vinieron y recogieron pruebas. Irás a la cárcel por esto. Es intento de asesinato. Tu padre no podrá impedirlo. Ni querrá hacerlo. Esta vez has ido demasiado lejos. Te repudiará.

Prim es la que niega con la cabeza y se ríe. —No sé de qué hablas, pero estás loca —dice.

—No, no lo estoy. Ahora, dame tus llaves. —Me abalanzo sobre ella otra vez, esta vez intentando agarrar sus bolsillos—. ¡Devuélveme mi llave!

—Quítame las putas manos de encima —dice, pero no lo hago. No la suelto. Ella se retuerce y me empuja hacia atrás, y para alguien tan delgada, es mucho más fuerte de lo que parece.

—Mi padre se va a enterar de esto —sisea—. Siempre supe que estabas mal de la cabeza, pero esto es una locura. ¡Loca de mierda,

aléjate de mí!

—¡Devuélveme mi llave!

Voy a agarrarla, pero ella balancea el brazo y su puño me alcanza en la mandíbula. Me tambaleo hacia un lado, sujetándome con las manos antes de golpear la encimera. Si hubiera sido una fracción de segundo más tarde, me habría golpeado en el estómago. Habría golpeado a mi bebé.

Me doy la vuelta para enfrentarme a Prim, con la cara ardiendo de calor.

—Si vuelves a ponerme una mano encima a mí o a mi bebé, te juro por Dios que seré yo quien vaya a la cárcel y tú estarás bajo tierra. ¿Lo entiendes? Me da igual. Lo haré. Si nos haces daño otra vez, acabaré con tu vida.

Prim retrocede. Por primera vez desde que la encontré en mi casa, hay un destello de miedo en su rostro. Por fin me ha escuchado. Puede ver que no estoy bromeando. Que voy a hacerla responsable de lo que ha hecho.

Pero cuando abre la boca, las palabras salen tartamudeando de sus labios. —No... no puedes estar embarazada —dice—. No puedes. Él no nos haría eso. No nos haría eso.

42

Toda su bravuconería ha desaparecido. Parece que está a punto de llorar. De hecho, estoy casi segura de que lo está. Sus ojos están vidriosos por las lágrimas mientras su labio inferior tiembla muy levemente.

—Estás mintiendo —dice, con la voz temblorosa—. Estás haciendo esto para manipularle. Él no haría eso. No tendría un bebé contigo.

—¿Qué? No puedes creer eso. No puedes. —Respiro hondo, tratando de calmarme. Sigo jodidamente furiosa, pero también estoy en pura incredulidad—. Hemos hecho fecundación in vitro, Prim. Llevamos meses con ello. Fue idea de tu padre. Ya sabes, para acelerar las cosas, porque eso es lo que él quiere. Lo que ambos queremos. Una familia. ¿Pensaba que te lo había dicho?

Cuando surgió por primera vez la conversación sobre la fecundación in vitro, le pregunté a Patrick cómo le iba a comunicar a Prim que tenía la intención de formar una familia conmigo, y su respuesta fue algo así como "Yo me encargo". En ese momento no le di muchas vueltas. Es su hija, no la mía. Asumí que él sabría la mejor manera de planteárselo. Aparentemente, optó por la técnica de la evasión. Sospecho que quería esperar hasta que realmente hubiéramos concebido, lo cual tiene sentido en muchos aspectos. Excepto que ahora soy yo quien tiene que darle la noticia a una joven muy enfadada y muy inestable.

—Es muy reciente. Estoy segura de que iba a decírtelo pronto —digo, sin saber por qué estoy intentando consolarla. No cuando hay una muy buena posibilidad de que ella estuviera detrás del incendio.

Su labio deja de temblar y su mandíbula se tensa. Las lágrimas en sus ojos desaparecen, reemplazadas por una rabia ardiente.

—¿Por qué? —sisea—. ¿Por qué tenías que entrar en nuestras vidas? Eran felices antes de ti. Se querían antes de ti. Lo has arruinado todo.

—No se trata de ti —digo, negando con la cabeza ante su obtusa ingenuidad. Sé que estaba en un internado, pero seguramente habría visto las grietas en la relación de sus padres—. Tu madre le hacía miserable. Controlaba su vida.

—¡No! ¡No! —Su voz se quiebra—. ¡No lo hacía! Eran un equipo. Él la adoraba. *Siempre* la adoraba. Ella le quería y él la adoraba. Todo era perfecto, ¡y luego tú lo estropeaste!

Es extraño. Estoy frente a una mujer adulta —veintiún años de edad— y físicamente, parece una adulta. Pero la forma en que habla es como una niña pequeña que solo quiere que sus padres permanezcan juntos para siempre y no acepta que son personas independientes con sus propios sentimientos que considerar.

Por un segundo, siento una punzada de compasión hacia ella. Tal vez me habría sentido así si mis padres hubieran estado juntos realmente. Si tuviera algún recuerdo de los tres, quizás también me habría resultado difícil dejarlo ir. Pero por muy triste que sea ver a Prim así, mi lealtad no está con ella. Está con Patrick, y a pesar de nuestro bache actual, sé que él es 100 por ciento más feliz con Arabella fuera de su vida y conmigo en ella.

—Mira, entiendo que esto sea difícil para ti. El cambio siempre es difícil. Pero este bebé va a ser tu hermano. Un hermanito o una hermanita.

—¡No! —Niega con la cabeza ferozmente—. No, no puede ser. Él todavía la quiere. Sé que todavía la quiere.

—Prim, seguramente quieres que tu padre sea feliz, ¿no?

—¡Él era feliz con *ella*! —Las lágrimas caen por sus mejillas—. Siempre fue feliz con ella. Sé que no era fácil... Tiene sus días oscuros, sus días bajos, pero todo el mundo los tiene de vez en

cuando. Ha pasado por mucho. Se suponía que él debía permanecer a su lado a través de todo. ¡Se suponía que debía quedarse con ella!

Me cuesta contenerme para no reírme ante la idea de los días bajos de Arabella. Solo puedo imaginar que surgen de cosas como no poder conseguir una reserva de última hora en su restaurante favorito o romperse un tacón de diseñador.

Aun así, he visto muchas facetas de Prim desde que su padre y yo nos juntamos hace dos años. La Prim socialité. La Prim mimada y egocéntrica. La Prim maliciosa, conspiradora y celosa. Pero nunca había visto este lado: la Prim con el corazón roto. La Prim vulnerable.

—Nunca quise que estuviéramos enfrentadas, Prim —digo en voz baja—. Todo lo que siempre he querido es que tu padre sea feliz.

Ella se burla. —Ni siquiera le conoces lo suficiente como para hacerle feliz. Te propuso matrimonio después de cuatro meses. ¿No te parece extraño? He tenido relaciones más largas que eso. De hecho, todas mis relaciones han sido más largas que eso, y no habría aceptado casarme con ninguno de ellos.

—Es diferente cuando eres mayor...

—¡Estás más cerca de mi edad que de la suya, por el amor de Dios! —Su cabeza cae y pienso en acercarme a ella, pero dudo, y cuando vuelve a mirarme, su labio está curvado, listo para otro comentario hiriente.

—Él le compró un anillo, ¿sabes? Un anillo de eternidad. Dos semanas antes de dejarla.

—¿Qué?

—Le dio a mamá un anillo de eternidad. Platino. Docenas de diamantes. Debe haber costado una fortuna. Más que tu anillo de compromiso. Ella todavía lo lleva ahora. Todavía lleva todos sus anillos.

—Es su prerrogativa —digo, tratando de que el comentario no me duela. No es un reflejo de Patrick o de mí o de nuestra relación. Es Arabella de nuevo, tratando de controlar la situación, o al menos las partes que puede controlar. Que, ahora mismo, parece ser Prim.

—¿Verdad? Pero, ¿por qué? ¿Por qué haría eso? ¿Por qué haría eso, a menos que, en algún nivel, supiera que terminaría con ella?

Creo que por eso lo hizo. Porque lo sabía. Sabía, en el fondo, que tú y él no duraríais. Eres una aventura, un poco de diversión, y cuando se canse, volverá con ella, y ella le aceptará. Porque así es como funciona el amor verdadero. No como sea esto a lo que estáis jugando.

Me muerdo el interior de las mejillas, evitando decir algo de lo que me arrepentiré. No es que no crea que se lo merece, pero esta es la hija de Patrick, la media hermana de mi hijo, y sea lo que sea lo que nos esté pasando en este momento, necesito recordar no hacer nada irreversible. Aun así, eso no impide el chirrido de celos en mi pecho, y el recuerdo de la noche anterior invade mi mente: Patrick, diciéndole a alguien por teléfono que les amaría para siempre. Si no estaba hablando con Prim, ¿entonces tal vez era Arabella?

Aparto la idea. Es absurdo, y no voy a dejarme arrastrar por sus juegos. En cambio, tomo una larga respiración.

—Tu madre puede seguir llevando todos sus anillos —digo—, pero tu padre solo lleva uno. El que le di el día de nuestra boda. El que dice "Amor siempre", porque eso es lo que nos prometimos el uno al otro. Así que lo siento si esto te duele, porque tu dolor significa que tu padre también sufre, y eso es algo que nunca quiero que ocurra. Pero esta es mi casa, y si vuelves aquí, llamaré a la policía.

Los ojos de Prim se estrechan mientras sus labios forman esa mueca demasiado familiar.

—No te preocupes, no pensaba quedarme. ¿Por qué demonios querría alguien quedarse en un agujero de mierda como este?

Se mueve para pasar por mi lado y marcharse, pero la agarro por la parte superior del brazo.

—¿La llave, Prim? Quiero mi llave.

Con un bufido, saca su llavero del bolso, lo manipula durante un minuto, luego golpea la llave sobre la mesa antes de mirarme a los ojos.

—Te arrepentirás de hacer esto, de interponerte entre mi familia. Tú y tu bebé os arrepentiréis.

—¿Me estás amenazando? —digo—. Porque si es así, por favor continúa. Es más evidencia para llevar a la policía.

Ella se burla. —Oh, no te estoy amenazando. Solo te estoy preparando.

43

Cuando la puerta se cierra de golpe, me desplomo en la silla del comedor. Mi cabeza cae entre mis manos mientras mi corazón sigue latiendo con fuerza. ¿Qué demonios está pasando? Debería haber sabido cómo reaccionaría Prim ante el embarazo, y probablemente no fue una idea sensata hablar con ella a solas, sin Patrick presente, especialmente cuando aún no me he hecho la prueba. Pero claro, nunca habría acabado en esta situación si Patrick no le hubiera dado una llave. O si realmente hubiera hablado con ella sobre nuestros intentos de tener un bebé juntos, tal como me dijo que haría.

Cojo un vaso de agua con la esperanza de que alivie las pulsaciones detrás de mis sienes, pero no tengo muchas expectativas. No estoy segura de cuánto de este dolor es puramente físico y cuánto es mi cuerpo reaccionando a todo este estrés. Probablemente sea una combinación de ambos.

Al mirar mi reloj, veo que son casi las cinco. El día ha desaparecido y, aparte de la taza de té y las galletas aplastadas en casa de Maureen, no he comido nada. Mi estómago gruñe furioso, pero no me muevo. Todo lo que hay en la nevera son los antipasti viejos de la noche anterior, y no soporto la idea de salir de casa otra vez. No es que sea un trayecto largo hasta el supermercado. Es simplemente que cada vez que salgo, ocurre algo más, y no estoy segura de poder soportarlo. Lo que quiero hacer es esperar hasta que Patrick llegue a casa, apoyarme en su hombro y soltar todas las lágrimas que he estado conteniendo. Pero no sé cuándo va a llegar,

así que, en su lugar, me dirijo al salón con un cuaderno de bocetos y espero.

Los dibujos que creo están sombreados y cargados. Árboles que se inclinan, figuras borrosas y llamas que se arrastran por los bordes. Solo es un boceto, una imagen minúscula de lo que realmente voy a crear, pero Orla quería algo oscuro y eso es definitivamente lo que va a conseguir aquí. No es que vaya a mostrárselo a Orla. No, ella quemó sus puentes conmigo cuando fingió visitarme por amistad. Quizás si hubiera sido honesta cuando llegó, habría sido algo que podríamos haber solucionado, pero toda esa amabilidad no era más que manipulación, y no me sienta bien que me manipulen.

Con un boceto terminado, paso al siguiente y luego a otro más. Una burbuja de orgullo crece dentro de mí. Esta colección va a ser una de las mejores que he creado. Puedo sentirlo, y estoy medio tentada de ir al estudio y empezar a trabajar en ella, pero recuerdo la ventana rota, la puerta manchada de humo y el hecho de que no quiero salir de casa hasta que Patrick regrese. Así que, en vez de eso, sigo dibujando, dejando algunas páginas solo medio garabateadas y completando contornos mucho más detallados en otras. Cuando echo un vistazo a mi teléfono, me sorprende ver lo tarde que es. Ya son las siete y media, y afuera está completamente oscuro. He pasado más de dos horas solo garabateando. Patrick dijo que llegaría a casa tan pronto como pudiera terminar, pero ¿a qué hora será eso? Él quería quedarse en Londres para trabajar hasta tarde y con Patrick eso significa pasada la medianoche. No se quedaría allí hasta entonces, ¿verdad? No cuando sabe por lo que he pasado.

El leve respiro que me ha proporcionado dibujar se desvanece. El silencio de la casa envuelve las paredes. En mi mente, veo la figura de pie en el campo. ¿Estará allí ahora, observándome? ¿Por qué no hice lo que Donny me dijo y me registré en un hotel? No es demasiado tarde para irme, por supuesto, pero Patrick podría estar a punto de llegar. Cojo mi teléfono y le llamo.

—Hola, preciosa, acabo de subir al coche —responde a mi pregunta sin necesidad de que la formule, y es imposible no

sentirme aliviada—. Quería irme antes, pero llegaré en veinte minutos como mucho. A menos que quieras que recoja algo de comida. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo más? ¿La policía te ha informado si los han atrapado?

Niego con la cabeza. —Tú solo ven a casa. Podemos pedir comida a domicilio. Y no, no he oído nada. Pero Prim ha venido de visita.

—¿En serio? —su voz se eleva sorprendida—. ¿Qué quería? ¿Sigue ahí?

—No, se ha ido. Patrick, le conté a Prim lo del bebé. No estaba contenta. Para nada.

—¿Ya te hiciste la prueba? ¿Estás embarazada? —No puedo decir si la conmoción en su voz es positiva o no.

—No, pero creo que lo estoy.

—Vale, pero no deberías hacerte ilusiones. No hasta que te hayas hecho una prueba.

Tiene razón. No debería. Pero no quiero hablar del bebé ahora, de todos modos. Quiero volver al tema de Prim.

—Patrick, Prim me dijo algo. Algo extraño. ¿Le regalaste a Arabella un anillo de eternidad dos semanas antes de dejarla? —Hay silencio al otro lado de la línea. Es todo lo que necesito para confirmarlo—. ¿Por qué? ¿Por qué harías eso? ¿Por qué le darías a alguien un regalo así? ¿Es porque sabías que lo nuestro solo iba a ser una aventura y al final volverías con ella?

—¿Qué? ¡No! —Esta vez no hay retraso en su respuesta—. ¿Eso dijo Prim? No fue así en absoluto. No lo fue. No sé. Supongo que tenía la cabeza hecha un lío.

Su respuesta no hace mucho por mi confianza. —Dijiste que cuando estabas conmigo, tenías la cabeza más clara que nunca. Que no tenías ninguna duda de que estábamos destinados a estar juntos —sé exactamente lo desesperada que sueno, pero no puedo evitarlo. Esa maldita llamada telefónica que escuché, y luego Prim, sin mencionar el maldito incendio. Mi cabeza está por todas partes —. Dijiste que las cosas con ella eran horribles. ¿Por qué le darías a alguien un anillo de eternidad si ibas a dejarla? ¿Y por qué Prim piensa que todo entre vosotros era absolutamente perfecto?

—Bueno, Prim no estaba allí, ya lo sabes. Cuando empezamos a estar juntos, ella ya estaba suspendiendo en la universidad. Quiere creer lo que quiere creer.

—Pero el anillo. Esa parte no se la inventó.

—No, no lo hizo. Pero no es como ella piensa. Ese anillo era de mi madre. Por eso se lo di.

Dios, esto me afecta aún peor que antes. Quiero vomitar. —¿Le diste el anillo de eternidad de tu madre? —Seguramente eso es aún peor que comprar uno.

—Mi madre y Arabella se llevaban bien. Muy bien. Ella siempre decía que no podía esperar a ver sus anillos en la mano de Arabella. Y así fue, con su anillo de compromiso y su alianza de boda también. Pero cuando se trataba del anillo de eternidad... Nunca se lo había dado a Arabella porque las cosas siempre eran muy complicadas. Supongo que no quería hacerle pensar que todo estaba bien. Luego estaba empacando mis cosas, preparándome para mudarme contigo. Listo para despedirme, y fue cuando lo vi. No se trataba de lo que Arabella quisiera, se trataba de mi madre. Ese anillo tenía que ver con ella. Por eso necesitaba que Arabella lo tuviera. ¿Sabes mejor que nadie que las cosas no siempre tienen sentido cuando se trata del duelo?

No creo que sea una pregunta que espere que responda. Patrick es una de las pocas personas que sabe exactamente lo que pasó cuando murió mi madre, pero eso no significa que hablemos de ello. En mi silencio, él continúa.

—Cuando lo encontré allí, sentí que ella estaría muy decepcionada conmigo. Ya sabes, por haberme enamorado de otra persona. Estaba dejando a la mujer con la que dije que pasaría el resto de mi vida, a quien ella había amado como a una hija. Necesitaba hacer algo para demostrarle que no había olvidado todo lo que ella dijo. ¿Tiene sentido? Probablemente no. Entiendo por qué pensarías que fue extraño, pero...

—Lo entiendo —digo, interrumpiéndole—. Claro que lo entiendo. Seamos sinceros, cuando se trata de hacer cosas extrañas por tu madre, yo no soy quién para hablar, ¿verdad?

No responde, pero de alguna manera, incluso durante una llamada telefónica, puedo ver la expresión en sus labios. La mezcla de culpa y dolor por tener que aliviar sus heridas pasadas, por no mencionar haciéndome pasar por las mías.

—¿Me perdonas? —dice—. Quizás debería habértelo contado, pero no pensé en ello. De verdad que no. Fue más un regalo de despedida que otra cosa.

—¿Arabella lo vio de esa manera?

Por primera vez desde que Patrick y yo comenzamos nuestra relación, siento un destello de tristeza por su ex mujer. Era una bruja, claro. Completamente indigna de él. Pero recibir un regalo así, y luego que tu marido te deje solo días después, debe haber dolido como el infierno.

—Creo que ella lo sabía, sí. Mira, hablaré contigo sobre esto cuando llegue a casa si aún quieres, ¿vale? Además, quizás deberías hacerte la prueba de embarazo cuando regrese. Puede que sea demasiado pronto, pero nunca se sabe.

—Quizás —digo.

—Vale, te veo pronto. Te quiero.

Cuando cuelgo, mi mente está casi tan confusa como antes. Estoy aliviada de que venga a casa, eso es seguro, y él no negó lo del anillo de eternidad. Eso también debe significar algo. Pero todavía voy a tener que confrontarle sobre la llamada telefónica. Sobre la lista de llamadas eliminada. La cuestión es, ¿lo hago antes o después de la prueba de embarazo?

44

—¿Imogen? —Su voz retumba en la casa un instante después de que oigo abrirse la puerta trasera—. ¿Dónde estás?

—Arriba. En el dormitorio —contesto.

Estoy sentada en el borde de la cama y tengo el test en la mano. Tenía que hacerlo. Sé que le dije a Patrick que esperaría hasta que él volviera a casa, pero necesitaba tener las respuestas antes de enfrentarme a él por lo que escuché en el teléfono. Ahora las tengo.

—Hola, tú —dice mientras entra en la habitación—. He visto el taller. Gracias a Dios que estás bien. ¿Qué estás...? —Se detiene a un metro de mí, con los ojos muy abiertos y la boca abierta—. ¿Lo has hecho?

Mi barbilla se inclina en un gesto afirmativo. —Lo siento. Es que...

—No tienes que disculparte. ¿Es... estás? —Se acerca poco a poco, como si tuviera miedo del trozo de plástico en mi mano y su ventanilla de esperanza o desilusión. Mi mirada vuelve a esa pequeña ventana. No he podido apartar los ojos de ella durante los últimos diez minutos, pero ahora es su turno de verla. Tragándome el nudo en la garganta, aprieto los labios y le entrego el test a Patrick.

Durante unos largos segundos, no hay más que silencio. Luego, el grito de alegría de Patrick se dispara en la noche mientras me levanta en sus brazos.

—¿Estoy embarazada? —Las palabras salen más como una pregunta que como una afirmación—. Estoy embarazada.

—¡Estás embarazada! —Sonríe, antes de cubrirse la boca con incredulidad—. ¡Vas a tener un bebé! ¡Vamos a tener un bebé!

Cuando planta sus labios sobre los míos, puedo sentir toda la alegría que emana de él. Cualquier duda que tuviera de que Patrick no quiere esto, no me quiere a mí, ha desaparecido. No se puede fingir ese tipo de emoción. No es posible.

Cuando finalmente se aparta, sus ojos están vidriosos por las lágrimas. —Te va a cambiar, ¿sabes? Ser padre te va a cambiar de formas que nunca has imaginado. Ya lo verás. De repente tienes a esta persona completamente nueva en tu vida por la que harías cualquier cosa. Cualquier cosa para protegerla. Es una locura.

—Ya puedo sentirlo —digo, colocando mis manos sobre mi vientre—. Es tonto, ¿verdad? No debería hacer esto. No debería encariñarme ya. ¿Está mal que me sienta conectada con él tan pronto?

—Claro que no. Has creado un ser humano. Tienes un ser humano creciendo dentro de ti. Esta es la mejor noticia. Es simplemente la mejor noticia. Todo está encajando en su lugar. Ya lo verás.

Me besa de nuevo, con mis manos aún atrapadas contra mi vientre. ¿Es cierto lo que ha dicho? ¿Haré cualquier cosa por este pequeño y nuevo ser humano que hemos creado juntos? Quiero creer que es cierto. No habría seguido este camino si pensara que no lo haría. Pero es difícil ignorar mi pasado.

Al separarnos, Patrick clava sus ojos en los míos y mi sonrisa vacila. —Sé lo que estás pensando —dice—. Sé por qué estás preocupada, pero no necesitas estarlo. No eres tu madre. Nunca podrías ser como ella. Y nunca harás lo que ella hizo. Apostaría mi vida a ello.

Aprieto los labios y tomo una larga bocanada de aire. Tiene razón. No lo soy. Sé que no lo soy. Ya tengo la edad que ella tenía cuando empezó a ir cuesta abajo, y aparte de aquel incidente, he estado bien. Además, ese incidente fue diferente. Tenía una razón

para actuar así. El trauma lo había causado. Todos los médicos lo dijeron.

—Vamos —dice Patrick, tirando de mi brazo para que levante la cabeza y lo mire—. Esta es una noche especial para ti. Una noche realmente especial. Vamos a salir a cenar para celebrarlo.

Instintivamente, giro la cabeza para mirar por la ventana. Está demasiado oscuro para ver algo ahí fuera, pero eso no cambia el humo en mi estudio o el trauma que tuve que pasar hoy.

—No estoy segura. Quizás no deberíamos salir de casa todavía.

—Está bien. ¿No dijo Donny que lo estaba investigando? Vamos. No te quedan muchas noches en las que puedas salir y celebrar cuando quieras. Me daré una ducha rápida, me cambiaré y estaremos listos para irnos.

No quiero salir. Quiero hablar con él. Hablar de mis miedos, pero también de mis esperanzas. Hablar de esa maldita conversación que le oí tener. Pero se le ve tan emocionado, y no es solo una noche especial para mí, también lo es para él, y está claro que esto es lo que quiere hacer.

—Vale, suena bien.

Su sonrisa se ensancha. —¿Por qué no buscas los mejores restaurantes de la ciudad? Sin escatimar gastos. Lo que quieras.

El sushi siempre es mi primera opción, pero ahora está descartado, aunque incluso si no lo estuviera, no estoy segura de que pudiera digerirlo. No estoy segura de qué puedo digerir, en realidad. Pero si vamos a un sitio como un restaurante italiano, seguro que habrá muchos platos de sabor neutro que no me revolverán el estómago. Solo tendré que comprobar primero qué puedo comer exactamente.

Mientras Patrick desaparece en la ducha, cojo mi teléfono, lista para buscar restaurantes locales, pero veo que ha llegado un mensaje. No hay nombre y puedo ver por el icono que hay una foto adjunta. Mi corazón da un vuelco. Tiene que ser de Donny. Quizás una foto de los chicos de Springfield detenidos. Algo relacionado con el caso, al menos. Pero cuando lo abro, me encuentro mirando la foto de un anillo.

La fotografía está en un ángulo que me permite leer la inscripción en el interior. Sé inmediatamente lo que estoy viendo. Es el anillo de boda de Patrick. Pero el mensaje no es de Patrick. Mi mano tiembla mientras leo las palabras*. Si ya han terminado, ¿por qué estaba esto en casa de mamá hoy?*

45

Toda la sangre desaparece de mi rostro mientras leo el mensaje una y otra vez. No necesito ningún nombre para saber de quién es. Prim. Me ha enviado una foto del anillo de boda de Patrick.

Un segundo después, llega el siguiente mensaje. Es una foto de un dormitorio. Un dormitorio lujoso, con una cama king-size y sábanas de seda que están hechas pero ligeramente arrugadas. En la mesita de noche hay dos copas de champán y se ha dibujado un círculo cerca de la base de una de ellas. Mi garganta se contrae mientras amplío la zona, aunque ya sé lo que me está mostrando: la posición del anillo.

—Solo está jugando contigo, Imogen —murmuro, intentando librarme de la tensión de mi cuerpo. Probablemente solo tomó una de nuestras fotos de boda y la manipuló para que pareciera que estaba en el dormitorio de Arabella. Después de todo, el fotógrafo de la boda tomó fotos de la inscripción en los anillos. No pensé que Prim las hubiera visto, pero tal vez Patrick se las mostró. Sí, eso tendría sentido. Él querría que su hija viera las fotos de su boda, ¿no? Intento tragar, pero tengo la garganta completamente seca y bloqueada por un nudo que se niega a desaparecer. Solo está reaccionando por lo de antes, me digo a mí misma, tratando de añadir lógica a la situación. Solo necesita contraatacar. Sentir que todavía tiene algo de poder. No hay forma de que Patrick volviera con Arabella. Especialmente ahora.

Con el teléfono firmemente en mi mano, me levanto y me dirijo al baño, donde abro la puerta de golpe. La habitación está llena de vapor por la ducha de Patrick.

—¿Eh? ¿Ibas a unirte a mí? —dice, sonriendo—. No hay mucho espacio aquí. Quizás tengamos que instalar una más grande.

—¿Dónde está tu anillo de boda? —pregunto, ignorando lo que acaba de decir—. No lo llevabas antes cuando estábamos mirando la prueba.

No sé si eso es cierto o no. Si es mentira, me lo mostrará y sabré con certeza que Prim solo estaba intentando provocarme. Si no... bueno, eso es un asunto completamente diferente.

Patrick cierra el agua, sale de la ducha y se envuelve con una toalla. Cuando bajo la mirada, veo la verdad. Su mano está vacía.

—¿Dónde está? —digo.

Él niega con la cabeza y gime.

—Mierda. Se me olvidó volver a ponérmelo.

—¿Por qué te lo quitaste? —pregunto, sorprendida por lo casual que se muestra.

—La fotocopiadora del trabajo está fallando. No pudimos conseguir que un técnico viniera a verla, así que lo intenté yo. No quería que el anillo se enganchara en algo. Ya sabes, se oyen todas estas historias de terror, ¿no? En fin, no pude arreglarla, pero lo intenté.

—¿No hay otras personas en la oficina que podrían hacer algo así? —Mi corazón late con fuerza, pero mi voz es firme. No voy a dejar que me despache con esto—. Arreglar una fotocopiadora no parece algo que haría uno de los socios del bufete.

—Era la fotocopiadora de mi despacho —dice.

—¿En serio?

—Sí, la mía personal. —La forma en que está ahí tan tranquilo, mirándome a los ojos, es suficiente para hacer que me hierva la sangre.

—Me estás mintiendo —susurro.

—Im, te juro...

—¡No me mientas!

Nunca le había gritado a Patrick. Ni una vez en los dos años que lo conozco. No soy el tipo de persona que grita, jamás. Soy el tipo que se retrae. Que se aleja tanto de una situación que se vuelve casi invisible. Pero no voy a dejar que se quede ahí y me mienta descaradamente. No cuando acabo de descubrir que llevo a su hijo dentro. Saco mi teléfono y se lo muestro.

—Tu anillo. Junto a la cama de Arabella.

—¿Qué demonios...? ¿De dónde has sacado eso? —Se responde a sí mismo antes de que yo pueda—. ¿Prim? ¿Te lo ha enviado Prim? —Intenta coger el teléfono, pero retiro la mano, impidiéndole que lo agarre.

—¿Estuviste allí hoy? ¿Estuviste en casa de Arabella? ¿Es ella a quien le dijiste que amarías para siempre por teléfono anoche?

—Tú oíste... —Se detiene, pero ya es demasiado tarde.

—Lo oí, Patrick. Oí lo que dijiste. —Las lágrimas caen por mis mejillas, pero no hago ningún intento de secarlas—. ¿Por qué, Patrick? ¿Por qué?

Se muerde el labio inferior y sus ojos se dirigen hacia sus pies mientras el agua corre por ellos y forma un charco en el suelo del baño. Mi corazón siente como si mil agujas hubieran sido clavadas en su centro. Ya sé lo que va a decir.

—Necesito que me dejes explicarte, Im —dice en voz baja—. No es lo que piensas.

46

N*o es lo que piensas.*

Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras permanecemos en el baño, con la piel de gallina extendiéndose por el torso descubierto de Patrick. *No es lo que piensas*. ¿Cuándo han precedido esas palabras a algo que quieras oír? *No es lo que piensas - fue algo de una sola vez. No es lo que piensas - no significó nada. No es lo que piensas.*

Pero lo es, ¿verdad? Solo hay una forma de ver esto, y está claro exactamente lo que está pasando.

Voy a tener un bebé con Patrick, y él está teniendo una aventura con su exmujer. Su controladora, manipuladora e inestable mujer. La idea es suficiente para que mi adrenalina se dispare. Mi respiración se vuelve superficial y un escalofrío helado se extiende por mi piel, pero me obligo a inhalar y permanecer en el momento. No voy a derrumbarme por esto. No es ahora cuando me colapsaré en un ataque de pánico. Él no se lo merece. No se merece nada. Yo, por otro lado, merezco respuestas y voy a conseguirlas.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando?

—No es...

—¡No te atrevas a decirme eso otra vez! —siseo—. Te quitaste la alianza en casa de tu exmujer. Y la dejaste en su mesita de noche, junto a dos copas de champán. Yo diría que es exactamente lo que pienso. Y tengo razón sobre la llamada telefónica, ¿verdad? Cuando dijiste que siempre la amarías, estabas hablando con Arabella, ¿no?

Su expresión lo dice todo.

—¡Joder! —Niego con la cabeza.

¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo se ha ido mi vida a la mierda en cuestión de días? La semana pasada, me mudaba al campo con mi marido, a quien adoraba y en quien confiaba completamente, lista para comenzar este nuevo capítulo de mi vida. Ahora, mi agente no quiere trabajar conmigo. Estoy siendo aterrorizada por un grupo de lugareños a los que ni siquiera he conocido y estoy esperando un bebé de un hombre del que claramente no sé nada. Todo lo que creía saber se está desmoronando.

—Me voy —digo. No sé adónde voy, y ni siquiera me importa. Solo quiero salir. Alejarme de Patrick y de esta maldita casa.

Me doy la vuelta, lista para marcharme, cuando él me agarra de la mano. —Realmente no es lo que piensas —dice, haciéndome girar para mirarlo.

—Quítame las manos de encima —gruño—. Quítame las manos de encima ahora.

Él mira hacia abajo, y su ceño se arruga, como si estuviera sorprendido de encontrarse sujetándome. Pero aunque afloja su agarre, no me suelta completamente. —Por favor, necesitas dejarme explicarte.

—¿Te refieres a escabullirte con excusas?

—¡No! No me refiero a eso. Digo explicar. Tienes razón, yo *estaba* hablando con Arabella por teléfono anoche y *sí* le dije que la amaría para siempre, y quizás estuvo mal, porque no lo decía en serio, no de la manera que tú crees. Pero necesitaba decírselo. Igual que necesitaba verla hoy. No porque quiera estar con ella, sino porque se está muriendo, Imogen. Arabella se está muriendo.

47

Patrick me mira con los ojos vidriosos por las lágrimas. Su voz se vuelve más suave mientras continúa repitiéndose. —Se está muriendo —dice otra vez—. Arabella se está muriendo.

Me quedo ahí, sin saber qué hacer, cuando él se acerca a mí. Sigo sin moverme, incluso cuando apoya su cabeza en mi hombro y comienza a llorar.

Permanecemos allí juntos —yo sin saber si debería moverme, Patrick sollozando sobre mi camisa— y dejamos que el tiempo pase a nuestro alrededor. La culpa me invade. ¿Cómo pude haber dudado de él? Este es el hombre que rompió el corazón de su hija por mí. Que aguantó las burlas a sus espaldas cuando se convirtió en el cliché del hombre mayor que se había enamorado de una mujer más joven. Es la persona que me ha acompañado a cada consulta médica, sin importar sus propios compromisos, mientras intentábamos formar nuestra propia familia. Y dudé de él. Dudé de él cuando solo intentaba hacer lo correcto. Es lo único que siempre intenta hacer, y siempre lo he sabido. Es lo que más amo de él, por el amor de Dios. Pero la única vez que realmente tuve que confiar en él y depositar mi fe en él, sin vacilar, no pude hacerlo.

En algún momento, sus lágrimas se detienen y se endereza, se limpia los ojos y me mira. —Lo siento. Sé que no debería sentirme así. No debería. Es ridículo estar tan afectado, después de todo lo que me hizo, pero es la madre de Prim. Es la madre de mi hija, y se

está muriendo. Cuando pienso en lo mucho que esto va a destrozar a Prim, yo... yo... —Su voz se quiebra de nuevo.

—Lo siento —digo. Las palabras no parecen adecuadas, pero son las únicas que se me ocurren. Aunque hay otra pregunta que necesito hacer. Una que, a juzgar por mi visita sorpresa de hoy, ya conozco la respuesta—. ¿Prim lo sabe?

—No. —Niega con la cabeza—. Arabella no se lo ha contado a mucha gente. Creo que solo hay otra persona que lo sabe además de mí. Una amiga que ha estado yendo a las consultas con ella. No quiere que Prim lo sepa. Ya nos ha costado bastante mantener a esa chica a flote. Creo que esto sería la gota que colmaría el vaso.

Nunca le había visto tan gris. Tan cansado. Tan derrotado. Quiero creerle, al 100 por cien. Y le creo. Creo que Arabella está enferma, y por eso le dijo que la amaba. Pero todavía hay algo que está haciendo que mi estómago se revuelva con tanta ferocidad que me está dando náuseas. Después de todo, si Patrick estaba dispuesto a decirle a Arabella que todavía la amaba, porque sabía que era lo que ella necesitaba oír, ¿qué más estaría dispuesto a hacer? El solo pensamiento es suficiente para hacerme sentir enferma, y no quiero considerarlo, pero tengo que estar segura.

—Te quitaste la alianza de boda en su dormitorio. Había copas de champán allí. ¿Por qué? Eso no tiene sentido para mí, Patrick. Si lo único que estabas haciendo era apoyarla, ¿por qué harías eso?

Asiente solemnemente. —Estaba bebiendo en su dormitorio cuando llegué. Bueno, más bien borracha. Sabía que yo iba. Le había prometido que iría cuando hablamos anoche y por eso había abierto una botella de champán y quería que brindáramos por nuestra vida juntos. —Parece que va a continuar, pero en lugar de eso, se hunde las manos en el pelo mientras niega con la cabeza. Cuando vuelve a mirarme, tiene los ojos enrojecidos por las lágrimas que están a punto de brotar—. Entiendo lo jodido que es todo esto, Im. Te lo juro. Pero no hice nada con ella. Te lo prometo por tu vida. Por la vida de este bebé. La vista de mi alianza de boda la disgustaba. Quizás no debería habérmela quitado, quizás debería haber sido más firme con ella, pero estaba preocupado. Preocupado de que hiciera algo, así que me la quité. Simplemente la olvidé. Te

prometo que eso es lo que pasó. Nunca haría nada para herirte de esa manera. Sabes que te quiero. Sabes que sí. Pero Arabella... sigue siendo mi familia. Es la madre de Prim, así que siempre lo será, y sabes que haré cualquier cosa por mi familia.

Expulso el aire de mis pulmones en un suspiro. —¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo? —pregunto—. ¿Cuánto le queda?

Niega con la cabeza. —Dijo que sabía que estaba enferma desde hace meses, pero los médicos le dijeron que la recuperación era poco probable. —Se ríe con amargura—. Eso básicamente le dio permiso para rendirse, al menos en su cabeza. En vez de recibir tratamiento, está fingiendo que nada va mal. Viajando, bebiendo. Ha vuelto a fumar. Es un completo desastre.

—¿Cuándo te enteraste? —pregunto.

—Anoche. Fue la primera vez que supe de esto, e iba a contártelo esta noche. Te lo prometo. Iba a hacerlo. Pero entonces me llamaste por lo del incendio, y luego resulta que estás embarazada, y es increíble, pero joder, está pasando mucho ahora mismo. Así que lo siento, siento haber dejado mi anillo allí, y siento no haberte contado la verdad sobre lo que pasó anoche. Pero te prometo que estoy contigo en esto. Al cien por cien. ¿Vale? Somos tú y yo. Siempre.

Sus manos están apretando las mías con tanta fuerza que mis nudillos están presionados entre sí, pero no le digo que me suelte. Necesita eso. Necesita la seguridad de que estoy ahí para él. Ahora puedo sentirlo, más que nunca. —¿Qué vas a hacer? ¿Cuándo le vas a contar a Prim? —pregunto.

Niega con la cabeza. —No me corresponde a mí. Yo se lo diría ahora mismo, ya sabes, para que ambas tengan la oportunidad de despedirse apropiadamente. Pero Arabella no quiere eso, y no puedo ir en contra de sus deseos. No ahora.

—Lo entiendo —digo, antes de añadir las otras palabras que le debo—. Y lo siento. Siento no haber confiado en ti.

Asiente y deja que una pequeña sonrisa se dibuje en sus labios.

—Bueno, esa no era exactamente la celebración que había planeado para esta noche. —Se ríe—. ¿Qué quieres hacer ahora?

¿Quedarnos en casa? ¿Salir? Tú eliges. Lo que necesites, estoy aquí para ti. Siempre estaré aquí para ti. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento. —Siempre estaremos el uno para el otro —digo.

48

No salimos a celebrar mi embarazo como habíamos planeado. En su lugar, Patrick pide comida a domicilio y charlamos. De vez en cuando sobre el bebé, pero la mayor parte del tiempo, Prim y Arabella dominan la conversación, incluso más que el incendio en el estudio. Sabes que algo serio está ocurriendo cuando eclipsa una experiencia cercana a la muerte. Pero mi experiencia fue precisamente eso: *casi* mortal. A Arabella, por otro lado, le han dado su sentencia de muerte.

—¿No quiere luchar? —digo—. ¿Por el bien de Prim, si no por el suyo propio?

Él niega con la cabeza. —Dijo que tiene miedo de perderse a sí misma con el tratamiento. Ya sabes, convertirse en una anciana frágil.

—¿Pero y si consigue unos meses más?

—Creo que, en su cabeza, unos meses más de lucha, dependiendo de los demás, sintiéndose débil... no merece la pena para ella. Sé que es un momento terrible para nosotros con el bebé, pero creo que voy a tener que estar ahí para ella. Al menos parte del tiempo.

Solo hay una respuesta que puedo dar y, sorprendentemente, es la que quiero ofrecer. Quiero darle a Patrick todo el apoyo que necesita.

—Lo entiendo. De verdad. ¿Ahí es donde ibas a pasar esta noche?

—Iba a ir a la oficina. Ponerme al día con el trabajo que realmente necesito hacer. Pero pensé que quizás tenerme allí por la noche la convencería de contárselo a Prim. —Resopla ligeramente—. Dios, decirlo así hace que parezca que iba a chantajearla emocionalmente...

—No suena así en absoluto —le aseguro—. Entiendo perfectamente de dónde vienes. Y lo siento mucho. Siento mucho que tengas que lidiar con esto.

—Arabella ha enfrentado cosas bastante difíciles en el pasado. Nos ocuparemos de esto —dice.

Asiento con la cabeza y me pregunto, no por primera vez, si se refiere a algo específico. A menudo menciona cómo él y Arabella sobrevivieron a algún "desastre", pero la forma en que habla de ello siempre me da la impresión de que quiere dejarlo en el pasado. Y lo entiendo. Entiendo tener una historia de la que no te gusta hablar. Y no tiene sentido sentir celos de cualquier momento compartido que haya tenido con su ex esposa. Fuesen cuales fuesen, los lazos que formaron no fueron lo suficientemente fuertes para mantenernos a él y a mí separados.

—Iba a volver mañana —dice, interrumpiendo mis pensamientos —. Después del trabajo. Pero entiendo si tienes algún problema con eso. Y no llegaré tarde a casa.

—Yo...

—Siempre puedes venir a trabajar conmigo —dice antes de que pueda pronunciar una palabra—. Ya sabes, si te preocupa estar aquí sola. Pero realmente no creo que debas estarlo. Vi un par de coches de policía no muy lejos en la carretera. Obviamente están patrullando por aquí para asegurarse de que no ocurra nada más. Estoy seguro de que ahora que los niños ya han sacado las bromas de su sistema, habrán terminado. Lo que me recuerda, he pedido un sistema de cámaras de seguridad. Debería llegar pasado mañana. Lo instalaré tan pronto como llegue.

—Gracias. Y estaré bien. Quiero ordenar el desastre en el estudio. Ver qué tan grave es el daño. Creo que está bien, pero probablemente trabajaré en la casa en su lugar. Y pensé que podría

preguntarle a Maureen si quería venir también. Ya sabes, un poco de seguridad en números.

—Eso suena como una buena idea. Y de ahora en adelante, te diré cada vez que la visite. No más secretos, ¿vale?

—¿Y nada de noches en Londres? —pregunto. Por muy reconfortante que sea saber que la policía se está tomando esto en serio, realmente no quiero pasar la noche sola.

—Estaré en casa todas las noches. Te lo prometo. —Me besa antes de poner una mano en mi vientre—. Confía en mí, todo va a salir bien. Lo presiento.

49

A la mañana siguiente, Patrick y yo salimos de casa al mismo tiempo. Él para ir a trabajar, yo para ir a hacer la compra.

—Si me necesitas, llámame. Vosotros dos seguís siendo mi prioridad. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé —suena poco convincente, incluso para mí misma.

Él arquea las cejas.

—Lo sé —digo—. Está bien. Supongo que simplemente no es el embarazo que esperaba.

—Oh, espera a que nazcan. Nada de tener un recién nacido es como se espera —se ríe, pero no puedo corresponderle.

—No estoy segura de si eso debería hacerme sentir mejor o no.

Con su sonrisa aún en su rostro, me besa en los labios. —Será increíble. Te lo prometo. Y recuerda comprobar qué puedes comer. Seguro que encuentras una lista en internet.

—No te preocupes, ya tengo una.

En el supermercado, aparco en el primer sitio que veo y salgo del coche, pero apenas he cerrado la puerta cuando alguien empieza a gritarme. —¿Qué estás haciendo ahí? Sí, te estoy hablando a ti —Me giro para encontrarme con una mujer pequeña con un carrito de bebé mirándome con desprecio—. No puedes aparcar ahí —dice—. Es una plaza para padres con niños —Señala el cartel en el suelo, el carrito pintado en azul—. Estos espacios son para personas que

realmente los necesitan, ¿sabes? Niños, o mujeres embarazadas o algo así.

Mi mente estaba tan llena del embarazo y la inminente llegada de nuestro pequeño que aparcar en ese espacio me había parecido lo más natural. No pensé cómo sería percibido.

—Yo... yo lo estoy —digo, poniendo mi mano contra mi estómago, aunque no hay absolutamente nada que lo demuestre. Después de apenas comer los últimos días, probablemente he perdido peso en lugar de ganarlo.

La nariz de la mujer se contrae mientras me mira con desdén. —Menudo desperdicio de espacio, algunas personas —murmura antes de darse la vuelta.

Por un segundo, considero gritarle, decirle que *estoy* embarazada y que, por tanto, debería poder usar estas plazas también. Pero, de nuevo, quizás eso no sea cierto. Hay personas mucho más embarazadas que yo, personas que no pueden caminar tan fácilmente o que necesitan meter y sacar niños de las sillas del coche mientras hacen malabares con bolsas de la compra, llaves y todo lo demás con lo que los padres tienen que lidiar. Estoy segura de que si veo a alguien con mi aspecto aparcando aquí dentro de nueve meses, también me cabrearé. Aun así, decido dejar el coche y entrar en la tienda.

Parece que hay madres y niños por todas partes. Dondequiera que mire hay otro niño en un carrito. A veces están con sus padres o abuelos, pero mayormente son madres con niños. Por mucho que desee que el estereotipo no se mantenga, lo hace, y duele. Estoy segura de que mi madre me habría llevado a las tiendas cuando era pequeña. Sé que tenía sus problemas, pero no puedo creer que fuera como la vecina que teníamos que simplemente dejaba a su hijo cuando salían por la noche. Pero quizás lo era. Quizás ahí fue donde comenzaron todos mis problemas y ni siquiera podré recordarlo.

Cuando termino, me apresuro de vuelta a mi coche, por si la mujer todavía está por los alrededores.

De camino a casa, me siento inesperadamente baja de ánimo. El embarazo hace eso, lo entiendo. Altera todas tus hormonas, pero la

FIV ya ha estado haciendo eso durante meses. Es el hecho de que no quiero volver a la casa lo que me está haciendo sentir así. No he sabido nada de Donny, y aunque me gustaría pensar que no tener noticias son buenas noticias, es difícil creerlo en esta situación. Después de todo, si hubiera habido un arresto, estoy segura de que me lo habría hecho saber.

¿No es así como se supone que debo sentirme, verdad? ¿Nerviosa por dirigirme a casa, aterrorizada por lo que me espera? ¿Preguntándome si mi marido volverá a casa conmigo o pasará la noche con su ex mujer? No, no estoy preocupada por eso. Patrick lo dijo tan claramente antes. Yo soy su prioridad, no ella, pero ¿qué pasará cuando Prim descubra que la FIV tuvo éxito y ella también le necesite? ¿Cómo va a elegir entre un hijo que realmente le necesita y uno que ni siquiera ha nacido todavía?

Al llegar a los caminos rurales, mis sentimientos de melancolía van acompañados de nerviosismo. ¿Cuánto tiempo se supone que debo seguir nerviosa en mi propia casa antes de admitir que mudarnos aquí fue un error? Si vendiéramos ahora, perderíamos mucho dinero. Los honorarios legales, los del agente inmobiliario... sería un golpe financiero. Pero podría recuperarlo con bastante facilidad, ¿no? Otra exposición, una subasta en línea... Claro, Orla no quiere tratar conmigo ahora, pero hay mucha gente que sí lo haría. Además, siempre podría vender en línea como Patrick y yo discutimos. Pero recuperar mi cordura... eso lleva mucho más tiempo. Ahora lo sé.

Aparco en el carril y abro la verja. La lluvia de anoche ha convertido el suelo en barro, y solo empeorará durante el próximo mes más o menos. Una verja eléctrica ahora ha pasado a encabezar mi lista de prioridades, junto con el sistema de seguridad. Crucemos los dedos para que llegue mañana.

Siento un alivio inesperado cuando encuentro la puerta aún cerrada. La mitad de mí esperaba que estuviera abierta de nuevo, con Prim esperando dentro. O los chicos de Springfield. O quien fuera que me estuviera *observando* desde el campo. Las manos me duelen por el peso de las bolsas. Sé que no voy a llegar hasta la

cocina. Las asas se están clavando en mis palmas con tanta fuerza que parece que van a romper la piel.

Dejo caer las bolsas en la entrada y llevo solo una a la cocina. Pero no llego más allá del umbral. Me quedo paralizada. Alguien ha estado en la casa y me ha dejado un mensaje. Un mensaje que hace que se me hiele la sangre.

50

Ni siquiera sé cómo sigo de pie. Mis rodillas han perdido toda su fuerza y puedo sentirlas temblar, desesperadas por dejarme caer al suelo, pero de alguna manera avanzo poco a poco. Mis ojos permanecen fijos en el objeto frente a mí que reposa sobre la mesa de la cocina. No hay duda de lo que es: una corona fúnebre. Flores blancas, perfectamente dispuestas para formar un nombre. *Mi* nombre.

Una arcada involuntaria hace que me atragante, pero sigo caminando hasta que estoy justo a su lado. No hay ni un solo pétalo amarillento o marchito a la vista. Solo docenas y docenas de inmaculadas flores blancas. Aunque he visto muchas de estas en mi vida —en floristerías o al pasar junto a cortejos fúnebres en coche— solo he estado lo suficientemente cerca para tocar una antes. La de mi madre. La diferencia entre aquella y esta es que mi madre realmente estaba muerta. Esto es solo una amenaza. Una muy clara.

Respiro hondo, intentando mantener la mente serena. Necesito permanecer aquí, en el momento presente. Al menos ahora sé que esto no fue ninguna broma. Quien prendió fuego a mi estudio —fueran o no los chicos de Springfield— no esperaba que saliera. Ese nunca fue su plan. Su plan era que yo muriera allí. Y esta corona lo confirma.

Con la mirada aún fija en las flores, me muevo alrededor de la mesa. Mantengo una gran distancia, como si pudiera saltar de la mesa y volar hacia mí. No sabía que fuera posible tener tanto miedo

a objetos inanimados, pero en este momento, es exactamente lo que siento.

No estoy segura de qué estoy buscando exactamente. Quizás una tarjeta. Una nota manuscrita con una caligrafía identificable que la policía pudiera usar para identificar a mi atormentador. O simplemente el nombre de la floristería, para poder localizarla. Pero lo que encuentro es mil veces peor.

Mis manos vuelan a mi boca mientras intento ahogar mi jadeo, pero no impide que las lágrimas rueden por mis mejillas. No solo entraron en mi casa y dejaron una corona con mi nombre. Hay un segundo arreglo floral también, y aunque no habría creído que fuera posible, es aún más siniestro. Docenas de flores han sido colocadas muy juntas para formar la figura de un osito de peluche. No necesito haber asistido a muchos funerales para saber que este es el tipo de tributo que se haría para un niño que ha fallecido. Quienquiera que sea, también quiere a mi bebé muerto. Esto ha ido demasiado lejos. Muchísimo más lejos.

Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Patrick para hacer una videollamada. Estoy aterrada de que esté con Arabella o en una reunión, pero estoy preparada para llamar cien veces si es necesario para contactar con él.

Por suerte, contesta inmediatamente. Pero en lugar de ver su cara, recibo una imagen borrosa, como estática de televisión antigua.

—Hola, ¿va todo bien? —pregunta.

—No, no, no va bien —giro la cámara para mostrárselo—. Esto estaba en la casa.

—¿Estás en vídeo? No puedo ver... acabo de entrar en el metro. ¿Qué me estás enseñando?

Me siento mal. —Es una corona, Patrick.

—¿Para la puerta? Suena bonito.

—¡No, no para la puta puerta! ¡Es una corona funeraria! ¡Del tipo que se le da a alguien cuando está muerto, y tiene mi nombre!

—¿Qué? —Desearía poder ver su cara, pero la señal es tan mala que la imagen sigue parpadeando y luego se vuelve negra en la pantalla—. ¿Qué quieres decir?

—¡Quiero decir que alguien entró en la casa e hizo esto! ¡Me están amenazando, Patrick! Me están amenazando. ¡Y también hay un osito de peluche! Los ositos son para *niños*, Patrick. ¡También están amenazando al bebé!

El silencio recibe mi respuesta. Sin preguntas. Nada. —Estoy de camino para ver a Arabella —dice finalmente—. Estaba muy disgustada cuando me llamó esta mañana. Creo que Prim se ha enterado.

Mi estómago se contrae, convirtiendo mis entrañas en un nudo de tensión. —¡Patrick, te necesito aquí!

—Lo sé. Estaba a punto de decir que daría la vuelta, ¿vale? No iré a verla. Me bajaré en la próxima estación y regresaré. Eso es lo que haré. No tardaré mucho. Lo prometo. Me subiré directamente al tren y volveré a casa, ¿de acuerdo? Pero no esperes en la casa. Y déjalo donde está, ¿bien? Deja las coronas donde están. No las toques. La policía querrá hacer fotos. Asegúrate de que quede exactamente donde está. No la has tocado, ¿verdad?

Niego con la cabeza antes de recordar que no puede verme. —No, no la he tocado.

—Bien. Pues déjala donde está y sal de la casa. Ve a casa de Maureen.

—¿Y si no está? —digo, imaginando el peor escenario. ¿Y si no está y quien hizo esto sigue aquí, escuchando la conversación?

—Si no está, espera en su portal y llámame. Me quedaré al teléfono hasta que ella vuelva a casa, ¿vale?

Asiento. —Vale.

—Iré a buscarte a casa de Maureen. No vuelvas a la casa hasta que sepamos qué está pasando. Seré lo más rápido posible. Te lo prometo. Te quiero, Im. Averiguaremos quién está haciendo esto, te lo prometo. No se saldrán con la suya.

—Yo también te quiero —digo—. Por favor, date prisa.

—Voy. Voy ahora mismo —dice. Un segundo después, su teléfono se corta.

51

Mientras dejo el teléfono sobre la mesa, me seco las lágrimas que corren por mi cara. Esto no es el tipo de broma que harían unos adolescentes aburridos. Este tipo de cosas requiere planificación. Habrían necesitado encargar la corona hace días, vigilar la casa para asegurarse de que no estábamos dentro, por no mencionar el dinero que habrían gastado en hacerla.

Esto ha sido premeditado.

Ni siquiera me molesto en desempacar la compra. Sé que hay cosas congeladas ahí dentro, pero me da igual. La comida puede reponerse, este bebé y yo no. Tampoco toco las flores. Patrick tiene razón. Necesito dejarlas exactamente donde están para cuando venga la policía a examinarlas. Y sinceramente, no *quiero* tocarlas. No me extrañaría que quien haya hecho esto las hubiera cubierto con algo que pudiera provocarme una reacción alérgica si intentara cogerlas.

Al salir, cierro la puerta de un portazo y compruebo que está cerrada cuando me viene un pensamiento. Quienquiera que fuese, entró en la casa sin romper nada, lo que significa que o bien es un experto forzando cerraduras o tiene una llave.

Siento un nudo en la garganta mientras vuelvo a entrar. Cuando Prim me devolvió la llave, ni me molesté en examinarla detenidamente. Estaba tan agradecida de que se fuera. La puse en la estantería y me olvidé de ella. ¿Pero y si ella sabía que eso es lo que yo haría?

Me lleva solo un minuto encontrar la llave. Mi corazón se retuerce en mi pecho porque ya sé lo que voy a ver. Pero para asegurarme, cojo mi propio llavero, las separo hasta encontrar la que quiero y las coloco una al lado de la otra.

Ambas son llaves Yale de latón, pero ahí terminan las similitudes. El eje de la mía es al menos medio centímetro más largo, y las muescas son mucho más detalladas. No hay posibilidad de que abran la misma cerradura. Cualquiera que sea la llave que Prim me dio, no era la de nuestra puerta principal. Lo que significa que ella todavía tiene su copia. Lo que significa que aún podría entrar en la casa.

—¡Joder! —grito. Debería haberlo sabido desde el principio. Mi primer instinto fue creer que ella era quien había incendiado el cobertizo y ahora tengo la prueba para demostrarlo. No me importa lo devastada que vaya a estar por el diagnóstico de Arabella, puede estar devastada desde una celda.

Intento llamar a Patrick otra vez, pero la llamada va directamente al buzón de voz. Sospecho que está llamando a Arabella, diciéndole que no podrá ir, pero no importa. La evidencia seguirá aquí para que él la vea cuando regrese.

Este conocimiento me aporta una pequeña sensación de alivio, pero aún no me apetece quedarme en la casa. Así que después de decidir que no voy a permitir que Prim sea responsable de que se eche a perder buena comida, guardo todo y sigo el consejo de Patrick de ir a casa de Maureen.

52

Son más galletas de mosca aplastada y té en casa de Maureen, pero sinceramente, no me importa. Hay algo en la sequedad de las galletas que ayuda a aliviar mis náuseas matutinas, y también me estoy acostumbrando al té demasiado dulce.

—Lo siento, cariño —dice Maureen, con gesto preocupado—. No he oído que los de Springfield hayan hecho algo así. Para ser sincera, siempre fueron el tipo de chicos de bromas físicas, ya sabes, romper ventanas, mover cosas. —Niega con la cabeza y chasquea los labios—. No, no suena como ellos. Aunque, claro, ahora son mayores.

—Creo que fue Prim —digo, con la voz más baja de lo que esperaba.

—¿Prim? —Maureen frunce el ceño.

—La hija de Patrick.

Su ceño se profundiza. —¿Por qué? ¿Es que no os lleváis bien?

Ni siquiera intento ocultar mi desdén. —No, no nos llevamos bien. Apareció en casa ayer, amenazando a mi bebé. También es la única persona que tiene una llave. Pensé que me la había devuelto, pero no lo hizo. Me engañó. Me dio otra. ¿Por qué haría eso a menos que estuviera planeando algo? Además, es la única persona que sabe del embarazo.

Ante esto, Maureen frunce los labios.

—Bueno, no puedo discutir lo demás, pero eso no es estrictamente cierto sobre lo del bebé.

—¿Qué quieres decir? Prim es la única persona a quien se lo he contado. Aparte de ti, claro. No quería decírselo. No fue por rencor ni nada parecido, pero me empujó y me preocupaba que pudiera hacerle daño al bebé. Así que se lo dije.

—Pero no es la única persona que lo sabe —dice Maureen—. ¿Recuerdas cómo lo estabas gritando cuando estabas encerrada en ese cobertizo tuyo? Fue entonces cuando me enteré. Estoy segura de que los chicos de Springfield también lo oyeron, si fueron ellos. Cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca lo habría escuchado. Y estoy segura de que hay otras personas que también se han dado cuenta. Suena tonto, pero la gente percibe estas cosas. Gente que te conoce. Como que no bebieras alcohol en mi casa. Los amigos lo habrían notado cuando actúas diferente. Alguien podría haberte visto comprar las pruebas de embarazo. Hay muchas personas diferentes que podrían haberse enterado sin que tú lo notaras.

Mi mente recuerda al hombre acechando en las sombras mi primera noche aquí. ¿Podría haberme oído gritar? Si merodear por aquí es uno de *sus pasatiempos*, entonces supongo que sí. Mi estómago se anuda más cuando pienso en Donny. Él también lo sabe, y aunque Maureen confía en él explícitamente, no sería la primera vez que un policía hace algo menos que legal. Pero eso no cambia el hecho de que solo Prim tenía la llave de la casa.

—Estoy absolutamente segura de que es ella —digo, posiblemente para convencerme tanto a mí misma como a Maureen.

—Bueno, tú la conoces mejor que yo, y obviamente alguien está haciendo algo. ¿No puedes pensar en nadie más que tenga algo contra ti?

—¿Contra mí? No. —Soy el tipo de persona que evita los conflictos a toda costa. No hay manera de que hubiera hecho algo que justificara esto sin saberlo.

—¿Ningún enemigo? ¿Competidores? ¿Nadie que se beneficiaría de verte sufrir así?

Es la palabra "beneficiaría" la que provoca una chispa en mi mente. Orla me ha estado suplicando que pinte una colección más oscura de nuevo. Quiere esas pinturas cargadas de emoción,

profundas, que hice después de que muriera mi madre. Pero no he hecho ese estilo desde antes de estar con Patrick. ¿Qué mejor manera de empujarme de nuevo a ese estado que haciéndome sentir que estoy cayendo en la locura?

Ella también sabía que estábamos haciendo FIV, y por la forma en que me resistía a levantar objetos pesados, podría haber sumado dos más dos. Y luego, si añado lo del secador... ella fue quien guardó todo. Habría tenido tiempo de sobra para cambiar el fusible y poner uno incorrecto mientras yo limpiaba las ventanas exteriores. Incluso podría haber tomado una impresión de mi llave para hacer otra. Ciertamente tiene la capacidad para hacerlo. O tal vez... Joder. Se conocieron. Por supuesto que sí. Se conocieron en la boda. Una boda donde ambas sentían que estaban perdiendo algo. Me tiembla tanto la mano que el té se derrama por encima de mi taza.

—Están trabajando juntas —digo, con la voz quebrada mientras escapan las palabras—. Orla y Prim están haciendo esto juntas.

53

—¿Orla? ¿Y esa quién es?

Mi cuerpo se estremece cuando la voz de Maureen me devuelve al momento presente.

—Orla —digo, forzando su nombre a salir de mi garganta con más claridad esta vez—. Es... es alguien con quien trabajaba antes.

—¿Ah sí? Entonces quizás deberíamos llamar a Donny. Darle un nombre con el que trabajar.

Niego con la cabeza. Maureen obviamente aprecia a Donny, y quizás sea lo bastante bueno tratando con cualquier caso de paisano que le asignen en el trabajo, pero el hecho es que este incidente ha ocurrido menos de veinticuatro horas después de que mi estudio fuera incendiado. Sé que Patrick dijo que había visto un coche de policía en la carretera anoche, pero si hubieran tenido más presencia, quizás Orla no se habría sentido lo bastante audaz para seguir aterrorizándome. No puedo evitar pensar que ya debería haberme llamado para una entrevista más formal. Entiendo que las cosas en el campo funcionan de manera diferente. Pero, ¿acaso el intento de asesinato no es intento de asesinato estés donde estés?

—Patrick dijo que esperáramos a que él volviera y entonces llamaría a la policía —digo—. Sé que probablemente llevará más tiempo que tratar directamente con Donny, pero creo que si pasamos por todos los canales posibles, quizás finalmente nos hagan caso.

Maureen asiente. —Tienes que hacer lo que sea mejor para ti —dice.

—Sí. Tienes razón. Tienes razón.

Dejo mi taza de té en la mesita auxiliar y me levanto.

—Perdona, Maureen. Solo será un segundo. Necesito hacer una llamada.

—Oh, no hay problema. Pondré la tetera. Para que tengas un té recién hecho cuando termines.

Entiendo que al moverse hacia la cocina, Maureen está intentando darme privacidad para hacer la llamada aquí, pero sé lo finas que son estas paredes, y esta no es una conversación que quiera que otros escuchen, así que cojo mi abrigo y salgo afuera.

No me molesto en dudar mientras bajo por los nombres en mi teléfono y pulso llamar al nombre de Orla.

—Im —dice alegremente—. Qué sorpresa tan agradable. No esperaba tener noticias tuyas.

—No, estoy segura de que no lo esperabas. —No tiene sentido molestarse con cortesías. Ha perdido ese derecho—. ¿No pensaste que lo descubriría?

—¿Descubrir qué? Lo siento, estoy confundida.

Me burlo. Es realmente divertido escucharla intentar actuar como si fuera toda inocente. —Esto se acaba, Orla. Lo esperaría de Prim. Siempre he sabido qué zorra es, pero tú se suponía que eras mi amiga.

—¿Prim? ¿Qué ha hecho ahora?

—Sé que eres tú y la policía también lo sabrá. En cuanto Patrick vuelva a casa, vamos a ir a la policía y vas a pagar por esto.

—Imogen, ¿de qué estás hablando?

—Puedes fingir todo lo que quieras, pero yo lo sé y no te dejaré salirte con la tuya. No funcionará. Tus juegos no funcionarán. ¿Lo entiendes?

—Imogen, yo... —Su voz tartamudea al otro lado de la línea. Tartamudear, seguro que eso es señal de que alguien está mintiendo.

—Para que lo sepas, si alguna vez vuelvo a ese estilo de pintura, que no lo haré, puedes estar completamente segura de que no me

representarás. No puedo creer que realmente pensara que eras mi amiga.

—Por favor, Im, no tienes sentido. —Puedo oír la falsa desesperación en su voz—. Estoy preocupada. ¿Estás bien?

Esta vez mi risa se forma por completo. —Deberías empezar a preocuparte por ti misma —digo—. La policía llegará pronto.

Con eso, cuelgo.

54

La sonrisa que aflora en mis labios se siente como libertad. Se acabó. Estos últimos tres días de horror han terminado. Orla es una mujer inteligente. No hay manera de que se arriesgue a hacer algo ahora que sabe que la hemos descubierto. Solo tengo que confiar en que tenía razón al creer que la policía podrá recopilar suficientes pruebas para encerrarla. El pensamiento me sacude. Orla entre rejas. Es algo que nunca podría haber imaginado, y mucho menos soñado que desearía, y sin embargo, es a lo que ella me ha empujado.

Con un peso menos sobre mis hombros, vuelvo a la casa de Maureen y la encuentro poniéndose su gruesa chaqueta encerada.

—¿Todo bien, querida? —me pregunta.

—Creo que sí. Sí, lo está —añado con un poco más de certeza—. Creo que he llegado al fondo del asunto. Creo que todo podría haber terminado ya.

—Bueno, esas son muy buenas noticias. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, pero iba a sacar a Brutus a pasear. Sería agradable tener compañía, si te apetece. ¿Quizás encuentres alguna vista que quieras pintar?

—Suena bien. Un paseo suena bien —digo. La rapidez con la que respondo me sorprende, pero la sonrisa que aparece en sus labios solo me hace estar más segura de que he tomado la decisión correcta. Quizás Patrick no estaba completamente equivocado con su comentario sobre la tía Maureen, después de todo. Ciertamente

ha sido más apoyo para mí que cualquier miembro de mi familia biológica.

—Perfecto —dice—. Voy a coger su correa y nos pondremos en marcha.

La desolación del día hace poco para borrar la belleza del campo. Hay audacia en los verdes que luchan contra la luz menguante, elegancia en las ramas que se alzan en siluetas definidas contra el manto del cielo.

—A ver, ¿por dónde vamos a ir, Brutus? —dice Maureen cuando llegamos a una bifurcación en el camino—. Nunca recuerdo qué dirección es mejor. Una es un recorrido corto, la otra es mucho más larga. ¿Cuál era cuál?

—Pensaba que habías hecho estos recorridos cientos de veces —digo, sorprendida por su confusión.

—¿Perdona? Ah, sí, claro que sí. Es solo el barro, ¿sabes? Un camino se mantiene seco, agradable y fácil. El otro está lleno de charcos y ciénagas. Eso es lo que lo hace más largo, ¿ves? —Mira alrededor y luego de vuelta a mí con una amplia sonrisa—. Bueno, parece que Brutus ha decidido por nosotras —dice, señalando hacia el perro, que ya va corriendo por delante—. Así que iremos por aquí.

No estoy segura si tomamos la ruta corta o la larga, pero el paseo dura poco más de una hora y cuando nos acercamos a Cedar Lane, mi cabeza se siente realmente despejada. No solo eso, sino que tengo hambre por primera vez en días. Creo que podría tolerar algo de comida más tarde. Quizás un plato de pasta con queso. Nada emocionante, pero algo para llenarme un poco. En algún momento, este niño no nacido va a necesitar nutrientes reales, nutrientes que no le he estado dando desde que descubrí que estaba embarazada. Ahora me alegro aún más de no haber tirado la comida congelada.

Mi buen humor mejora aún más cuando veo el coche en la entrada. No me molesté en llamar a Patrick para contarle sobre Orla. Pensé que le pondría al día sobre todo cuando volviera.

—Bueno, supongo que aquí te dejo —dice Maureen, deteniéndose frente a la casa. Pero antes de que pueda seguir

caminando, la rodeo con mis brazos, abrazando a la anciana tan fuerte como puedo.

—Gracias, Maureen. Gracias por todo.

Cuando la suelto, parece pálida por la sorpresa, y me invade el repentino impulso de disculparme. Después de todo, nunca sabes cómo se sienten las personas respecto al contacto físico, pero antes de hacerlo, ella sonríe y asiente.

—Cuando quieras, Imogen. Cuando quieras.

55

Patrick abre la puerta antes de que yo siquiera llegue a ella, aunque sus ojos no se posan inmediatamente en mí. En su lugar, se fijan en Maureen, que sigue en el camino detrás con Brutus, quien suelta varios ladridos fuertes, como ofreciendo una despedida. Un momento después, Patrick se adentra en la casa, dejándome seguirle.

—Patrick, ya sé quién está detrás de todo. Es Orla —digo—. Orla ha estado haciendo todas estas cosas, y Prim la ha estado ayudando. Creo que es para que volviera a mi antiguo estilo de pintura.

—¿De verdad? —Sus palabras salen como un suspiro mientras su espalda permanece hacia mí.

—Por eso vino, para hacer una copia de mi llave y poder hacerse una. No creo que volviera nunca a Londres. Creo que se ha quedado aquí. Si la policía puede demostrarlo, estoy segura de que será suficiente para que investiguen. —Espero a que me responda, pero no hay nada. Solo silencio—. Patrick, ¿está todo bien? —pregunto. Ni siquiera me ha preguntado cómo estoy—. Pareces... raro.

—¿Dónde están las flores, Imogen? —dice.

—¿Las flores? Estaban en la mesa de la cocina —digo—. En el centro.

Niega con la cabeza. —No hay nada aquí, Imogen. No había nada cuando entré.

—¿Qué quieres decir? —Le aparto para mirar la mesa. Está vacía. Nada. Ni flores, ni corona. Han desaparecido.

—Esto no tiene sentido —digo, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda—. Estaban aquí. Te lo juro por Dios, Patrick. Orla está haciendo esto para jugar conmigo. Sabes eso, ¿verdad?

Miro frenéticamente a mi alrededor. —Estaba en casa de Maureen. Fuimos a dar un paseo. Debe haberlas cogido mientras estaba fuera. Quizás las tiró a la basura. —Mi corazón late con adrenalina disparada mientras me giro para salir, pero Patrick me detiene.

—No hay nada en la basura, Im. Es el primer sitio que comprobé. Pensé que quizás las habías movido.

—Entonces se las llevó. Se marchó con ellas en coche. Puedo demostrarlo. Debe haber algunos pétalos por algún lado. Tiene que haberlos. —Intento caer de rodillas para examinar el suelo en busca de un solo pétalo blanco que confirme lo que vi, pero Patrick me sujeta con firmeza para que no pueda moverme—. Patrick, por favor. No lo entiendes. Puedo demostrártelo. Sé que puedo. Puedo demostrar que fueron ellas. Fue Orla y...

—¡Imogen, para ya! ¿No crees que has hecho suficiente?

—¿Qué?

Mi rostro se descompone y, por primera vez desde que he llegado a casa, miro directamente a Patrick. Su piel está amarillenta. Sus ojos entrecerrados.

—Orla me llamó de camino aquí, diciendo que estaba preocupada por ti. Que estabas despotricando. ¿Diciendo que la policía iba a por ella?

—¡Lo harán! Merece ir a la cárcel por su participación en esto. Nunca debí dejarla entrar en la casa.

—¡Nunca ha estado aquí, Imogen! —La voz de Patrick retumba por toda la cocina. Al igual que yo nunca le había gritado a Patrick antes de la otra noche, él nunca ha elevado el tono conmigo. Escucharlo hace que todo mi cuerpo se encoja.

—¿Qué? —Doy un paso atrás, sintiendo mi cabeza negarlo—. ¿De qué estás hablando? Ella estuvo aquí. Sabes esto. Me ayudó con el estudio y luego me dejó como cliente.

Aprieta los labios firmemente antes de soltar un largo suspiro.

—Pero eso no es cierto, ¿verdad? Hablé con ella. Cuando le comenté que estabas disgustada porque te había dejado como cliente, no sabía de qué le estaba hablando. Ha estado en Edimburgo la última semana.

—No, eso no puede ser cierto. Está mintiendo. Te está mintiendo para despistarte. Y sabe que Prim me odia. Sabe que podría conseguir que Prim le ayudara a hacer todo esto. Me están haciendo parecer que me estoy volviendo loca.

Patrick suelta una risa cortante, pero no es incredulidad, es ira. —¿De verdad vas a meter a Prim en esto después de lo que *tú* le hiciste a *ella*?

—¿Qué? ¿A qué te refieres con lo que *yo* le hice? ¡No le he hecho nada!

—La emergencia con Arabella hoy, la razón por la que tuve que ir a verla, fue porque Prim le contó lo que *tú* le hiciste ayer.

—¿Qué? —Niego con la cabeza, confundida, tratando de entender lo que está diciendo—. ¿Lo que yo hice? No hice nada. Ella vino a casa. Usó la llave...

—Sé que usó la llave. La que *yo* le di. Y aparentemente, pensaste que eso era razón suficiente para dejarla amoratada a golpes.

—¿Qué? —Mi voz se quiebra—. No lo hice... ¿De qué estás hablando? ¡No la golpeé!

Patrick saca su teléfono. —Hablé con ella por videollamada. No es que estuviese en condiciones de hablar mucho. He visto lo que le hiciste.

Puedo sentir el peso de su mirada, su ira, como puñales en mi pecho. Nada de esto tiene sentido. La forma en que me mira; está llena de asco, desconfianza y repulsión absoluta.

—Patrick, no lo entiendo. Juro que no hice nada.

—Quizás las fotos te refresquen la memoria —dice fríamente mientras me pasa su teléfono. La imagen en la pantalla es casi suficiente para hacerme vomitar. Es Prim, desde luego, pero no parece ella. Su ojo derecho está hinchado y cerrado. Tiene el labio inferior partido y toda la parte izquierda de su cara está moteada de negros y azules.

Jadeo. —¿Qué le pasó?

Patrick se burla. —¿En serio vas a jugar esa carta? Nos contó cómo la atacaste.

—¡No, no! ¡No lo hice! No la empujé... ella *se cayó*.

—¿No la empujaste para quitarle la llave? ¿Y cuando cayó, su cara se golpeó contra la encimera? ¿No recuerdas eso?

—¡No! Es decir, yo fui quien se golpeó contra la encimera, ¡pero me sujeté! Y sí, forcejeamos, pero me habría dado cuenta si ella se hubiera hecho daño, Patrick. Tienes que creerme. Yo no hice esto. Me habría dado cuenta si hubiese hecho esto.

Mientras niega con la cabeza, la oscuridad en sus ojos se desvanece de la ira a la derrota, y sus hombros caen hacia adelante.

—Realmente crees eso, ¿verdad?

—Sí, claro que lo creo, porque es la verdad.

—Al igual que lo de Orla viniendo de visita y las coronas fúnebres en la mesa.

—¡Sí! —No sé por qué esto es tan difícil. Nunca le he mentido, ¿y por qué demonios iba a mentir sobre cosas como estas?

Cierra los ojos antes de tomar una larga inhalación por la nariz. Casi como si se estuviera centrando para lo que viene a continuación.

—No hay flores aquí, Imogen. Orla ha estado en Edimburgo, y Prim está herida. Mira, no sé cómo decir esto de otra manera, pero estos últimos días, quizás incluso antes de empezar con la mudanza, con la FIV y toda esa presión... ha sido demasiado estrés para ti. Y ahora están las hormonas del bebé y obviamente también te están afectando. Creo que esto podría ser como cuando murió tu madre. Cuando enfermaste. Creo que está ocurriendo de nuevo, Im.

56

Todavía recuerdo el momento en que le conté a Patrick lo que pasó con mi madre. Habían pasado más de diez años desde el incidente, y él era la primera persona, aparte de un médico, a quien se lo había contado. Temblaba mientras yacía con la cabeza sobre su pecho, intentando calmar el temblor de mis manos y pulmones. Qué desgarrada me sentía, sabiendo que contárselo podría hacer que huyera de mi vida para siempre, pero necesitando que lo supiera. Si se quedaba conmigo después de eso, entonces sabría que podríamos superar cualquier cosa. Estábamos destinados a estar juntos.

No sé cuánto tiempo me llevó encontrar las palabras. Cuántas pausas necesité para recomponerme o limpiarme las lágrimas. Era diferente de las sesiones de terapia. En ellas, siempre te incitaban con preguntas. Preguntas como "¿Cómo te hizo sentir?", o "¿Cómo es cuando recuerdas aquellos días?"

Me veía obligada a inventar las respuestas porque los terapeutas esperan que digas algo, pero realmente no estaba *pensando* ni *sintiendo* durante aquellos días después de la muerte de mi madre. No creo que exista una palabra para el vacío insensible con el que vagaba por el mundo. "Existir" no le hace justicia.

¿Sabía que lo que estaba haciendo era una locura? Debí saberlo. A cierto nivel, debí saberlo o no habría intentado tanto ocultarlo. No habría fingido sonreír en la escuela. Demonios, ni siquiera habría ido a la escuela. Así que, sí, a cierto nivel, sabía que mi comportamiento

no era natural, pero eso no se parece a lo que está sucediendo ahora.

—Imogen —la voz de Patrick me saca de mis recuerdos—. Tenemos que hablar de esto. TENEMOS que hablar de esto. Quizás... quizás esto es como lo que pasó después de tu madre...

Giro la cabeza bruscamente para mirarlo.

—No, Patrick, no hagas esto.

—Pero ¿crees que podría ser similar? ¿Crees que tal vez las hormonas del bebé han traído de vuelta el trauma, que simplemente estás viendo cosas que no están ahí? Como cuando la veías a ella.

Sacudo la cabeza, negándome a aceptar lo que está diciendo. —Eso fue diferente.

—¿Por qué? Fue un brote psicótico, Imogen. Veías cosas que no estaban ahí. Ignorabas la realidad por un mundo fabricado por ti. Eso es exactamente lo que está pasando aquí.

—¡No, no lo es! —le grito y levanto los brazos al aire, como si fuera a golpearlo, pero él me agarra antes de que pueda.

—No te digo esto para enfadarte, Imogen. Estoy intentando hacerte entrar en razón —sus ojos están fijos en los míos. Su voz es firme pero tensa—. Me estás diciendo que había una corona floral —una corona fúnebre con tu nombre— en esta casa, y que ahora ha desaparecido. Me dices que tu agente vino a casa, cuando está a cientos de kilómetros de distancia, y no recuerdas haber golpeado a mi hija. Luego estaban esas cosas con los alfileres en los neumáticos. Desde mi punto de vista, es difícil ignorar todo esto.

—Alguien me hizo eso *a mí* —espeto.

Abre la boca como si fuera a decir algo, solo para cerrarla de nuevo. —Podrías haber abierto todos los armarios tú misma, Imogen, o cambiado el fusible de tu secador, porque nadie más se había acercado a él. Tienes que verlo, Imogen. Tienes que verlo desde mi perspectiva. Incluso si puedo ignorar todo lo demás, incluso si los... los chicos de Springfield están detrás de algunas de estas cosas, eso no cambia el hecho de que mi hija me está diciendo que mi esposa la atacó.

—Tu hija es una mentirosa —digo, con la voz temblorosa—. Sabes que miente sobre las cosas.

—Y sé que mi esposa ha tenido brotes psicóticos —sus palabras golpean con fuerza, pero no se detiene—. Sé que has hecho cosas... cosas bastante malas, y también sé que estás bajo mucha presión y parte de ella es culpa mía. No debería haberte presionado tanto para tener un bebé. Para alterar tu cuerpo de esa manera. Luego mudarnos aquí y que no fuera exactamente lo que esperábamos. Eso va a causarte estrés. Seguramente puedes ver que esto es lo que está pasando. Seguramente puedes ver que hay similitudes.

Niego con la cabeza. —Patrick, por favor, no puedo. No puedo hacer eso —mi garganta se ahoga con lágrimas. No puedo aceptar que esto pudiera ser lo mismo que lo que pasó entonces, porque eso significaría tener que enfrentarme a lo que sucedió hace tantos años, y eso es algo que ya no me permito hacer. Pero quizás no tenga otra opción.

57

Encontré el cuerpo de mi madre en una bañera llena de agua que se había vuelto roja. Años después, cuando me permití pensar en ello, me pregunté si había habido señales. Señales que yo —con diecisiete años— debería haber notado. Pero cada recuerdo de mi madre era una señal, y cuando ves cosas así tan a menudo, te vuelves inmune. Inmune a los cambios de humor. A la forma en que me miraba, pasando de una profunda adoración a un abierto disgusto en un latido de corazón.

Algunos días, me culpaba por el lugar donde vivíamos, por el estado de su vida. Incluso la mujer que recibía palizas en el piso de arriba o los vecinos que abandonaron a su hijo eran, aparentemente, culpa mía. Otros días, lloraba tan fuerte que ahogaba todos los gritos y sirenas que se filtraban desde el mundo exterior. Me abrazaba, se mecía hacia adelante y hacia atrás, y me decía que yo era la única razón por la que seguía adelante. Que yo era lo único bueno en su vida.

Como he dicho, siempre hubo señales. Simplemente no pensé que ese día llegaría alguna vez.

Pero esta no es la historia de mi madre, es la mía, y en ese momento, el momento de encontrarla, algo me ocurrió. Mi cerebro se negó a aceptar lo que estaba viendo. Compartimentó la imagen, la guardó, y al día siguiente fui a clase como si nada hubiera pasado. Durante toda la semana, continué como si todo fuera normal.

En realidad, era mejor que lo normal. La versión de mamá que me venía entonces no era la borracha inconsciente con la que había crecido. No estaba tumbada en el sofá, con vómito en la camisa, mientras yo me preparaba para ir al colegio. Estaba sonriente y feliz, y en lugar de gastar cada moneda que tenía en alcohol, me daba dinero de su monedero para que pudiera comprar mi almuerzo.

Al día siguiente, cuando volví del colegio, el olor ya había comenzado. No era tan fuerte como para haber llegado a mi habitación, pero lo suficiente como para no querer entrar en el baño. Si hubiera estado pensando con claridad, el hecho de que el cuerpo de mi madre yaciera medio sumergido en la bañera debería haber sido lo que me impidiera entrar allí. Pero no estaba pensando con claridad. Por eso no llamé a la policía. Por eso intenté seguir como si nada hubiera ocurrido.

Incluso ahora, puedo recordar cómo me tapaba la nariz mientras corría para coger mi cepillo y pasta de dientes, que luego usé en el fregadero de la cocina antes de irme a la cama esa noche. A la mañana siguiente la traté como cualquier otra. Preparé mis sándwiches para el colegio, hice la mochila y me fui, aunque cuando volví a casa, el hedor se estaba volviendo insoportable. Aun así me negué a aceptar lo que estaba pasando. El piso solía oler mal, especialmente cuando mamá había estado en una borrachera, normalmente porque había un montón de vómito empapando la alfombra en algún sitio que no había detectado.

Sin embargo, en cierto nivel, sabía que esa situación no era igual. Por eso bloqueé el hueco debajo de la puerta con una toalla, y luego quemé todas las varitas de incienso y velas que pude encontrar.

Curiosamente, uno de los recuerdos más nítidos que tengo de esa época es hablar con mamá sobre ello; no con la mamá que flotaba en la bañera, sino con la mamá que mi mente creó, sentada en el sofá con el mando de la televisión en una mano y una copa de vino en la otra.

—¿Crees que son los desagües? —recuerdo haberle dicho a esta imagen de ella—. Seguro que son los desagües. También dieron problemas por estas fechas el año pasado, ¿no te acuerdas? Quizá

podrías llamar a la asociación de viviendas mañana cuando yo esté en el colegio, a ver si pueden mandar a alguien para arreglarlo.

No recuerdo si me contestó o no. No, eso no es cierto. Estoy seguro de que lo hizo. Dijo algo como: «¿Qué he hecho yo para merecer una hija tan maravillosa y responsable?» o «¿No soy afortunada de tenerte cuidando de todo por nosotras?». Todo lo que me decía durante ese tiempo era amable. Reconfortante. A años luz de la mujer que realmente había sido.

Fue su jefe quien llamó a la policía. No había ido a trabajar durante cinco días, y nadie podía localizarla. No sé por qué no pensé en ellos. Quizá porque había sido tan esporádica con sus trabajos que no me había dado cuenta de que se suponía que debía estar trabajando, o tal vez simplemente ya no me importaba seguir manteniendo las mentiras. No lo sé. Pero en el momento en que abrí la puerta a la policía, se taparon la boca y la nariz, tratando de contener las arcadas.

Y nunca más volví a ver a mi madre. A ninguna de las dos.

58

—Dejaste la medicación para la FIV —dice Patrick, sacándome de mis pensamientos—. Sabíamos que iba a ser un riesgo, pero ahora creo que quizás no era un riesgo que mereciera la pena correr.

—¿Qué? —Un vacío se forma en mi estómago.

—Tienes menos de dos semanas de embarazo, con más de ocho meses por delante. Ocho meses de hormonas alterando tu cuerpo cuando apenas has sobrevivido los últimos días.

—Es un embarazo. A todas se les alteran las hormonas. También cambiaron durante la FIV.

—Lo sé, lo entiendo, pero esto es diferente. Contigo, es diferente. Es peligroso.

La bilis me quema la garganta y tengo la terrible sensación de que ya sé a lo que está aludiendo. Pero no puede ser. No puede estar pensando eso, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo, Patrick? ¿Qué intentas decirme? —Sin embargo, la forma en que baja la mirada antes de hablar lo confirma todo.

—No creo que seguir adelante con este embarazo sea buena idea —susurra.

Me incorporo hasta ponerme de pie, aunque no recuerdo haberme sentado. Mis piernas no parecen lo suficientemente fuertes para mantenerme erguida, pero necesito estarlo. Necesito poder mirarlo a los ojos.

—No puedes creer eso. No es posible.

—Imogen, por favor, escucha. —Patrick me toma de la mano y me hace volver a sentarme—. Entiendo que esto es horrible, pero las posibilidades de lo que podría pasar son aún peores. Para ti y para el bebé. Sé que puedes verlo.

Quiero responder, decir que no estoy de acuerdo, pero las palabras están atascadas en mi garganta. Él pone sus manos a los lados de mi cara, así que lo único que puedo hacer es mirarlo.

—Imogen, te quiero, y no puedo imaginar lo aterrador que debe ser esto para ti. Es jodidamente cruel que tengas que pasar por esto. Lamento mucho haber sugerido la FIV. Y lo siento porque dije que estaría bien con lo que ocurriera, pero no puedo. Es decir... heriste a Prim y no tienes ningún recuerdo de ello. ¿Quién dice que no te harías daño a ti misma también? ¿O... o al bebé?

Sus palabras se sienten como puñales en mi pecho.

—Yo nunca... *jamás podría*... —empiezo, pero las palabras fallan. Todo lo que puedo ofrecer son promesas vacías. Ambos lo sabemos. ¿Cómo puedo decir de qué soy o no soy capaz? Mi yo de diecisiete años nunca habría creído que podría vivir con un cadáver en casa durante cinco días. O que conjuraría una visión de mi madre para hacerme compañía en mi locura. ¿Quién sabe de qué soy capaz ahora?

—No está todo en mi cabeza, Patrick. El incendio en el estudio, el candado... Maureen estaba allí.

—Lo sé. Sé que estaba, pero... hay otras cosas también. Como la *bicicleta* —dice Patrick, con voz baja.

—¿De qué estás hablando? —Mi cabeza vuelve a sacudirse. Mis pensamientos se agitan en ella, incapaces de formar un orden coherente—. ¿Te refieres a los alfileres? ¿Crees que fui yo? ¿Crees que me pinché la rueda yo misma?

—No había ninguna rueda pinchada —dice—. Fui a cambiarla anoche, pero estaba completamente bien.

—¿Qué? —Parpadeo, deseando haberlo escuchado mal, pero sabiendo que no es así—. ¿Qué quieres decir con que estaba bien?

—No había alfileres. Ni estaba desinflada. Nada mal en absoluto. Ve a comprobarlo tú misma si quieres.

Podría levantarme e ir a ver. Sé que debería, pero mis piernas han perdido la capacidad de moverse.

—No, eso no está bien —digo, con la mente acelerada—. Alguien debe haberla cambiado. Deben haberlo hecho.

—¿Cuándo? Has estado aquí todo el tiempo. A menos que estés diciendo que *Maureen* lo hizo, pero no me la imagino haciendo eso. Y la habrías visto. Al menos la habrías oído.

Trago saliva con dificultad, sin saber qué decir. No tiene sentido. ¿Cómo podía estar bien la rueda? Recuerdo vívidamente cómo me dolían los músculos mientras luchaba por empujarla. Me llevó horas llegar a casa. ¿Qué estaba haciendo si no era luchar por traerla de vuelta?

Intento parpadear para contener las lágrimas, pero son demasiado rápidas. Forman gotas oscuras sobre la mesa.

—¿Qué hago? ¿Qué se supone que debo hacer? —pregunto, con una voz apenas audible.

Patrick mira fijamente la mesa, como si no soportara mirarme.

—No lo sé —dice suavemente—. No sé qué hacer a continuación. Resolveremos los pasos juntos, pero necesito volver a ver a Arabella. Está llevando a Prim al hospital para hacerle una radiografía de la mandíbula.

—¿Es realmente tan grave? —pregunto con voz pequeña.

Él asiente con la cabeza—. Lo es. Es así de grave. —El silencio se instala en el espacio entre nosotros antes de que vuelva a hablar—. Quizás cuando esté allí, podré hablar con un médico. Averiguar la mejor manera, la forma más fácil para que tú... gestiones esto.

La forma más fácil. Se refiere a la manera más fácil de deshacerme de nuestro bebé. Pero, ¿qué elección tengo? Soy un peligro para ellos. Soy un peligro para todos los que me rodean.

—¿Quieres venir conmigo? —pregunta—. Aunque no sé cómo se sentiría Prim si estuvieras allí.

Niego con la cabeza. Teniendo en cuenta lo mucho que detesto ver a Prim y Arabella en circunstancias normales, no soporto la idea de mirarlas ahora.

—No, no, me quedaré.

—Vale. —Me aprieta la mano suavemente—. Te quiero, y sé que esto parece imposible ahora mismo, pero las cosas estarán bien. Te lo prometo. Una vez que hayas ido al médico. Una vez que... haya terminado, las cosas mejorarán de nuevo. Tú mejorarás.

Se levanta, mirando hacia la puerta, y sé que está desesperado por irse. Por correr a reunirse con su hija y la ex esposa que pudo darle un hijo. Algo que yo nunca podré hacer.

—Vamos —dice, tomando mi mano y tirando de mí para ponerme de pie—. Deberías subir. Descansar un poco. Tal vez si te duermes, estaré de vuelta antes de que despiertes.

Asiento. Eso suena bien. Mi cuerpo se siente como si hubiera duplicado su peso desde esta mañana. Ahora, todo lo que quiero hacer es tumbarme, cerrar los ojos y no abrirlos durante mucho tiempo.

59

Me quedo tumbada en la cama, escuchando cómo su coche se aleja. Mientras las lágrimas se agolpan en mis ojos, mis manos descansan sobre mi vientre. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Cómo he acabado aquí? Durante toda mi vida, luché contra mi miedo de convertirme en mi madre. Hice las cosas correctas: terapia, salir de ese agujero de mierda donde crecí, nunca conformarme con algún gilipollas que me abandonaría en cuanto apareciera algo mejor. Construí un negocio, mientras me centraba en mí misma y en mi salud mental. ¿Para qué sirvió todo eso, si iba a acabar igual que ella?

Las lágrimas corren ahora por los lados de mi cara, acumulándose en mis oídos. Quizá debería seguir sus pasos completamente: traer al bebé al mundo y luego acabar con mi vida. Tal vez sea lo mejor que puedo hacer. Este bebé no merece crecer con una madre que está loca, y no sé si puedo vivir con la culpa de saber que decepcioné a todos. Dios, he decepcionado tanto a Patrick que siento como si mi pecho hubiera sido atravesado por mil clavos.

El sueño se niega a llegar. Me quedo ahí tumbada hasta que la luz se desvanece y sea lo que sea esa criatura empieza a moverse de nuevo en el ático. ¿Qué demonios es? Algo nocturno. Eso es lo único que sé con certeza. Quizá ratas, aunque no sé si salen por la noche. Ni ratones tampoco, ya puestos. Supongo que hay una manera de averiguarlo.

Con una repentina sensación de urgencia, me incorporo y balanceo las piernas fuera del borde de la cama. ¿Es sensato subir al ático cuando estoy completamente sola y no tengo ni idea de lo que podría estar ahí arriba esperándome? No, pero supongo que esa es la ventaja de saber que estoy loca; ya no tengo que hacer las cosas sensatas.

La trampilla del ático está en el pasillo. Ni siquiera estoy segura de qué tipo de escalera conduce hasta allí, pero no me importa. Necesito saber. Necesito saber que realmente hay algo ahí arriba, y que no es mi mente inventando también estos ruidos. Incluso un nido entero de ratas sería preferible a la forma en que mi mente está dando vueltas y más vueltas en este momento.

Sin saber en qué estado va a estar el suelo del ático, me dirijo al armario para coger unos zapatos, pero al abrir la puerta, mi mirada se desvía hacia la ventana y mi estómago da un vuelco.

Están ahí otra vez. La figura que me ha estado observando, y no tengo ninguna intención de dejar que escape.

60

Ni siquiera me pongo los zapatos. En lugar de eso, bajo las escaleras corriendo y salgo al césped trasero. La hierba está húmeda bajo mis pies y hago una mueca al pisar ramitas y espinas, pero no dejo que eso me frene. No voy a dejar que escapen. No otra vez.

—¿Qué estás haciendo? —grito a través del campo—. ¿Eres *tú* quien provocó el incendio? ¿Fuiste tú quien puso las flores? ¿Por qué me estás haciendo esto?

Solo cuando llego al final del jardín veo que es un hombre. Es algo mayor que Patrick, quizás en sus sesenta. La bilis me quema la garganta. Me ha estado observando, y eso ni siquiera es lo peor. Tiene una cámara. Tiene fotos mías.

—Hijo de puta enfermo. Irás a la cárcel por esto, ¿sabes? Mi marido es abogado. Irás a la cárcel.

En lugar de huir, como esperaría que hiciera alguien en su situación, simplemente se queda allí parado.

—¿Qué? —Niega con la cabeza mientras su frente se arruga—. No, no. No... no lo entiendes. —Parpadea mientras tartamudea—. Solo estoy fotografiando el cielo. Los murciélagos.

—¿Qué?

Gira la cámara para mostrarme la pantalla. Cielo crepuscular tras cielo crepuscular, y ahí, en cada uno, serpenteando en la parte superior de las tomas, están las siluetas negras de los murciélagos.

Sin pedir permiso, paso por las fotos. Tiene razón. No hay nada de mí, nada de la casa, solo el cielo y los árboles y más y más

murciélagos.

—¿Eso es lo que has estado haciendo? —pregunto, con la voz temblorosa—. ¿Has estado fotografiando murciélagos?

—Formo parte de un proyecto de conservación. Tengo una tarjeta. Déjame buscarla para ti. —Baja su cámara y mete la mano en su chaqueta, de donde saca un trozo de cartón plastificado. No leo mucho, pero la palabra "murciélago" está escrita en negrita en el frente. Eso es suficiente para creerle. Eso y las cientos de fotos, obviamente.

—Siento haberte asustado —dice—. La mayoría de la gente por aquí sabe a qué me dedico. Debería haber pensado, sin embargo. Teniendo en cuenta que eres nueva y todo eso.

Siento una oleada de vergüenza invadirme, y los dolores en mis pies que habían parecido tan insignificantes cuando corría hacia él están empezando a latir. —Lo siento. He tenido una época difícil últimamente. Ya sabes... los chicos de Springfield. Me han convertido en su nuevo objetivo. Supongo que eso pasa cuando te mudas a un sitio nuevo. Y también ha habido otras cosas. Pero de todos modos, pensé que eras uno de ellos. Uno de los de Springfield.

Frunce el ceño. —¿Springfield, dices?

—Sí, ya sabes, los que estaban causando todos los problemas el año pasado con los incendios.

Niega con la cabeza. —Por aquí no, querida. No he oído hablar de nada parecido.

Estudio su rostro en busca de cualquier signo de diversión, como si me estuviera tomando el pelo, pero si acaso, parece más confundido de lo que yo me siento.

—¿Springfield Farm? —insisto, con frustración creciente—. Tienes que conocerla. Es grande. Son una de las familias más poderosas de por aquí.

Vuelve a negar con la cabeza. —No, he vivido aquí toda mi vida. No hay ninguna Springfield Farm por aquí. Debes tener el nombre equivocado.

Tengo los brazos cubiertos de piel de gallina y no sé cuándo empecé a temblar, pero no estoy convencida de que sea únicamente

por el frío.

—No, no, sé que así es como se llaman. Prendieron fuego a los rosales de alguien en Tarlton. Quemaron todos sus rosales.

El hombre niega con la cabeza. —No ha habido incendios por aquí. No desde hace mucho tiempo, al menos. Lo sabría.

Me pellizco el puente de la nariz mientras el latido de mis pies sube hasta mis sienes. —¿Y el cobertizo de Maureen? El año pasado, el incendio en su casa.

—¿Maureen? —Frunce el ceño—. ¿La anciana con el perro grande? Acaba de mudarse hace un par de semanas. Me había estado preguntando cuál era su nombre. Tenía intención de presentarme, pero la vida se te escapa.

Sé que está hablando, pero apenas puedo oírle. Mi corazón late tan fuerte que está a punto de ensordecerme. —No, Maureen ha vivido aquí durante casi veinte años.

—Aquí no, querida —dice suavemente—. Es nueva. Se mudó unos seis días antes que tú.

La cabeza me da vueltas. Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo? ¿Qué es real y qué no lo es? ¿Es solo otra alucinación? Tiene que serlo, ¿no?

—¿Estás bien? —pregunta, poniendo una mano en mi brazo—. Quizás deberías entrar.

Asiento, pero es el único movimiento que puedo hacer. Si no me estoy imaginando esto, si realmente estoy hablando con este hombre con su cámara y me está diciendo la verdad, entonces ¿qué significa eso? Sé la respuesta antes de que la pregunta se forme en mi mente. Maureen... ella es la responsable de todo esto. Debe serlo. El fuego. Las flores. Ella lo empezó todo. Pero ¿por qué?

61

—Me llamo Leroy, por cierto —dice el hombre mientras empiezo a caminar de vuelta a la casa. No le pedí que me acompañara, pero lo hace. Quizás puede ver lo inestable que parezco y quiere quedarse cerca por si de repente necesito que alguien me sujete. Quizás es simplemente el camino más rápido hacia su coche y su casa. No pregunto.

—¿Vive algún inspector de policía en el pueblo? —digo en su lugar.

—¿Un inspector?

—O un inspector jefe, quizás. Se llama Donny.

El rostro de Leroy se arruga. —Por aquí no, cariño. El único policía que teníamos era el viejo Alfred de Cherry Tree Lane. Se jubiló hace unos veinticinco años. Aunque todavía tiene amigos en el cuerpo si necesitas algo, pero...

—No, no, está bien —digo, interrumpiéndole—. No pasa nada. Llamaré a mi marido cuando entre. No debería tardar.

A juzgar por cómo su ceño sigue fruncido, Leroy no está convencido.

—¿Estás segura de que estás bien? No tienes buen aspecto. ¿Puedo llamar a alguien por ti? Tengo una hija de tu edad. Odiaría dejarla cuando no se encuentra... en su mejor momento.

Podría reírme. Es una forma dulce de decir que parezco haber perdido la cabeza. Pero me muerdo el labio, resistiendo el impulso de mostrar lo alterada que estoy. —No, estoy bien. Estaré bien.

Gracias de todos modos. Tu hija tiene suerte de tener un padre que se preocupa tanto como tú.

Su sonrisa es cálida y aunque no borra la preocupación de sus ojos, es obvio que hablar de su hija es algo que a Leroy le encanta. —Bueno, quiero tomar un par de fotos más, así que estaré por aquí unos veinte minutos más, por si cambias de opinión.

—Gracias, Leroy. —Hemos llegado al borde de mi jardín y puedo ver que no quiere ir más allá, pero cuando se gira para marcharse, se me ocurre algo. Como acción, es extraña, pero necesito hacerlo. Lo necesito.

—Leroy, ¿te importaría si grabo todo lo que me acabas de contar? —digo—. Lo de que no existe ninguna granja Springfield y cuándo se mudó Maureen. Es solo que... me ayudaría, ¿sabes?

Espero que me mande a paseo o que me mire como si estuviera completamente loca, pero en lugar de eso, las arrugas de su frente se profundizan más que antes.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, eso creo. Pero, ¿te importaría?

Hace una pausa. —¿Por qué no me voy a casa, busco las fechas y esas cosas? Mi Barb sabrá todo eso. Así puedo asegurarme de que no estoy confundido. No quiero meter a nadie en líos porque me haya hecho un lío, ¿verdad?

—No, claro que no —digo, consciente de lo incómodo que parece. Estoy bastante segura de que lo único que va a hablar con Barb cuando llegue a casa es sobre la mujer loca que acaba de abordarlo mientras intentaba tomar fotos de los murciélagos.

—Gracias, lo agradezco —digo—. Debería entrar. Mi marido probablemente se esté preguntando por qué salí corriendo de la casa. —No creo que Leroy esté detrás de lo que está pasando, pero prefiero que no sepa que estaré sola en casa esta noche.

—Haz eso, cariño —dice Leroy—. Y no te preocupes, comprobaré esas fechas para ti.

—Gracias. —Voy a marcharme, pero por segunda vez, dudo—. En realidad, ¿por qué no tomas mi número de teléfono? Así podrías enviarme un mensaje en cuanto lo averigües.

62

En cuanto entro en la casa, cierro la puerta con llave y después coloco una silla contra ella. Estoy segura de que no será suficiente para detener a alguien que realmente quiera entrar, pero con suerte bastará para darme un aviso y poder prepararme.

De vuelta en la cocina, tomo un papel y un bolígrafo. Divido la página en dos columnas: "Real" y "No Real". Pero mientras miro la columna "Real", dudo y añado un signo de interrogación. *¿Estoy segura siquiera de lo que es real ya?*

El fuego... eso fue real. Sé que lo fue. Las manchas de humo en la puerta son prueba de ello. Pero ¿el secador incendiándose? Yo fui la única persona que lo vio, y en todos mis años haciendo arte, nunca he visto algo así. ¿Me lo imaginé? Dejo ese punto para después.

Leroy estando fuera de la casa... eso también fue real.

Prim apareciendo en la casa... eso fue real. Lo escribo inmediatamente, pero cuando llega el momento de anotar lo que sucedió después, vuelvo a dudar. ¿Golpeé a Prim? Las pruebas están ahí —sus moretones— pero no recuerdo nada de eso. Es su palabra contra la mía. A regañadientes, lo coloco cruzando la línea, dividiéndolo entre las columnas "Real" y "No Real".

No sigo un orden cronológico. En su lugar, se trata simplemente de qué recuerdos me vienen primero, y el siguiente son los armarios abiertos. Sé que fui por toda la casa y los cerré todos, pero eso no significa que no los abriera yo también, ¿verdad?

Sin estar segura de dónde colocarlo, también dejo ese punto.

Orla tiene que ir en la columna "no real". Hay varias formas en que podría ponerla en la lista —la visita, dejarme, etc.— pero eso haría que la columna "no real" fuera aún más larga y eso no es algo que quiera hacer, así que solo escribo su nombre una vez y sigo adelante. La corona de flores. Ese es el siguiente que me viene a la mente, y parecía real. Tan real que aún puedo ver las flores cuando cierro los ojos. Pero ¿realmente las recogí? ¿Las sentí entre mis dedos? No. No las toqué. Solo las vi, como vi a mi madre ayudándome con los deberes y dándome dinero para el comedor escolar cuando ya estaba muerta en la bañera. Lentamente, escribo corona de flores en la columna "no real", con las palabras pesándome en el pecho.

A continuación, pienso en la mujer de la farmacia, sosteniendo la misma medicación que yo solía tomar. La mujer que desapareció cuando me giré para hablar con ella. Por mucho que no quiera que sea así, es casi un caso típico de lo que me pasó antes, lo que significa que sé en qué columna tengo que escribirlo. Aunque no quiera.

Luego está la bicicleta. Vi esos alfileres. Sentí el pinchazo. Pero ahora... está bien. Patrick dijo que estaba bien. Tampoco tiene sentido. Pongo eso también entre las columnas.

Tengo tres cosas claramente en lo real. El resto o bien no ocurrieron o no puedo estar segura, y eso sin incluir las como el secador que no he anotado. No parece un buen balance.

Pero todavía hay más. La primera va en la columna real y la escribo en mayúsculas, porque sé que esto es cierto. ESTOY EMBARAZADA. Sé que eso es real. El test de arriba en el baño es la confirmación. Sin mencionar que Patrick estaba allí cuando me lo hice. Desafortunadamente, también sé que la psicosis del embarazo es real y, aunque no sé con certeza si es más probable en personas que han experimentado algún tipo de brote psicótico antes, tengo la sospecha de que podría serlo. Mirando las columnas tal como están, tendría dificultades para convencer a cualquiera de que no estoy perdiendo la cabeza.

Entonces, ¿qué significa eso? ¿Tengo que renunciar al bebé como él dijo? Si lo hago, definitivamente no es solo cuestión de dejarlo de lado hasta que esté en mejor situación. Si son las hormonas las que causan esto, entonces tener hijos nunca va a ser posible para mí. No puede ser.

Y en cuanto a lo que dijo Patrick sobre que estaría a mi lado pase lo que pase, probablemente es más fácil decirlo que hacerlo. Nuestros votos pueden haber dicho en la salud y en la enfermedad, pero no esperaban cosas como que yo golpeara a su hija y no lo recordara. Así que quizás sería más amable si lo liberara, ¿no? Eso es lo que dicen que deberías hacer si amas a alguien, ¿verdad? Y yo lo amo. Lo amo con todo mi corazón.

Repaso la conversación en mi cabeza, imaginando cómo se lo voy a decir y cómo responderá. Él va a querer quedarse a mi lado, lo que significa que voy a tener que alejarlo. Puedo vivir sola como la artista loca —el estereotipo existe por una razón. Y es mejor así. Lo sé.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas mientras imagino cómo él protesta, intentando quedarse, y yo alejándolo. En ese momento, mi teléfono vibra.

Por un segundo, me entra el pánico, pensando que es él diciéndome que la mejilla de Prim está fracturada o que necesita cirugía. Pero en lugar de eso, es un número desconocido. Me lleva una fracción de segundo darme cuenta de quién es, aunque realmente no lo necesito: el nombre está en la primera línea del mensaje.

Hola, lo siento, soy Leroy. Perdón por asustarte antes. Solo quería hacerte saber que he consultado con Barbara. Tu vecina se mudó tres días antes que tú, el 17, y un grupo de personas la ayudó. Se ha mantenido distante, no ha hablado con nadie desde entonces. Además, no hay ninguna Granja Springfield cerca de aquí. La más cercana está a unos 50 kilómetros. Y no hay ningún policía aparte de Alfred en los pueblos. Por último, el último incendio que Barb recuerda fue provocado por Clarence en la antigua vicaría de Duntisbourne, algo relacionado con una chimenea. No hay casos de incendio provocado: Barb lo recuerda todo. Espero que eso ayude.

Miro fijamente el mensaje, pero las palabras no terminan de calar. ¿Es porque no puedo creerlas... o porque no *quiero* creerlas? ¿O quizás porque si las creo, cambia todo?

Tomo mi bolígrafo y escribo algo más en la columna "Real":

MAUREEN ES UNA MENTIROSA.

Debajo, escribo una única pregunta:

¿Por qué?

63

¿P*OR QUÉ? ¿POR QUÉ? ¿POR QUÉ?*

Escribo estas palabras varias veces, con una letra cada vez más desordenada en cada repetición.

¿Por qué mentiría Maureen sobre estas cosas? No tiene sentido. Pero las piezas empiezan a encajar, especialmente si incluyo a Donny en la ecuación. Maureen podría haber calculado el tiempo de nuestro paseo para darle a él el suficiente para sacar la corona de la casa y deshacerse de ella. Había dejado la bicicleta fuera, permitiendo que cualquiera tuviera fácil acceso para cambiar las ruedas y hacer que pareciera que no había sido vandalizada. Con solo mover esos dos elementos a la columna de "Real", ya siento que no estoy perdiendo la cabeza. Pero aun así, queda la pregunta: *¿Por qué?* ¿Por qué querrían Donny y Maureen atormentarme? ¿Por qué dos personas que nunca he conocido querrían causarme tanto dolor? ¿Podría ser algo tan mezquino como querer la casa que compramos? Parece un motivo ridículo para llegar a tales extremos.

Estoy medio tentada de ir a confrontarla, de exigirle respuestas. Es frágil. No podría hacerme daño físicamente. Quizás por eso ha optado por la tortura mental. Pero luego está Brutus. Ese perro haría cualquier cosa que ella le pidiera, y no voy a arriesgarme a eso.

No puedo guardarme esto para mí. No ahora que sé que ella está detrás de todo. Con la primera chispa de esperanza que he sentido en horas, cojo mi teléfono, lista para llamar a Patrick, pero me detengo. Si Maureen es una mentirosa, eso no explica las heridas de

Prim. Ni tampoco explica por qué creo que pasé toda una tarde con Orla limpiando mi estudio, cuando ella estaba a cientos de kilómetros de distancia. Con todo lo que ha pasado, sería comprensible que Patrick no me creyera ahora mismo. Pero con esta nueva información, tiene que ver las cosas desde mi punto de vista, ¿verdad?

Sabiendo que mi llamada no pasará, envío un mensaje de texto:

Maureen está mintiendo. Mintió sobre los incendios, sobre Donny y sobre cuándo se mudó. Ella es la responsable. Tengo pruebas.

Lo envío y observo cómo el mensaje cambia a "Entregado". Mi corazón late con fuerza, esperando a que cambie a "Leído", pero nada ocurre. Un minuto pasa y luego otro, y sigue en ese limbo de "Entregado pero no leído". ¿Por qué no lo ha leído todavía? Sé que tiene cosas importantes que manejar ahora mismo, pero considerando lo enferma que él cree que estoy, pensaría que al menos querría comprobar lo que he dicho.

Quiero desconectar y distraerme con otra cosa, pero no puedo. Con el teléfono en la mano, recorro la casa durante al menos diez minutos cuando finalmente, después de incontables comprobaciones, el mensaje cambia a "Leído".

Mi corazón se me sube a la garganta. Va a responder, ¿verdad? Tiene que hacerlo. No puede simplemente ver un mensaje así e ignorarlo, aunque temo que es exactamente lo que va a hacer cuando el teléfono empieza a sonar y su nombre aparece en la pantalla.

—Imogen —dice tan pronto como contesto—. ¿Estás bien?

—¿Viste mi mensaje? Tengo pruebas, pruebas de que Maureen está mintiendo.

—¿Mintiendo sobre qué?

—Mintiendo sobre *todo*. Hablé con Leroy.

—¿Leroy? —El tono de Patrick es de confusión. Comprensiblemente.

—El hombre de fuera. El que vi la otra noche. No me lo imaginé, Patrick. Estaba allí, tomando fotos de la casa. ¿Todo el ruido en el ático? Eran murciélagos. Salí y hablé con él, y me dijo que Maureen solo se mudó unos días antes que nosotros. No ha vivido aquí

durante veinte años como dijo. ¡Y no ha habido ningún incendio! Se lo inventó todo, Patrick. No sé por qué, pero ella está detrás de todo esto.

Hay una pausa. Casi puedo oír los engranajes girando en su mente.

—¿Tienes pruebas? —pregunta.

—Sí, sí. Tengo pruebas de que está mintiendo, al menos sobre las cosas importantes.

—Vale... —dice lentamente.

Espero a medias que se disculpe, que diga que siente no haberme creído. Después de todo, es mi marido. *Debería* creerme. Pero a medida que el silencio se alarga, la tensión reemplaza el espacio donde debería haber ruido.

—Bien. Pues tienes que escucharme, ¿de acuerdo? NO vayas a verla. Espera hasta que yo llegue. Iremos juntos por la mañana.

—Pero tan pronto como llegues, ¿verdad? No va a parar hasta que averigüemos por qué está haciendo esto. Necesita saber que estamos tras ella.

Hace otra pausa antes de hablar. —Vale, sí. Tienes razón. Simplemente no hagas nada hasta que yo esté allí. Quédate donde estás en la casa y no le dejes saber que estás enterada. ¿De acuerdo? ¿Lo prometes?

—Vale, lo prometo. Patrick, te quiero —digo, necesitando que lo escuche.

—Yo también te quiero —responde, aunque puedo oír la tensión en su voz.

—Espera —añado rápidamente antes de que pueda colgar—. ¿Cómo está Prim?

—No la he visto. No quiere hablar conmigo. Quédate donde estás, ¿de acuerdo? Resolveremos esto. Lo arreglaremos juntos.

Asiento mientras cuelga el teléfono. Entiendo por qué sigue nervioso. Después de todo, todavía hay muchas cosas que no puedo explicar, pero aunque no puedo descubrir por qué todavía, sé que Maureen está detrás de todo y cuando entienda por qué, todo lo demás encajará. Estoy segura.

64

Ojalá hubiera insistido en que Patrick volviera directamente, pero eso es ser egoísta por mi parte. Arabella está enferma. Además, no es como si Maureen fuera a ir a alguna parte. No tiene ni idea de que la hemos descubierto. Aun así, me cuesta conciliar el sueño, incluso sabiendo qué es el ruido del desván. Tengo demasiada adrenalina.

Finalmente, me quedo dormida, aunque me despierto antes del amanecer, atenta al sonido del coche de Patrick entrando en el camino de grava, pero no hay nada. Solo silencio.

Compruebo que el mensaje de Leroy sigue ahí, y luego envío una copia también a mi ordenador. No estoy segura de por qué lo necesito en ambos sitios. Quizás para recordarme que realmente sucedió. Para asegurarme de que es real, no solo un producto de mi imaginación. Maureen *es* una mentirosa, y estoy segura de que está trabajando con este tal Donny. ¿Pero por qué?

Mi sospecha inicial había sido Orla, y mis razones para sospechar de ella eran sólidas: es quien más tiene que ganar empujándome de vuelta hacia ese estilo de pintura más oscuro, y nada habría creado más oscuridad que hacerme creer que tendría que renunciar a cualquier posibilidad de tener hijos. Y podría haberle mentido a Patrick cuando lo llamó también. Sí... sí, podría haberle dicho que estaba en Edimburgo y él la habría creído. Eso tendría sentido. Pero, ¿cómo está vinculada con Maureen? Vive en Londres, a kilómetros de distancia. Aunque Maureen solo se mudó aquí hace unos días, así

que es concebible que también viviera en Londres. Hay cientos de formas diferentes en las que ella y Orla podrían estar conectadas.

Me siento frente a mi ordenador, buscando cualquier vínculo entre Orla y Maureen. O quizás incluso entre ella y Donny, aunque no creo que ese sea su verdadero nombre. Pero no aparece nada que me sorprenda. La mayoría de los "amigos" de Orla no son amigos en absoluto: son clientes, agentes, personas que puede usar para seguir subiendo en la escalera profesional. Pensarlo de esta manera duele. Nunca he tenido muchos amigos, así que perder uno me afecta profundamente.

Después de media hora desplazándome por sus redes sociales, no encuentro nada y justo cuando estoy a punto de rendirme, oigo una voz cantarina llamando a Brutus fuera de la puerta. Todo mi cuerpo se tensa de rabia.

No sé qué juego ha estado jugando Maureen, pero por su culpa, casi tiré por la borda mi oportunidad de tener una familia. Casi dejé de lado a Patrick, el único hombre que he amado, todo por ella.

Por una fracción de segundo, considero esperar a Patrick, pero al girar la cabeza, miro la encimera de la cocina y mis ojos se posan en el bloque de cuchillos. Una cosa es segura: he estado subestimando a Maureen.

Me levanto y me acerco a la encimera, donde cojo uno de los cuchillos y lo deslizo en mi bolso. No volveré a subestimarla.

65

No siento miedo mientras camino hacia el campo con el cuchillo en mi bolso. No estoy segura de qué pienso hacer con él. Defenderme, supongo, si Brutus viene a por mí. Nunca me había imaginado haciéndole daño a un animal, y desde luego espero que no ocurra ahora, pero no voy a correr riesgos. No cuando se trata de Maureen. Si hay algo que he aprendido sobre mi vecina, es que la he subestimado seriamente.

—Imogen —su sonrisa se ensancha cuando me ve acercarme—. Justo iba a entrar a poner la tetera. ¿Te apetece un té?

—Sé que eres tú, Maureen. ¿Por qué? ¿Por qué lo estás haciendo?

Inclina la cabeza hacia un lado, pareciéndose notablemente a un búho. —Lo siento, querida, no sé de qué me hablas.

Me burlo. Incluso ahora, sigue intentando tomarme por tonta.

—Anoche tuve una conversación con Leroy. Lo conocerás, ¿verdad? Trabaja en la conservación de murciélagos y les hace muchas fotos. Ha vivido en el pueblo desde que era un crío. Tienes que conocerlo.

Pone los ojos en blanco. —¿Murciélagos? ¿Eso es lo que te está contando que hace esta semana? Dios, ese hombre está como un murciélago, pero esa es la única verdad ahí. Tiene un tornillo suelto, ese. El año pasado, estaba documentando todos los aviones. Pensaba que nos estaban espiando. La vez anterior, no paraba de decir que había visto una pantera negra. Incluso dejaba carne para

los malditos animales. Circos enteros, justo al lado de la carretera. Nunca se casó, pobre hombre, pero supongo que eso es lo que pasa cuando vives solo. Incluso ha sido viudo durante mucho tiempo, ese.

—¡Deja de mentirme! —grito. Ella se detiene, con los ojos muy abiertos—. Me estás mintiendo. Cada palabra que ha salido de tu boca ha sido una mentira. No hay ninguna granja Springfield por aquí cerca. Lo he comprobado. La más cercana está en Gloucester. Está casi a cincuenta kilómetros.

Su sonrisa vacila un poco, pero no desaparece. En su lugar, se encoge de hombros ante el comentario. —Oh, bueno, quizás cambió de nombre. No lo sé. Era la granja Springfield cuando me mudé aquí.

—¿Te refieres a tres días antes que nosotros? —Por primera vez, veo un destello en sus ojos. Está haciendo un gran trabajo mintiendo, tengo que reconocérselo, pero sigue mintiendo.

—Lo sé, Maureen. Sé que te mudaste aquí justo antes que nosotros. Que Donny no es policía —ni siquiera puedo creer que pensara que lo era. Quiero decir, no me hizo ni una sola pregunta relevante—. Tú fuiste quien provocó el incendio. Tú fuiste quien encargó la corona. ¿También pinchaste las ruedas de mi bicicleta? ¿Cuánto de todo esto has sido tú, Maureen?

Aprieta los labios con fuerza mientras me mira.

—Tener un bebé es duro, lo entiendo. Mi hija lo pasó mal. Quiero decir, el suyo fue un poco más complicado, pero lo comprendo. Probablemente sean las hormonas las que te están haciendo esto, querida. Quiero decir, si hubiera querido hacerte daño, podría haber echado algo en tu té. ¿Y por qué habría apagado el fuego si quisiera que te pasara algo? No estás bien, cariño. No lo estás. Es el embarazo, estoy segura. Déjame adivinar, las náuseas matutinas han sido tan malas que no has comido bien durante días. La falta de comida te hará eso, sabes. Quizás estés viendo cosas. ¿Y ya tienes acidez? Oh, eso era lo peor. Lo que pasamos con nuestros cuerpos... Los hombres nunca lo entenderán. Y no termina con los hijos tampoco. No, después viene la menopausia y todo eso. Vamos, entremos en casa. Patrick llegará pronto.

Mientras se dirige hacia la casa, niego con la cabeza. Sé lo que está haciendo —hablar constantemente, lanzando preguntas para que no tenga oportunidad de ordenar mis pensamientos— pero tengo que hacerlo. Tengo que bloquear todas sus palabras. Tengo que concentrarme en lo que sé que es verdad. Y sé que no hay ninguna granja Springfield. Yo misma miré el mapa. Maureen me mintió y sigue mintiendo. Simplemente no entiendo por qué.

—¿Es por Orla? —digo—. ¿Es ella la razón por la que estás detrás de todo esto?

—¿Orla? La mencionaste antes, ¿verdad? Es bueno que tengas gente a tu alrededor. Necesitas eso. Ojalá mi hija hubiera tenido más gente a su alrededor. Aunque ahora los tiene.

Es entonces cuando lo entiendo. Se me pone la piel de gallina.

—¿Tu hija? No tienes ninguna hija. Dijiste que no tenías hijos.

—Eso dije, ¿verdad? Es extraño, porque sí tengo. Y finalmente voy a poder conseguir la justicia que merece.

66

Las sonrisas son una expresión extraña, ¿verdad? Son una de las razones por las que solía disfrutar tanto pintando retratos: por las sonrisas. La gente siempre asume que están limitadas a los labios, quizás extendiéndose también a los ojos, pero hay mucho más en ellas. La forma en que las mejillas se contraen o se elevan puede decirte mucho sobre el verdadero significado detrás de la expresión. Si es genuina. Si es cortés o sincera. Luego están los labios, la cantidad de dientes visibles y la tensión alrededor de la mandíbula. Y esto es antes de empezar a mirar los ojos y la manera en que la piel alrededor de ellos se arruga o no. Una sonrisa puede transmitir mil emociones diferentes, y la que estoy mirando ahora mismo está haciendo exactamente eso.

El lado izquierdo de la boca de Maureen está inclinado mucho más alto que el derecho. Es más una mueca de desprecio que una sonrisa real, y esa pequeña franja de dientes expuestos solo lo refuerza.

—¿Tu hija? —digo mientras un escalofrío me recorre la espalda—. ¿Crees que le hice algo a tu hija?

—Oh, no creo. Lo sé —dice, antes de darse la vuelta y dirigirse a zancadas hacia su casa.

—Espera, ¿qué estás haciendo? —corro tras ella y la agarro por el hombro, pero en el momento en que mi palma hace contacto, Brutus gruñe. La saliva gotea por sus dientes al descubierto.

—Yo que tú te soltaría —dice Maureen—. No podrás pintar ninguno de tus cuadros sin ese brazo, ¿verdad?

Miro a Brutus. El blanco de sus ojos resplandece mientras me mira con furia, aunque en cuanto suelto a su dueña, los gruñidos cesan.

—Me alegro de que hayas hecho lo sensato —dice Maureen, dedicándome una sonrisa antes de continuar caminando hacia su casa. Por un momento, me quedo allí mirándola, sin saber si debería seguirla. Ella quiere que lo haga. Puedo notar eso. Quiere que la siga dentro de la casa, a su propio terreno, y sé que es la única forma en que voy a obtener respuestas. Antes de moverme, deslizo el cuchillo de mi bolso al bolsillo, asegurándome de que esté al alcance. Puede que haya subestimado a Maureen, pero ella también me ha subestimado a mí, y si llega el caso, se lo demostraré.

—¿Galleta de pasas? —dice cuando entro en su cocina.

—No, lo que quiero son respuestas —digo.

—Ya lo veo. Eres bastante insistente, ¿no?

Avanza y llena la tetera antes de encenderla. Agua hirviendo: otra arma que puede usar contra mí, o que yo puedo usar contra ella si es necesario.

Se queda allí de espaldas a mí, mirando las paredes.

—¿Quién es tu hija, Maureen? —pregunto—. Porque sea lo que sea que crees que le he hecho, no lo he hecho. No lo he hecho. Ni siquiera sé quién es ella.

—Oh, ¿y eso debería mejorarlo, no? —dice, soltando una burla—. Quizás si te hubieras tomado un poco de tiempo para conocerla, no habrías hecho lo que hiciste.

—¡Pero no sé qué hice! Por favor, si pudieras decírmelo. Si pudieras decírmelo para que lo entienda.

Mientras está allí de pie, saca dos tazas del armario. Otra arma potencial, quizás. ¿Arrojar el té? ¿O romper la taza para tener algún tipo de objeto punzante que usar? Ambas son posibilidades.

—¿Crees... crees que quizás te has equivocado? —digo. Me doy cuenta de que probablemente no es lo más sensato para decirle a una mujer loca, pero no me está dando ninguna respuesta y no sé qué hacer. Si no hay otra opción, necesito mantenerla hablando

hasta que Patrick llegue aquí y pueda intervenir. Ojalá le hubiera dicho que llamara a la policía cuando hablamos. O haberlos llamado yo misma antes de venir aquí, pero ya es demasiado tarde para eso. Habrá tiempo de sobra para la policía una vez que tenga respuestas.

—Maureen, sea lo que sea de lo que crees que soy responsable, estoy segura de que es una confusión.

Cuando se gira para mirarme, sus ojos no son más que estrechas rendijas.

—No hay ninguna confusión. La destruiste cuando mataste a su hijo y luego...

—¿De qué estás hablando? —espeto. En circunstancias normales, no hay posibilidad de que interrumpiera a alguien que está sufriendo delirios claramente peligrosos, pero si puedo hacer que vea que está muy equivocada, tal vez pueda hacer que retroceda.

—No sé de qué estás hablando. Te lo prometo, nunca he matado a nadie. Ni a un niño. Ni a un adulto. A nadie. —Sé que hubo ese lapsus cuando murió mi madre, pero aparte de eso, he tenido pleno control de mis facultades durante toda mi vida. Matar a alguien no es algo que habría olvidado. Está loca. Esa es la única explicación. Me ha estado aterrorizando por algún delirio de que de alguna manera dañé a su hija.

—Maureen, lo siento. —Mi tono es suave por primera vez desde que llegué aquí exigiendo respuestas. Claro, está loca e intentó arruinar mi vida, pero es obvio que ha pasado por cosas difíciles—. Sea lo que sea por lo que tú y tu hija habéis pasado, suena terrible, pero te has equivocado de persona.

Una risa fría y afilada brota de la garganta de Maureen y resuena en mis huesos.

—¿En serio? ¿Ahora es cuando me dices esto? —se burla—. Si estoy equivocada, entonces, ¿por qué no me dices quién, hace veintidós años, llamó a las autoridades e hizo que se llevaran a un adorable nietecito?

Mientras sus ojos se fijan en los míos, siento que todo el calor abandona mi cuerpo. Tiene razón. Yo soy a quien busca.

67

—No entiendo —susurro. Mi voz tiembla mientras fuerzo las palabras a través de mi garganta, que ahora está completamente seca—. Yo... yo estaba ayudando.

—¿Ayudando? —Maureen se ríe, una carcajada nasal y aguda que raspa mis oídos como uñas sobre una pizarra—. Se la llevaron. Está muerta por tu culpa.

—No. No. La madre estaba abandonando a la niña. Dejándola llorar sola toda la noche.

—¡Un par de horas! —me grita Maureen—. La dejó un par de horas como mucho. Necesitaba espacio. Un poco de aire, nada más. No tienes ni idea de lo difícil que es criar a un hijo.

Intento tragar, pero mi cuerpo no responde a nada de lo que le pido. Todo lo que puedo conseguir es un tartamudeo de protesta. —No, pero... pero...

—¿Pero qué? —escupe Maureen—. No preguntaste. Igual que ellos no se molestaron en preguntar. No. Le quitaron la niña a mi hija, como si supieran qué era mejor, pero no sabían nada de sus alergias. No sabían que la leche le sentaba mal. Se llevaron a esa diminuta bebé lejos de mi hija y le dieron un biberón de fórmula normal, y luego la dejaron pensando que simplemente se dormiría. Esa pobre niñita nunca volvió a despertar.

Siento como si el contenido de mi estómago se hubiera cuajado. Como si mi propio centro se volviera cada vez más podrido con cada aliento rancio.

—Maureen... no podía saberlo. Tenía... tenía diez años. Yo...

—¡Eso no es excusa! —chilla—. Vas por la vida pintando tus bonitas imágenes, ajena a lo que el resto pasamos. Mi pobre pequeña Ella. Y luego, como si eso no fuera suficiente, destrozaste su vida otra vez.

—¿Qué...?

Mi cabeza da vueltas. Mi visión se nubla.

—¿De qué estás hablando?

Espero a que me responda, pero antes de que lo haga, alguien golpea fuertemente la puerta.

—Maureen, soy Patrick. Déjame entrar.

Mi corazón se encoge en mi pecho temiendo que ella pueda decir que no. Después de todo, en su cabeza, soy responsable de matar a su nieta. Pero no lo hace. En su lugar, sonríe ampliamente.

—Bueno, eso es llegar en el momento perfecto, ¿no crees? —pregunta, antes de dirigirse a la puerta principal.

Mientras me da la espalda, busco el cuchillo otra vez. Sé que no puede haber desaparecido, y todavía no sé cómo pienso utilizarlo, pero necesito sentirlo ahí.

En el segundo en que la puerta se abre, Patrick empuja a Maureen a un lado y corre hacia mí.

—Gracias a Dios que estás bien —dice. Me derrumbo en sus brazos. Un sollozo que había mantenido contenido dentro de mí sale a la superficie. Pero antes de que pueda decir algo, me ha soltado y está enfrentándose a Maureen.

—¿Qué demonios estabas haciendo, Mo? —exige, con el rostro como una tormenta.

Considerando que Patrick es un hombre adulto furioso, esperaba que la pequeña mujer pareciera algo asustada, o al menos intimidada. Pero no es así. En cambio, solo le mira con absoluta calma.

—Se lo he contado, Patrick —dice, con una sonrisa demente brillando en sus ojos.

—Mo... —dice, por segunda vez. Nunca le había oído llamarla así antes, y hace que mi piel se erice inexplicablemente. Sin embargo,

es la absoluta tranquilidad de Maureen lo que me pone aún más nerviosa.

—Se lo he contado —dice de nuevo, asintiendo mientras habla—. Le he contado lo que le hizo a la hija de Arabella.

68

Patrick me está mirando fijamente, mientras Maureen se inclina y acaricia a Brutus. Estoy paralizada, intentando dar sentido a lo que acaba de decirme.

¿El hijo de Arabella? Seguramente está equivocada. Debe estar hablando de otra Arabella, ¿verdad? Es lo único que se me ocurre.

Dirijo la mirada de Patrick a Maureen y viceversa, sin saber dónde fijarla. En cualquier momento, estoy segura de que Patrick le dirá que está loca. Que necesita ayuda, como yo sé que la necesita. Pero no lo hace. En cambio, sus labios se entreabren ligeramente, como si le costara pronunciar palabra. Cuando finalmente lo hace, es suficiente para partirme el corazón en dos.

—Lo siento, Imogen —susurra.

Es como si hubieran extraído todo el aire de la habitación. Mis pulmones luchan por conseguir una sola bocanada. Mi pecho está tan oprimido que parece atado. Y mi mente. Hay tantas preguntas llenando mi cabeza, pero un pensamiento da vueltas una y otra y otra vez.

Finalmente, mi garganta lo expulsa.

—¿Sabías que me estaba haciendo esto? —digo, alejándome poco a poco de él hacia la ventana—. ¿Sabías que me estaba haciendo esto... Tú... Tú...

—Imogen, por favor... —Avanza, intentando agarrar mis manos, pero le aparto.

—Tú también estabas haciendo esto. Estabas metido en ello.

—¡No! ¡No! —dice, negando frenéticamente con la cabeza—. Por favor. Tienes que escucharme. Tienes que entender.

Mis piernas y manos tiemblan tanto que tengo que apoyarme contra la puerta solo para mantenerme en pie. Incluso cuando supe lo que Maureen había hecho, y por qué, todavía había esperanza. Porque Patrick venía. Volvía a casa. E iba a asegurarse de que yo estuviera a salvo. Ahora veo que no podría haber estado más equivocada. Me muevo para irme, pero Patrick me agarra del brazo.

—Por favor, Imogen. Necesito que me escuches. Te prometo que no lo sabía. Solo cuando vine aquí y vi a Maureen aquel primer día. Y he estado intentando detenerla. De verdad.

Me mira como si esperara que le contestara, pero no sé cómo. Mi respiración se entrecorta y se quiebra.

—Todo... Todo ha sido una mentira —digo finalmente.

—No todo —dice Patrick rápidamente—. Por favor, te lo prometo, no todo.

Maureen permanece al fondo de la habitación, con esa misma sonrisa torcida retorciendo aún su cara.

—Duele, ¿verdad? —dice—. Duele descubrir cuánto poder puede tener una sola persona para destruir toda tu vida.

—Mo, cállate —espeta Patrick antes de volver a dirigirse a mí—. Imogen, te quiero. Y siento no haberte contado lo de Arabella, lo del bebé. Pero no veía qué bien podría hacer, ¿sabes? Esto no cambia nada entre nosotros. Nada en absoluto.

—¡Claro que sí! ¿Me está tomando el pelo, verdad? No hay forma de que pueda pensar que alguna vez me dejaría estar a solas con él de nuevo. Permitió que ella me aterrorizara. Me dejó pensar que me estaba volviendo loca. ¿Quién demonios hace eso, y menos a alguien con quien va a tener un hijo?

—Por favor, vuelve a casa conmigo —suplica—. Podemos hablarlo. Todo tendrá sentido.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —digo.

Se estremece, como si mis palabras realmente le dolieran. Como si hubiera algo que yo pudiera decir que le hiciera daño después de lo que él me había hecho a mí.

—¿Podemos simplemente... sentarnos? —pregunta—. ¿Hablar de ello?

—Me voy —digo—. Me voy y voy a ir a la policía. Por lo que respecta a vosotros dos. Por toda vuestra jodida familia.

Me vuelvo hacia la puerta, pero antes de que pueda moverme, Maureen se interpone en mi camino, bloqueándolo. Brutus está a su lado. Tengo la sensación de que una palabra equivocada por mi parte y lo lanzará contra mí. Sospecho que la mitad de ella en realidad espera que eso ocurra.

—No vas a ir a ninguna parte —dice.

Patrick me agarra por el hombro y me aparta a un lado para quedar frente a Maureen.

—Mo, ya basta. Ella lo sabe. Sabe lo que hizo. La has asustado hasta la médula. Es suficiente.

—¿Suficiente? —Se ríe—. Oh, ni de lejos he terminado. ¿Tienes idea de cuánto tiempo he esperado esto? —Sus ojos brillan con furia, aunque esta vez su veneno va dirigido a él, no a mí—. Se suponía que tú nos ibas a ayudar —sisea—. Si hubieras hecho lo que se suponía que debías hacer, nunca estaríamos aquí. —Vuelve a dirigir su mirada hacia mí—. Creo que deberíamos sentarnos. Sentaos para que puedas oír cómo el hombre que amas solo entró en tu vida para engañarte. Y luego, al final, yo decidiré cuál de los dos, si es que alguno, dejaré vivir.

Entonces desliza la mano sobre el alféizar de la ventana y saca la pistola.

69

—¿Patrick? —digo, apenas capaz de pronunciar su nombre. Ni siquiera sé por qué lo estoy llamando. ¿Para que me ayude? No, no quiero que ese hombre me ayude con nada nunca más, pero tampoco quiero morir y ahora mismo sé que hay más posibilidades de salir con vida si trabajamos juntos. Sin embargo, ahora parece ser él quien está paralizado, incapaz de moverse.

—Vamos, vosotros dos —dice Maureen, con un tono aterrador de alegría—. Sentémonos. Así podrás contarle a Imogen tu papel en todo esto. Cómo nunca fue casualidad que fueras a sus exposiciones. ¿Cómo nunca fue casualidad que acabaras en la cama con ella?

—¡Basta! —grita él, pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, puedo verlo. La culpa. La vergüenza. La verdad en las palabras de Maureen.

—Empezó así —admite, con voz baja y temblorosa.

—Todavía no. Sentémonos primero. —Maureen agita la pistola frente a nosotros y esta vez, me muevo. Una cosa era pensar que podría tener alguna posibilidad contra ella y Brutus con mi cuchillo de cocina y con Patrick de mi lado. Ahora que he visto que tiene una pistola, no estoy segura de que ni siquiera los dos juntos podríamos hacer algo.

Siguiendo las órdenes de Maureen, Patrick se sienta a mi lado, y observo cómo su mano se mueve hacia mí, solo para que cambie de opinión. En su lugar, exhala temblorosamente.

—Cuéntaselo —dice Maureen—. Cuéntaselo todo.

Su nuez de Adán sube y baja mientras asiente con la cabeza. Ese leve movimiento hace que una lágrima fugitiva se escape y ruede por sus mejillas, pero no siento ni el más leve indicio de lástima por él. No puedo. Ni siquiera creo que conozca al hombre sentado frente a mí.

—Conocí a Arabella justo después de que se llevaran a su bebé —comienza—. Se suponía que sería algo casual. Y lo fue. Pero entonces ella se quedó embarazada de Prim. No me entusiasmaba convertirme en padre, pero ella me contó lo que le había pasado al otro bebé, y yo... —Traga saliva con dificultad—. Hice lo correcto. Hice lo correcto al quedarme con ella. —Hace una pausa para sorber y limpiarse las lágrimas, y creo que tal vez está esperando que yo también diga algo. Cuando no lo hago, continúa—. Tuvimos buenos momentos —dice—. Realmente buenos momentos, pero todo era esporádico. Cada vez que pensaba que las cosas se habían estabilizado, cuando creía que sabía cómo hacerla feliz, ella cambiaba de nuevo. Se hundía en sí misma y se perdía en el pasado. Lo entiendo. Estaba traumatizada. Necesitaba ayuda profesional, pero se negaba a buscarla. Por eso envié a Prim a un internado. Porque estaba llegando a una edad en la que vería cosas, entendería cosas, y no quería eso para ella. —Su cabeza se levanta bruscamente y mira a Maureen, una extraña expresión cruza su rostro.

—Prim —dice—. Imogen no le hizo nada a Prim, ¿verdad?

La risa de Maureen es seca y venenosa.

—Oh no, mi querida Primrose. Una chica tan encantadora. Tan afortunada de tener una abuela como yo. —Me lanzó una sonrisa burlona—. Le dije a Arabella que quería contarle lo que estaba haciendo, desde que contacté con el granjero para alquilar esta casa. Pero Arabella quería proteger a su hija. Como haría cualquier buena madre. Porque es una madre maravillosa, aunque tú le quitaste esa oportunidad una vez. —Mis ojos bajan para mirar la pistola en su mano. La sostiene despreocupadamente sobre su rodilla, como si no tuviera el poder de matar a todos en esta habitación. Su indiferencia es casi tan aterradora como la pistola.

Aun así, intento no mostrar mi miedo mientras ella continúa—. Habría mantenido mi palabra a Arabella y habría dejado a Prim fuera de esto, pero entonces apareció el otro día cuando Donny estaba aquí. Su tío Donny, y él se fue de la lengua.

—¿Donny es tu hijo? —dije.

Su sonrisa es demencial. —Es ex-policía. Un chico muy bueno. Así es como tenía los contactos para conseguirme esto.

Golpea suavemente la pistola contra su muslo, y esta vez no puedo evitar estremecerme.

—Y fue muy útil poder hablar con Prim sobre ciertas cosas. Como cuando le dije que sospechabas de tu amiga Orla. Pensamos que podríamos usar eso, por eso hice que te llamara —dice, mirando a Patrick—. Por lo que he oído, nuestra Prim hizo un trabajo maravilloso fingiendo ser una agente de arte, o lo que sea que haga.

—¿Esa era Prim? —Patrick se frota la frente mientras habla, como si estuviera tratando de asimilar sus palabras y darles sentido—. Me hiciste creer que Imogen realmente se estaba volviendo loca. Que realmente había enfermado de nuevo.

—Y tú le hiciste creer que realmente te gustaba su arte.

Un sonido gutural escapa de su garganta mientras todo su cuerpo tiembla. Nunca le había oído sonar tan enfadado antes.

—Le dije a Imogen que debería interrumpir el embarazo —grita —. Y tú involucraste a mi hija en todo esto. Siempre pensé que estabas un poco loca, pero no lo estás en absoluto, ¿verdad? Eres malvada.

Maureen se burla y pone los ojos en blanco como si Patrick estuviera exagerando completamente lo que está pasando aquí.

—De todos modos, no estamos hablando de Prim y Donny, ¿verdad, Patrick? Estamos hablando de ti. De cómo sedujiste a una joven con la intención de arruinarla... solo para echarte atrás. Como el cobarde que eres. Después de todo, si hubieras tenido agallas le habrías dicho a Imogen quién era yo desde el principio, ¿no? Pero no, no lo hiciste, porque tenías miedo de lo que haría cuando lo descubriera. Pero apuesto a que ahora desearías habérselo dicho, ¿verdad?

Patrick no le responde. En cambio, me está mirando a mí.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, Im —dice. Las lágrimas ahora caen libremente por sus mejillas, pero solo cuando miro hacia abajo y veo los círculos oscuros en mis vaqueros me doy cuenta de que no es el único que está llorando. Apresuradamente, intento borrar la evidencia de mi emoción.

—¿Está Arabella realmente enferma? —digo, dirigiendo mi pregunta a ambos. Patrick va a responder, solo para detenerse y mirar a su ex suegra. La ceja izquierda de Maureen se arquea.

—Puede que le haya sugerido a Arabella que tejiera esa pequeña red para mantenerte alejado de la casa. Ya sabes, para poder conocer un poco más a Imogen.

Por la forma en que la cabeza de Patrick cae, puedo ver que no lo sabía. Realmente creyó que Arabella estaba enferma, y le engañaron. Bueno, más tonto él. Debería haberlo sabido mejor, considerando que estaba en medio del nido de víboras cuando todo esto comenzó.

—Si querías matarme, ¿por qué no lo has hecho ya? —digo, mirando la pistola—. Podrías haberme dejado quemar en el incendio. Acabar con todo entonces. ¿Por qué todo esto?

Maureen asiente y se rasca la cabeza, como si estuviera considerando la pregunta.

—Lo pensé —dice—. Estuve muy cerca, de hecho, escuchándote gritar, sabiendo que estabas atrapada sin salida. Pero ese nunca había sido el plan. Necesitaba destrozarte primero. Necesitaba que entendieras la consecuencia que tus acciones habían tenido. No se trata solo de la muerte, ¿sabes? No se trata solo de cómo asesinaste a mi nieta. Se trata de cómo destrozaste a mi querida Arabella. Y de hacerle pagar a él también.

Mira a Patrick, y no hay nada más que puro veneno en sus ojos. —Ella confiaba en ti. Todos confiábamos. Y traicionaste esa confianza. Ahora es hora de que cosechéis lo que sembrasteis. Ambos.

Ese es el momento en que lo veo. Su mano aprieta el agarre en la pistola. Los músculos de su hombro se tensan como si estuviera a punto de levantar el brazo. Mi boca se abre, lista para dejar escapar un grito, pero antes de que pueda hacerlo, Patrick se lanza a través

de la habitación, directamente hacia Maureen. Un latido después, escucho el disparo.

70

Durante una fracción de segundo, el tiempo se ralentiza tanto que parece haberse detenido por completo.

Mientras Patrick se abalanza hacia delante, su espalda bloquea la visión de la pistola, de modo que lo único que puedo ver es la mueca virulenta de Maureen, que se tensa aún más cuando suena el disparo. Luego, en ese espacio de tiempo ralentizado, observo cómo un pequeño círculo rojo se extiende por la espalda de Patrick.

Yo compré esa camisa, pienso. Compré esa camisa y ahora está arruinada. No sé por qué ese es el primer pensamiento que me viene a la mente, pero no dura mucho, ya que en el mismo instante, el cuerpo de Patrick se desploma, cayendo directamente sobre Maureen.

Mientras ella deja escapar un alarido, Brutus salta hacia delante intentando ayudar a su dueña. Yo me muevo para hacer lo mismo. No para ayudar a Maureen, sino para levantar a Patrick de encima de ella y ver si hay alguna forma de salvarlo, pero antes de que llegue siquiera a tocarle el hombro, me detengo.

Casi toda la parte trasera de la camisa está ahora empapada de sangre. Aunque no lo moviera, aunque por algún milagro todavía respirase, no hay manera de mantenerlo con vida hasta que llegue la ambulancia, y aunque pudiera, ahora mismo Patrick no es mi prioridad. Lo soy yo.

La anciana está inmovilizada, con el brazo atrapado bajo el cuerpo de Patrick. Forcejea, intentando quitárselo de encima, y

suena otro disparo. No sé adónde va, pero no me alcanza, y eso es lo que me importa. No puede dispararme así. Atrapada bajo Patrick. No puede hacerme daño así.

—Lo has matado —digo en voz baja, mientras la realidad de lo que acabo de presenciar me invade.

—A ti también te mataré. Recuerda mis palabras —escupe Maureen—. Brutus, ¿me oyes? ¡Tiene que pagar! ¡Tiene que pagar!

El perro no está escuchando. Solo se concentra en conseguir para su dueña la ayuda que cree que necesita, empujando a Patrick, tratando de quitárselo de encima. Pero incluso con toda su fuerza animal, el ángulo es demasiado difícil.

Me doy cuenta de que esta es mi única oportunidad. Saco el cuchillo de mi bolsillo y, por un momento, considero clavárselo al animal. Pero cambio de opinión. Brutus no va a abandonarla. Matarlo no serviría de nada excepto ponerme más cerca de Maureen, y eso es lo último que quiero. Necesito salvarme. Necesito salir de aquí.

Sin embargo, antes de poder moverme, otro pensamiento cruza mi mente. Podría poner el cuchillo en la garganta de Maureen y asegurarme de que nunca más pueda hacerme daño a mí ni a nadie que me importe. Puedo mostrarle a ella y al resto de su retorcida familia lo que pasa si vienen por mí. Puedo acabar con esto. Eso es lo que pienso. Solo que, una vez más, cambio de opinión. A pesar de lo que ella pueda creer, no soy una asesina. Y no dejaré que me convierta en una. En su lugar, salgo corriendo hacia la puerta principal y la cierro de un portazo.

—Vamos a estar bien. Vamos a estar bien —digo, sin saber si le hablo al bebé o a mí misma. Probablemente a ambos. En cualquier caso, las palabras ayudan a ahogar los latidos de mi corazón.

Acabo de llegar a la verja de Maureen cuando oigo un fuerte golpe desde el interior de la casa. Mi corazón da un vuelco. Si eso es lo que creo —si acaba de quitarse a Patrick de encima— entonces vendrá a por mí. Y no importa lo rápida que sea yo en comparación con la anciana. Lo que importa es lo rápida que sea en comparación con las balas de su pistola. Lo que significa que necesito salir de aquí.

Con cada pizca de fuerza que me queda, corro hacia mi coche, con las llaves en la mano, pulsando el mando repetidamente para asegurarme de que las puertas estén desbloqueadas. Salto dentro y cierro la puerta, solo para que un estruendo reverbere por el coche, tan fuerte que me hace pitar los oídos.

Jadeo ante el ruido, aunque por una fracción de segundo pienso que es solo el sonido de la puerta al cerrarla, hasta que veo que la luna trasera se ha hecho añicos. Maureen está allí de pie. Con la pistola en la mano. Inmediatamente, suena otro disparo. Este acompañado por el tintineo del metal, indicándome que ha alcanzado otro lugar del coche. No va a dejar de disparar. Y basta con que una de esas balas acabe con la vida de mi bebé y la mía.

Sin darme la oportunidad de dudarlo, pongo el pie en el embrague, meto la marcha atrás y piso a fondo el acelerador.

La observo en el retrovisor todo el tiempo. Veo cómo su imagen se hace cada vez más grande. Está tan concentrada en mí, tan centrada en dispararme, que ni siquiera se da cuenta de que voy a por ella. No hasta que estoy a solo metros de distancia. Solo entonces veo el horror asomar en su rostro.

Se lanza hacia un lado, pero giro el volante y la parte trasera del coche se balancea para chocar contra su hombro. Un fuerte grito resuena en la noche. Un grito que me dice que sigue viva, y si está viva, todavía puede venir a por mí y mi hijo por nacer. Muevo el coche hacia delante unos metros, lo justo para ver dónde está. Luego doy marcha atrás de nuevo en el ángulo exacto que necesito para que las ruedas hagan contacto completo con su cuerpo tendido.

Esto no es asesinato. Es autodefensa.

71

Solo cuando estoy segura de que Maureen no se va a levantar e intentar dispararme de nuevo, mis piernas finalmente encuentran el impulso para marcharse. Saco mi coche del camino. Mi plan era conducir hasta el pueblo, encontrar la comisaría y realmente hablar con alguien allí. Pero mi cuerpo tiembla tanto que me cuesta mantener las ruedas en la carretera. Lo último que quiero, después de todo lo que he pasado, es acabar estrellando el coche.

Cuando llego al pueblo, aparco en la plaza y llamo a la puerta más cercana.

—Necesito que me lleve con Leroy —digo en cuanto se abre.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta la mujer. No sé qué hora es, pero ya lleva puesta una bata y parece más que un poco confundida al verme en su puerta. Pero no tengo tiempo para que la gente esté confundida.

—¡Leroy! —grito esta vez—. ¿Sabe dónde está? —Me doy la vuelta sobre el sitio, gritando hacia la plaza del pueblo—. ¡Leroy! ¡Leroy!

En un lugar tan pequeño, estoy segura de que alguien me oirá, y sin embargo, antes de que se abran las otras puertas, la mujer me conduce hacia una pequeña casa casi en frente de la suya.

—Está justo aquí. Vamos. Te llevo ahora mismo.

Minutos después estoy entrando en otra casa.

—Siéntate —dice la mujer de Leroy, Barbara, llevándome hasta un sillón—. Te traeré algo de beber, no te preocupes.

—Alfred y algunos de los muchachos han ido a la casa —dice Leroy cuando se une a nosotras unos minutos después. Había desaparecido tan pronto como terminé de contarle sobre Patrick y Maureen. O al menos, contarle tanto como pude con mi tartamudeo, de manera apenas coherente. *Muerto. Pistola*. Sé que pronuncié esas palabras varias veces. Junto con *peligrosa* y *mentirosa*. Más allá de eso, no puedo estar segura de lo que dije.

La parte temerosa de mí temía que hubiera ido a la casa y fuera la siguiente víctima de Maureen, así que verlo aquí me provocó un breve alivio.

—Van a asegurarse de que todo esté protegido para cuando llegue la policía —continúa—. Puedo ir también, o puedo quedarme aquí contigo. Lo que tú quieras.

—Yo... yo...

—Tú calla —dice Barbara con suavidad. A diferencia de su marido, ella parece entender que no estoy en condiciones de tomar ninguna decisión—. Todo irá bien. Ya lo verás.

No pasa mucho tiempo antes de que oiga las sirenas aullando en la distancia, sabiendo que se dirigen al lugar que, durante unos días, había llamado hogar. Sabiendo que van a encontrar a mi marido, muerto por un disparo, y a una anciana con el arma homicida en su mano, con los huesos rotos mientras yace aplastada hasta la muerte en su camino de entrada.

También encontrarán a Brutus, pienso. Mientras el resto de mi mente se niega a centrarse en nada de lo que me ha sucedido, no puedo evitar preguntarme qué pasará ahora con el animal, después de quererla tan profundamente.

Cuando pienso en los tres en esa cabaña —Patrick, Maureen y Brutus—, es por Brutus por quien siento más lástima.

Él no sabía en qué tipo de familia estaba entrando. Igual que no entenderá por qué ahora está sin la persona que amaba. Y de alguna manera extraña, sé exactamente cómo se siente.

EPÍLOGO

—¿Una copa de champán, señora? —pregunta la camarera, antes de que sus mejillas se sonrojen al notar mi barriga—. Perdone, ¿un zumo de naranja?

—No, gracias. —Pero ella no se marcha inmediatamente. En cambio, se queda observando la escena. Los cuadros colgados en las paredes blancas. Los hombres y mujeres elegantemente vestidos que deambulan, bebiendo y contemplando una obra de arte tras otra.

—Son preciosos, ¿verdad? —dice—. ¿Sabe? Leí un artículo sobre los cuadros. Bueno, sobre la artista. La familia anterior de su marido intentó matarla por algo que hizo cuando era niña. Fue bastante turbio, en realidad.

—¿Ah sí? —Evito su mirada mientras hablo.

—Sí, es increíble, ¿no cree? Quiero decir, miro estos cuadros y hay tanta luz en ellos. No pensaría que alguien que ha pasado por todo eso aún conservaría ese tipo de luz, ¿verdad?

Miro uno de los cuadros. Uno de mis favoritos. La mayoría del lienzo es gris, pero ahí en la esquina hay los trazos de luz más brillantes, como el sol, atravesando las nubes. Aunque esas pinceladas ocupan una zona minúscula de toda la obra, es lo único en lo que puedo centrarme. Es lo único en lo que cualquiera puede centrarse.

—Supongo que la luz está donde la buscamos —dije, apoyando las manos en mi vientre. Un momento después, ella se aleja.

—Veinte minutos.

Me giro para ver a Orla de pie a mi lado.

—¿Perdona? —digo.

—Veinte minutos. Es lo que has tardado en vender todo. Supongo que me equivocaba. Todos tus cuadros tienen mercado.

No es tan sencillo, y tanto ella como yo lo sabemos.

—Seamos sinceras —digo—. Estos tienen mercado por el artículo de la revista.

Orla sonríe.

—Quizás el artículo haya tenido algo que ver, pero se habrían vendido todos de todas formas.

Por un momento, se queda allí, de pie contemplando el cuadro.

—Entonces, ¿ya te has instalado bien?

—Sí, todo está en su sitio. Pensé que quizás podrías venir a tomar algo más adelante en la semana. Algo sin alcohol, claro. No sé cuándo tendré muchas oportunidades de socializar después de que llegue esta pequeña. Y en realidad... en realidad, estoy pensando en mudarme. Con suerte, antes de que ella nazca.

—¿Otra vez? Acabas de recuperar tu antiguo piso.

—Lo sé, y lo mantendré para cuando esté en Londres. Pero me apetece probar algo diferente. Como el sur de Francia.

Mientras Orla arquea las cejas, un aleteo de miedo se agita dentro de mí. Estos últimos seis meses han sido confusos. Patrick se ha ido. Arabella y Prim recibieron sentencias suspendidas, y hay órdenes de alejamiento contra ellas que mantendré vigentes para siempre.

—¿Es una buena idea? —dice.

Me encojo de hombros. Creo que sí.

Mentalmente, estoy bien. Vale, bien es un poco exagerado. Todo lo que pasé definitivamente ha dejado huella y hay algo de paranoia, pero la psiquiatra dice que es de esperar. Y la veo dos veces por semana, tres cuando las cosas se ponen difíciles. Ella fue quien sugirió que Orla y yo reconectáramos, y también recomendó que hiciera el artículo.

—Bueno entonces —dice—. Sur de Francia será. Y te prometo que también te ayudaré a montar tu estudio esta vez. Y hasta

podemos hacer una foto, para que tengas la evidencia de que está ahí.

Suelto una ligera risa. Está bien. Poder hablar de esto así. Tomarse las cosas con ligereza. Estoy bastante segura de que es la única manera en que voy a poder seguir adelante, y esta niña será la razón por la que nunca miraré atrás de nuevo.

LA DIRECTORA

Cuanto *más alto* subas, *mayor* será la caída.

Nunca me habrían contratado si hubieran sabido lo que hice. Mi pasado.

St Anne's es un entorno estricto, y después de un año en el codiciado puesto de directora, sé que no puedo dar un paso en falso.

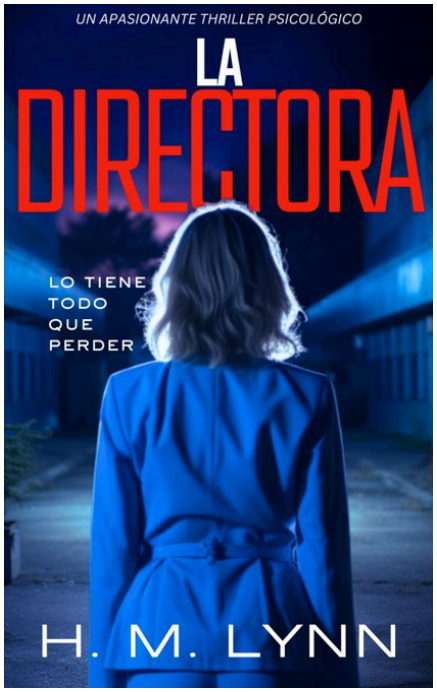
Algunos no creen que me merezca esto. Otros están desesperados por conseguir el puesto ellos mismos.

Y una de esas personas quiere hundirme.Quien sea esta persona, sabe cosas sobre mí. *Secretos que apenas he contado a nadie.*

Y tengo miedo de lo que puedan descubrir si indagan un poco más.

Y lo que podrían hacerme a mí y a mi familia si no los descubro primero...

CÓMPRALO AHORA



LA ESTUDIANTE

Algunos secretos nunca deberían compartirse...

Llevo años huyendo de mi pasado.Después de lo que les sucedió a mis padres, necesitaba empezar de cero, lejos de los susurros y las miradas. Ahora, como estudiante universitaria con dificultades, apenas logro sobrevivir, viviendo en una nueva ciudad donde nadie me conoce ni conoce la tragedia que he intentado olvidar.

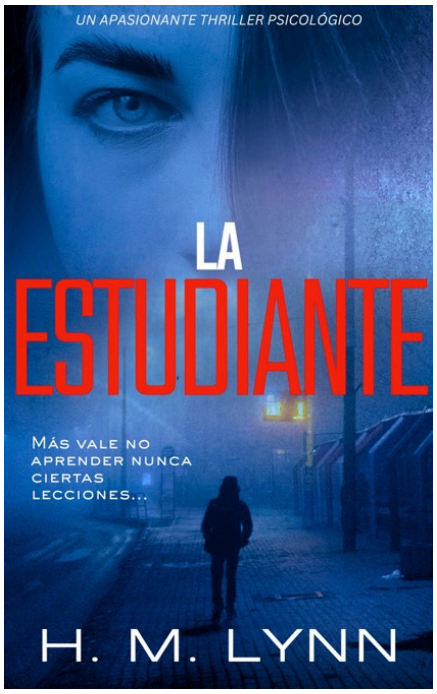
Para llegar a fin de mes, acepto un trabajo como escritora fantasma para un cliente de alto perfil. Pero el acuerdo tiene una extraña condición: su identidad debe permanecer en secreto. Su única comunicación es a través de una voz distorsionada en una aplicación.

Al principio, parece un trabajo más. Pero a medida que trabajo con esta persona misteriosa, sus ideas se acercan demasiado a mi vida. Es como si lo supieran todo sobre mí, incluso las partes más oscuras de mi pasado.

Cuando mi amiga más antigua desaparece, me doy cuenta de que no puedo confiar en este cliente. Pero no puedo escapar de su control sobre mí.Porque saben cómo termina esta historia. Sobreviví una vez, ¿pero podré sobrevivir a esto?

Un thriller psicológico oscuro y adictivo que te dejará sin aliento, perfecto para los fans de Freida McFadden y K.L. Slater

Cómpralo ahora


UN APASIONANTE THRILLER PSICOLÓGICO
LA
ESTUDIANTE
MÁS VALE NO APRENDER NUNCA CIERTAS LECCIONES...
H. M. LYNN

NOTA DE LA AUTORA

Ante todo, gracias por tomarte el tiempo de leer ***La Casa Silenciosa*.**

Si te ha gustado el libro, ¡no dudes en contárselo a tus amigos! Si dejas una reseña en Amazon, Goodreads o incluso en tu blog o redes sociales, me encantaría verla y compartirla. Puedes enviarme el enlace por correo electrónico a Hannah@hannahlynnauthor.com.